UNA MISTERIO HISTÓRICO ACOGEDOR DE LOS AÑOS 20 DE PUREREAD

UN ASESINATO NAVIDEÑO EN PARÍS



LOS MISTERIOS DE LADY ASHCOMBE

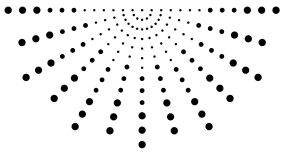
FELICITY PENN

UN ASESINATO NAVIDEÑO EN PARÍS

UN MISTERIO HISTÓRICO DE ÉPOCA EN LA INGLATERRA DE LOS AÑOS VEINTE

LOS MISTERIOS DE LADY ASHCOMBE

LIBRO TRES



FELICITY PENN

PUREREAD.COM

Copyright © 2026 PureRead Ltd

www.pureread.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo por escrito.

Nota del editor: Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor. En ocasiones se utilizan localidades y nombres públicos con fines ambientales. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con negocios, empresas, eventos, instituciones o localidades es pura coincidencia.

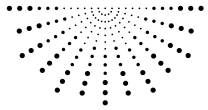
ÍNDICE

1. El De Dion Va al Continente
2. La Grande Exposition Féline de Noël
3. Cruce de Señales
4. El Hôtel Meurice
5. El Gran Salón
6. Condesa Vespera Nikolayevna
7. Conexiones Imperiales
8. Un cuento de hadas parisino
9. Madame Solange Dubois
10. Fabricación Parisina
11. El Collar Joyas de la Corona
12. Deliberaciones
13. Una Pajarera Dorada
14. La Chatte Desaparecida
15. Una Conexión Medida
16. En Plena Persecución
17. Confines del Armario
18. Las Murallas Caen
19. Asesinato en Navidad en París
20. Té Para Dos
21. Mientras Tanto en el Corredor
22. Una Revelación Sorprendente
23. El Baile De Navidad
24. Dubois, Baile y Delacroix
25. Tendiendo la Trampa
26. A La Fuga
27. Por Las Calles Parisinas
28. La Persecución Continúa (Y Sube)
29. Madame Criminal
30. Un Final Helador
31. El Viaje de Regreso

32. Y la Ganadora Es…
33. Un Premio Honorífico
34. Una Celebración Navideña en Ashcombe

1

EL DE DION VA AL CONTINENTE



El automóvil De Dion-Bouton estaba en la entrada de Ashcombe Hall como una bestia magnífica aguardando a su jinete, todo de latón reluciente y pintura verde oscura que atrapaba la pálida luz de diciembre. Cecily estaba a su lado, contemplando la creciente montaña de equipaje con la misma expresión que en otro tiempo reservaba para los inventarios de suministros que se negaban a cuadrar.

—A mí me parece —observó Elsie desde su puesto junto al baúl— que estamos intentando llevarnos media Oxfordshire a Francia.

—Solo la mitad esencial —repuso Cecily, revisando las correas de cuero con dedos que se movían con la seguridad de alguien que había aprendido mecánica automotriz por necesidad más que por entusiasmo.

El De Dion había sido su compañero constante en incontables viajes por todo el condado, y ella se había ocupado de entender su temperamento con la misma minuciosidad con que entendía el de la señora Fotheringill; es decir, con cautela y considerable respeto.

Pip, su Jack Russell terrier, entendía que *ayudar* consistía en ladrarle con entusiasmo a cada pieza de equipaje mientras Miles Penrose la

sacaba de la casa. Su cuerpecito vibraba con la absoluta certeza de que aquella aventura requería su supervisión inmediata y ruidosa.

—Pip, querido, las sombrereras no son combatientes enemigos —dijo Cecily, sin brusquedad, cuando se lanzó contra un estuche redondo particularmente ofensivo.

—Nos está protegiendo, milady —ofreció Miles, dejando la sombrerera con alivio—. Es muy feroz.

—Sí —convino Cecily—. Las sombrereras están absolutamente aterradas.

Elsie, vestida con un sensato traje de viaje de tweed que de algún modo conseguía verse práctico y a la moda al mismo tiempo, consultó su lista.

—Tres baúles, dos maletas de mano, una sombrerera, una canasta con provisiones, porque la comida francesa está muy bien y todo, pero una no puede confiar en las ideas extranjeras sobre lo que es un té decente, una manta de viaje, una canasta de picnic y un perro incorregible que ya anda husmeando la canasta de provisiones.

Al volverse, Cecily vio el trasero de Pip sobresaliendo de la canasta en cuestión, con la cola agitándose con el entusiasmo de una misión de reconocimiento exitosa.

—Pip. Afuera.

La cola se detuvo a medio vaivén y luego reanudó su agitación con renovado vigor, algo que Cecily había aprendido a interpretar así: *He encontrado algo tremendamente importante y me darás las gracias por esto después*.

—Señor Pip, si te has comido las galletas de mantequilla de la señora Rigsby, habrá consecuencias.

El terrier emergió, tremendamente satisfecho consigo mismo e inconfundiblemente culpable, con una migaja pegada a los bigotes.

—Muy bien —dijo Elsie, haciendo una anotación—. Reste un paquete de galletas de mantequilla. Sume un criminal impenitente al manifiesto de pasajeros.

Cecily recogió al perrito, que de inmediato intentó lamerle la cara en lo que claramente él consideraba una disculpa adecuada.

—Tienes suerte de ser encantador.

—Tiene suerte de que no lo vayamos a dejar con el canónigo Bott —murmuró Elsie—. Aunque supongo que el pobre hombre ya tiene bastante que atender sin añadir el cuidado de perros a sus deberes pastorales.

—De hecho, creo que él mismo viaja a París. Algo sobre investigar atmósferas continentales para su próxima novela.

—¿Sus tonterías de Silas Bellweather? —Elsie sacudió la cabeza—. El hombre escribe novelas de misterio sobre asesinatos y no puede sostener una conversación con la señora Fotheringill sin tartamudear.

—Quizá precisamente por eso las escribe —sugirió Cecily, acomodando a Pip en su caja de viaje especialmente diseñada—. Todos necesitamos alguna válvula de escape para sobrellevar las inquietudes de la vida.

—¿Y la suya cuál es, entonces? —preguntó Elsie, aunque su tono sugería que ya conocía la respuesta.

Cecily hizo una pausa, pensativa. No muchos meses atrás, había sido simplemente Cecily, la hija de un vicario que llevaba una vida tranquila en Little Codding. Luego murió el difunto conde y, en una decisión sin precedentes y tajante que dejó a todos conmocionados, había dispuesto que ella fuera la heredera de su patrimonio. De pronto, se había convertido en Lady Ashcombe, señora de una finca que apenas conocía. La transformación había sido desconcertante, en ocasiones abrumadora, pero la había enfrentado del mismo modo en que había organizado hospitales de campaña durante la guerra.

Un problema práctico a la vez, con la fe de que *el gozo llega por la mañana*, como prometía el salmo favorito de papá.

—Resolver problemas —dijo al fin—. Y, al parecer, conducir automóviles a Francia mientras organizo exposiciones aristocráticas de animales.

—Hablando de eso —dijo Elsie, mirando su reloj—, Lady Fenella insiste en que estemos absolutamente listas para salir a las once en punto y en pasar por ella a la residencia de descanso de lord Huntington, donde ha estado disfrutando de las festividades con lo más selecto de Oxfordshire mientras Duchess recibe sus últimos retoques de acicalamiento. Sugirió que la tardanza se interpretaría como una una ofensa social imperdonable.

—No dijo eso.

—Sus palabras exactas fueron: «La puntualidad es la cortesía de los reyes y el requisito mínimo para quienes transportan felinos de campeonato a exposiciones continentales».

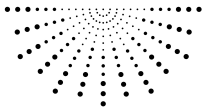
Cecily cerró los ojos un instante, invocando la paciencia. Lady Fenella Crowthorne era formidable de una manera que solo podía serlo una gran dama viuda con décadas de experiencia en combate social. Además, de manera improbable, se estaba convirtiendo en una especie de aliada en el peculiar mundo de la aristocracia rural, que Cecily aún navegaba con más determinación que aptitud natural.

—Entonces será mejor no hacerla esperar —dijo Cecily, poniéndose los guantes de conducir, de suave cabritilla color caramelo—. Aunque sospecho que los reyes de Inglaterra nunca tuvieron que transportar gatos persas a París por Navidad.

—Sospecho que los reyes de Inglaterra tenían más sentido común —replicó Elsie, subiendo al asiento del pasajero.

2

LA GRANDE EXPOSITION FÉLINE DE NOËL



El campo se desplegaba ante ellas en tonos pardos del invierno y verde grisáceo, con los árboles desnudos alzándose como centinelas a lo largo de los caminos. El De Dion respondía de maravilla; su motor ronroneaba con la satisfacción de una máquina bien cuidada. Cecily había aprendido a conducir durante la guerra, llevando suministros y, en ocasiones, médicos entre hospitales de campaña, y aquella habilidad le había resultado sorprendentemente útil. Había algo profundamente satisfactorio en la confiabilidad mecánica. Respondía bien al mantenimiento y al cuidado, funcionaba de acuerdo con principios comprensibles y nunca se preocupaba por distinciones genealógicas.

—Está pensando otra vez en las cuentas de la finca —observó Elsie —. Se le hace esa arruguita entre las cejas.

—Estoy pensando —dijo Cecily— que entiendo mejor este automóvil de lo que entiendo por qué Lady Fenella cree que vale la pena cruzar el Canal en diciembre por una exposición felina en París.

—Orgullo aristocrático —dijo Elsie simplemente—. Al parecer, Duchess desciende de un linaje persa tremendamente importante. Competir en la Grand Exposition Féline de Noël es más o menos

como competir en Ascot: lo de menos son las carreras. Se trata de quién se deja ver y de lo grande que es el sombrero.

—¿Y de que la vean ganar?

—Naturalmente.

Pasaron por un pueblo donde un niño pequeño saludó al automóvil con gran entusiasmo. Pip, al detectar a un posible nuevo amigo, ladró en señal de aprobación. Cecily le devolvió el saludo, recordando la época en que los autos eran lo bastante raros en Little Codding como para provocar una emoción parecida.

—¿Alguna vez extraña todo eso? —preguntó Elsie en voz baja—. ¿Cómo eran las cosas antes?

Antes de la herencia. Antes de Ashcombe Hall y de todas sus responsabilidades. Antes de convertirse en lady y adquirir un título que todavía sentía como ropa prestada.

—A veces —admitió Cecily—. Pero papá siempre decía que la gracia sale a nuestro encuentro donde estamos, no donde quisiéramos estar. Creo... creo que quizá debo estar aquí. Incluso cuando aquí incluye transportar gatos aristocráticos a París.

—Es una interpretación muy caritativa de la providencia divina.

—Papá también decía que Dios tiene sentido del humor. Empiezo a sospechar que tenía absolutamente toda la razón.

La propiedad campestre de los Huntington se anunció con unos portones imponentes y un camino de entrada flanqueado por robles antiguos. La casa al fondo era una hermosa construcción georgiana, toda simetría y proporciones nobles. Lo que no era ni simétrico ni digno era la cantidad verdaderamente asombrosa de equipaje apilada en la explanada frente a la casa.

Cecily detuvo el De Dion con cuidado y se quedó mirando.

—Eso —dijo Elsie débilmente— es bastante más que tres baúles grandes.

Lady Fenella Crowthorne apareció en ese preciso momento, vestida con un traje de viaje de lana color púrpura intenso que sugería a la vez practicidad y una dignidad inquebrantable. La seguían dos lacayos, una doncella y un mayordomo que cargaba lo que parecía un transportín para gatos diseñado especialmente, más parecida a un pequeño palacio que a una caja de viaje.

—Cecily —dijo Fenella, con el tono de un general saludando a una unidad de caballería algo tardía—. Puntual al minuto. Excelente puntualidad.

—Lady Fenella.

Cecily bajó del auto.

—Qué gusto verla. Aunque debo confesar que no tengo del todo claro cómo se supone que vamos a transportar… —hizo un gesto impotente hacia el equipaje— todo esto.

—Qué disparate. El De Dion tiene un baúl perfectamente adecuado y unos estribos muy útiles. Mi difunto esposo transportó una vez a Escocia todo el equipo de una expedición de caza de ciervos en un vehículo similar. Las necesidades de Duchess son considerablemente menos extensas.

Cecily lo dudó, pero supo que sería inútil discutir.

Pip soltó una andanada de ladridos de bienvenida.

—Ah, sí —dijo Fenella, mirando al terrier con la expresión de un general que observa a una unidad pequeña pero potencialmente problemática—. El terrier. Confío en que Pip entienda que a Duchess debe tratársela con el debido respeto.

—Pip entiende que existen las golosinas y que la vida es una aventura —dijo Cecily con diplomacia—. Todo lo demás es bastante flexible.

—Hum —Fenella se volvió hacia el mayordomo—. Traiga a Duchess. Aclaremos las jerarquías de una vez.

Llevaron la transportadora al frente y la abrieron con la solemnidad de una presentación regia. Duchess emergió como seda al desplegarse, todo pelaje plateado y unos ojos azules enormes que escrutaban el entorno con la expresión de una emperatriz inspeccionando territorios dudosos.

Cecily tuvo que admitirlo: era magnífica.

Los ladridos de Pip alcanzaron nuevos niveles de entusiasmo.

Los ojos de Duchess se entrecerraron hasta quedar reducidos a rendijas. Aplanó las orejas. De ella surgió un gruñido bajo y retumbante que sugería que se había comido perros más pequeños como aperitivo.

—Bueno, entonces —dijo Cecily con vivacidad—, ya veo que van a ser compañeros de viaje estupendos.

—Duchess nunca ha entablado amistad con nada —dijo Fenella con orgullo evidente—. Simplemente tolera la existencia con distintos grados de desdén. Es parte de su calidad de campeona.

—Qué... encantador.

El proceso de carga tomó cuarenta minutos y exigió soluciones de ingeniería que habrían puesto a prueba a Isambard Kingdom Brunel. Los baúles fueron amarrados a los estribos. Las sombrereras se acomodaron unas dentro de otras como un elegante rompecabezas. El palacio de viaje de Duchess quedó asegurado en el asiento trasero, rodeado de cojines que probablemente costaban más que todo el guardarropa de Cecily.

La caja de Pip fue colocada en el espacio a los pies del asiento delantero, donde podía ver hacia afuera pero, en teoría, no alcanzar el transportín del gato.

En teoría.

—Bien, entonces —dijo Fenella, acomodándose con el aire de una monarca que asciende al trono—, el ferry del Canal sale a las cuatro en punto. Deberíamos llegar a Dover con tiempo suficiente para tomar el té como personas civilizadas. La travesía dura aproximadamente noventa minutos, si el clima lo permite. Pasaremos la noche en Calais y seguiremos a París después del desayuno. La exposición comienza en tres días, lo cual da el tiempo justo para que Duchess se recupere y para que yo evalúe a la competencia.

—Ha organizado esto como una campaña militar —observó Cecily, poniendo en marcha el motor.

—Mi querida Lady Ashcombe, la Grand Exposition Féline de Noël *es* una campaña militar. Hay que estudiar a la oposición, identificar sus debilidades, anticipar sus estrategias. Me han informado por una fuente excelente que la condesa Vespera asistirá con su azul ruso, Tsar Nicholas II.

—Eso suena muy... imponente.

—La condesa —dijo Fenella, en un tono que sugería que hablaba de un general enemigo de habilidad considerable, aunque no insuperable—, cree que su linaje y el pedigrí de su gato la vuelven inexpugnable. Se equivoca. El linaje de Duchess es impecable, y no tengo la menor intención de permitir que alguna aristócrata emigrada melodramática se lleve el campeonato por puro exceso teatral.

Elsie le sostuvo la mirada a Cecily y le guiñó un ojo.

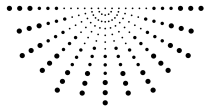
Cecily reprimió una sonrisa y condujo el De Dion por el camino de entrada. Detrás de ellas, Fenella continuó con su informe estratégico, detallando a los competidores, sus victorias históricas y sus debilidades más notables con la precisión de un oficial de inteligencia militar.

Pip, quizá percibiendo que su posición en la jerarquía de la expedición era bastante más baja de lo que había esperado, soltó un gemido suave.

—Sé exactamente cómo te sientes —murmuró Cecily.

3

CRUCE DE SEÑALES



El viaje a Dover transcurrió entre un paisaje escarchado que se desdibujaba tras la ventana y comentarios estratégicos. Llegaron a la ciudad costera con tiempo suficiente para la hora del té en un hotel respetable. Instalaron a Duchess en un cuarto privado con su propio trono acolchado. Sacaron a Pip a dar un paseo enérgico, durante el cual intentó hacerse amigo de una gaviota, con resultados previsibles.

—Está muy callada, milady —observó Elsie mientras veían a Pip investigar la zona del muelle.

—Estoy contemplando cómo mi vida pasó de organizar fiestas parroquiales a organizar exposiciones felinas internacionales.

—¿Providencia divina?

—Más bien la divina comedia.

Pero sonrió al decirlo. A pesar de lo absurdo, se estaba divirtiendo. Había algo refrescante en el entusiasmo sin tapujos de Fenella, algo extrañamente encantador en toda aquella empresa ridícula.

—Vamos —le dijo a Pip, que ya había cambiado la gaviota por una cuerda interesante—. El ferry ya está embarcando. Es hora de que

agregues «viajero internacional» a tu historial.

La travesía del Canal comenzó sin contratiempos. Duchess soportó la experiencia con un desdén majestuoso. Fenella monopolizaba la atención en el salón de primera clase, ya haciendo contactos potencialmente útiles. Elsie encontró un rincón tranquilo y una taza de té decente.

Cecily se quedó junto a la barandilla, mirando cómo Inglaterra se alejaba y Francia surgía al frente. Debajo de ella, el agua gris verdosa se arremolinaba, y arriba giraban las gaviotas, cuyos gritos se mezclaban con el ritmo del motor. Pensó en su padre, que nunca había viajado más lejos que Londres, y se preguntó qué pensaría de que su hija cruzara el Canal como una sofisticada dama ociosa. Claro que había viajado durante la guerra, e incluso había estado destinada en Francia, pero ahora todo se sentía muy distinto.

—Está sonriendo —dijo Elsie, apareciendo con una segunda taza de té.

—Estaba pensando que mi padre probablemente citaría algo sobre ir por todo el mundo, aunque él lo habría dicho en un sentido más espiritual.

—¿Y qué diría de hacerlo con una gata aristócrata y un terrier que en este momento está intentando comerse un formulario aduanero francés?

Cecily se volvió y vio que Pip, en efecto, había descubierto unos papeles de aspecto oficial.

—Probablemente diría que la gracia nos sale al encuentro de maneras inesperadas. Y que el humor es un don para sobrellevar lo absurdo de la existencia.

—Su padre era un hombre sabio.

—Lo era.

Cecily recuperó el formulario aduanero antes de que sufriera daños permanentes.

—Creo que todo esto le habría encantado. La aventura de todo ello.

Llegaron a Calais cuando la luz empezaba a desvanecerse y la costa francesa se materializaba entre la bruma. El proceso de aduana se complicó por la firme convicción de Pip de que los funcionarios necesitaban su ayuda para inspeccionar el equipaje de todo el mundo.

—Madame —dijo el oficial de aduanas, mirando a Pip con la expresión de un hombre que ya se había topado antes con terriers entusiastas—, su perro debe permanecer con usted, *s'il vous plaît*.

—Pip, ven aquí —dijo Cecily, adoptando su tono más autoritario, el que había usado con jóvenes soldados reacios que intentaban salir del hospital antes de haberse curado del todo—. Inmediatamente.

Pip, al reconocer la voz que significaba que el asunto iba en serio, se acercó trotando, enormemente complacido con su contribución a las relaciones franco-británicas.

—*Je suis désolée* —dijo Cecily—. Es muy entusiasta.

La expresión del oficial se suavizó un poco.

—No importa, madame. Bienvenida a Francia.

Fenella atravesó la aduana con el aire de alguien para quien las fronteras internacionales eran meras sugerencias, presentando los elaborados documentos de pedigrí de Duchess con la floritura de un diplomático que presenta credenciales. Los funcionarios los dejaron pasar con un mínimo de complicaciones.

—¿Ya ve? —dijo Fenella mientras volvían a cargar el De Dion—. Autoridad y documentación adecuada. Eso es todo lo que requiere la burocracia.

—Eso y una ausencia total de terriers —murmuró Elsie.



El Hôtel Meurice de Calais era elegante de esa manera específicamente francesa que hacía que Cecily se sintiera al mismo tiempo bienvenida y un poco desaliñada. La cena fue excelente, y a Duchess la trataron con la reverencia normalmente reservada para dignatarios de visita.

A Pip lo trataron con el respeto cauteloso que se concede a los perros pequeños con grandes personalidades.

Esa noche, acostada en una cama desconocida, con Pip roncando suavemente y los sonidos de una ciudad extranjera entrando por la ventana, Cecily pensó en lo extraño que era su viaje. Quizá toda la vida consistiera en entrar en historias que una no había planeado, pensó, confiando en que Alguien con una mejor visión de la trama sabía lo que estaba haciendo.

Los pasos del justo los ordena el Señor, solía decir su padre. Se había aferrado a esas palabras durante la guerra, cuando cada mañana traía nuevas bajas. Se había aferrado a ellas cuando su padre murió. Y se había aferrado a ellas cuando llegó la carta del abogado informándole que había heredado un condado que jamás había esperado.

Sonrió en la oscuridad y dejó que llegara el sueño.



Partieron de Calais después del desayuno, con el De Dion cargado de equipaje y pasajeros con entusiasmo desigual. El campo francés se desplegó ante ellos, distinto de Inglaterra en aspectos sutiles. Los pueblos tenían un carácter particular, con edificios de piedra y ventanas con postigos, agujas de iglesia más delicadas que sus equivalentes inglesas, campos dispuestos en patrones que hablaban

de siglos de cultivo. El aire también olía distinto, cargado con aromas de otro pan, de otra tierra, de otras estaciones.

—Ahora bien —dijo Fenella, sacando una carpeta de cuero—, permítanme informarles sobre la competencia. Primero, y más importante, la condesa Vespera Nikolayevna.

—¿La del gato azul ruso?

—La mismísima. Aristocracia emigrada. Huyó de Rusia después de la Revolución con cuantas joyas y documentos de pedigrí pudo cargar. Se ha hecho un nombre bastante notable en la sociedad parisina, gracias sobre todo a su título y al linaje supuestamente impecable de su gato. Tsar Nicholas II es su designación oficial, aunque sospecho que eso tiene más de teatral que de genealógico.

—¿Y el collar de diamantes?

—El collar Joyas de la Corona, como insiste en llamarlo. Supuestamente fue un regalo de un Romanov menor, aunque yo lo dudo. De todos modos, se ha convertido en su rasgo distintivo; nunca aparece sin él. Los diamantes son bastante reales, pero la historia que los acompaña casi con toda seguridad está adornada.

—Ha investigado esto a fondo —observó Elsie.

—Una no entra en batalla sin hacer reconocimiento, Miss Pickering. La condesa es formidable, pero también está desesperada. Sus finanzas, al parecer, son bastante precarias. Mantiene la apariencia de riqueza mientras vive muy por encima de sus posibilidades. Esta exposición le importa. Una victoria afianzaría su posición social y, potencialmente, atraería patrocinadores acaudalados.

—Entonces lo que está en juego es bastante más que un certamen felino —sugirió Cecily.

—Lo que está en juego siempre es más de lo que aparenta, lady Ashcombe. Esa es la primera regla de la competencia aristocrática. No estamos juzgando simplemente gatos. Estamos juzgando linaje,

gusto, posición social y orgullo nacional. El gato no es más que el representante visible de todas esas jerarquías invisibles.

Cecily asimiló la idea; le resultaba a la vez absurda y extrañamente conmovedora.

El paisaje se fue transformando poco a poco a medida que se acercaban a París. Más pueblos, más tráfico, más civilización. Otros automóviles empezaron a aparecer cada vez con más frecuencia, junto con bicicletas, caballos e incluso algunos de los primeros ómnibus. Los caminos mejoraron; se hicieron más anchos y estaban mejor cuidados.

Y entonces, al coronar una loma, apareció París.

Incluso en invierno, incluso bajo el cielo gris de diciembre, era magnífico. La ciudad se extendía por el horizonte, con agujas de iglesias y grandes edificios elevándose por encima de la línea de los tejados. El Sena la atravesaba como una cinta de plata, con puentes que cruzaban de una orilla a la otra. Y por todas partes, absolutamente por todas partes, había adornos navideños: guirnaldas, coronas, luces esperando ser encendidas al caer la tarde.

—Oh —exhaló Cecily, olvidándose por un momento de los gatos, las competencias y las rivalidades aristocráticas.

—Así es —dijo Fenella, y por una vez su voz tuvo una calidez genuina—. He visitado París decenas de veces, y nunca deja de impresionar. Los franceses entienden la belleza de una manera que trasciende la mera estética. La convierten en una cuestión de orgullo cívico.

—Es precioso —dijo Elsie en voz baja.

—Lo es —coincidió Cecily.

Pensó en su padre, que una vez había hablado de París con una añoranza melancólica. Un lugar que siempre había querido visitar y

nunca había logrado conocer. *Estoy aquí, papá*, pensó. *Ojalá pudieras ver esto.*

La ciudad los fue tragando como una marea, mientras las calles se volvían cada vez más bulliciosas a medida que avanzaban hacia el centro. La habilidad de Cecily al volante se puso a prueba con el decidido tráfico parisino, donde al parecer las reglas eran meras sugerencias y todo el mundo conducía con inmensa confianza y escasa preocupación por su propia seguridad.

—A la izquierda aquí —indicó Fenella—. Luego siga por la Rue de Rivoli. El hotel está cerca de las Tuileries.

Pip, que se había portado notablemente bien, eligió ese momento para divisar a un caniche parisino al que paseaba una mujer elegante envuelta en pieles. Sus ladridos alcanzaron niveles operísticos.

—Pip, cállate —dijo Cecily, agradecida de que al menos el ruido del tráfico amortiguara en parte el entusiasmo de su perro.

Duchess, despertada de su sueño imperial por el alboroto, dejó claro su desagrado con un gruñido grave que sugería que tanto el terrier como París, en general, estaban por debajo de su dignidad.

—Ya casi llegamos —anunció Fenella—. Y justo a tiempo; la recepción inaugural de la exposición es esta noche. Tendremos que instalarnos deprisa, asegurarnos de que Duchess esté perfectamente acicalada y hacer nuestra entrada exactamente en el momento de máximo impacto.

—¿Máximo impacto? —repitió Cecily.

—Mi querida lady Ashcombe, nosotras no asistimos simplemente a estos eventos. *Llegamos*. Hay una diferencia considerable.

Elsie se encontró con la mirada de Cecily en el espejo y le dedicó una pequeña sonrisa comprensiva, que reconocía lo absurdo de todo

aquello y, al mismo tiempo, que de manera inexplicable lo disfrutaban.

El Hôtel Le Meurice se alzó ante ellas, con su elegante fachada y sus porteros uniformados. Cecily detuvo el De Dion con cuidado, de pronto muy consciente de su aspecto arrugado por el viaje y del hecho de que estaba a punto de entrar en uno de los mejores hoteles de París con un terrier, un gato persa, equipaje suficiente para una expedición real y una gran dama viuda que trataba los viajes internacionales como una gira por las colonias.

—Muy bien, entonces —dijo, más para sí misma que para nadie—. Una vez más a la brecha.

—Ese es el espíritu —dijo Fenella con aprobación—. Ahora vengan. Tenemos un campeonato que ganar y una condesa que derrotar. París nos espera.

Cecily bajó, y Pip se lanzó de inmediato tras ella con entusiasmo desenfrenado. Miró hacia el hotel, luego hacia la ciudad más allá, y después a sus acompañantes. Elsie, práctica y firme; Fenella, formidable y concentrada; Pip, caótico y encantador; y Duchess, imperial y nada impresionada.

—París —le dijo a Pip, que olfateaba con gran interés los escalones de mármol del hotel—, intentemos no provocar un incidente internacional en nuestra primera hora, ¿sí?

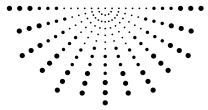
Pip meneó la cola, que Cecily había aprendido a interpretar como: *No prometo nada, pero seré encantador sea cual sea el caos que sobrevenga.*

Muy justo, pensó. Después de todo, estaban en París. En Francia, quizá una simplemente abrazaba el caos con estilo.

Enderezó los hombros, reunió su compostura y siguió a Fenella al interior del hotel, lista para enfrentarse a la peculiar aventura que las aguardara a continuación.

4

EL HÔTEL MEURICE



El lobby del Hôtel Meurice era una obra maestra donde la elegancia de la Belle Époque se encontraba con la sofisticación moderna de los años veinte. Columnas de mármol se alzaban hacia techos dorados, donde querubines y elaborados trabajos en yeso sugerían que el propio cielo había encargado la decoración. Arañas de cristal atrapaban la pálida luz de diciembre que se filtraba por las altas ventanas y la dispersaban en mil fragmentos centelleantes. Dondequiera que Cecily miraba había guirnaldas navideñas, coronas de acebo y hiedra de gusto impecable, y discretos arreglos de flores blancas que probablemente costaban más que el salario mensual de un jornalero.

Pip, que reconocía la grandeza en cuanto la veía, ladró su aprobación con suficiente entusiasmo para hacer que varias cabezas elegantemente peinadas se volvieran en su dirección.

—Philippus —murmuró Cecily, empleando su nombre completo a modo de advertencia para contener su entusiasmo—. Somos huéspedes. Huéspedes distinguidos. Procuremos no olvidarlo.

La cola de Pip se agitó con el optimismo de un perro que creía que las reglas no eran más que sugerencias abiertas a interpretaciones creativas.

Un caballero con impecable traje de mañana se acercó con paso mesurado.

—Lady Fenella Crowthorne, supongo. Estábamos esperando a su grupo. Bienvenidos a Le Meurice.

—Monsieur Beaumont —dijo Fenella, con un acento francés sorprendentemente bueno—. Qué gusto volver a verlo. Permítame presentarle a lady Cecily Ashcombe, de Ashcombe Hall, y a su acompañante, la señorita Elsie Pickering.

El gerente, porque claramente eso era, hizo una reverencia precisa.

—Milady. Mademoiselle. Es un grandísimo honor. Sus habitaciones están preparadas, y hemos hecho arreglos especiales para... —Miró hacia el palacio de viaje de Duchess con la expresión de quien había alojado a la realeza y sabía exactamente cómo tratar a las mascotas aristocráticas—... su distinguida huésped felina.

—Excelente —dijo Fenella—. Duchess necesita una habitación tranquila, de preferencia orientada al sur, con espacio suficiente para su mesa de arreglo y sus accesorios de viaje. Es muy particular con su entorno.

—Naturalmente, milady. Hemos alojado a cabezas coronadas con exigencias menos rigurosas.

Pip, quizá al percibir que el gato estaba recibiendo una atención excesiva, eligió ese momento para investigar una palma en maceta cercana. Su técnica de excavación, perfeccionada durante meses de aterrorizar los sagrados jardines de Ashcombe Hall, amenazaba con esparcir una buena cantidad de esa tierra tan costosa por todo el piso de mármol.

—¡Pip! —Cecily lo alzó antes de que ocurriera un daño permanente.

—Le pido disculpas, Monsieur Beaumont. Le apasiona la jardinería.

La expresión del gerente sugería que ya había conocido terriers entusiastas y había sobrevivido a la experiencia.

—No importa, milady. ¿Quizá su habitación le ofrecería opciones más adecuadas para... su energía?

—Me parece una excelente idea —convino Cecily, acomodando a Pip, que se retorcía bajo su brazo.

El proceso de registro exigió una cantidad impresionante de trámites, múltiples firmas y una breve discusión sobre si la caja de viaje de Pip constituía una pieza de equipaje o varias. Cecily recurrió a la paciencia razonable que había desarrollado gestionando solicitudes de suministros hospitalarios, mientras Fenella impuso sus expectativas aristocráticas con la precisión de fuego de artillería.

La combinación resultó eficaz.

—Sus habitaciones están en el tercer piso —explicó Monsieur Beaumont, señalando un ascensor de jaula que parecía una pajarera dorada diseñada por alguien con fondos ilimitados y gusto barroco —. El Grand Salon, donde tendrá lugar la Exposition, está en la planta baja, accesible por el corredor a su izquierda. La recepción de apertura comienza hoy a las siete de la noche.

—Perfecto —dijo Fenella—. Eso nos da tiempo suficiente para prepararnos.

Mientras esperaban el ascensor, Cecily observó a otros huéspedes desplazándose por el vestíbulo con ese aire decidido de quienes asistían al mismo evento. Una mujer mayor envuelta en pieles espectaculares llevaba lo que parecía un gato siamés en una canasta forrada de seda. Un caballero de bigote impresionante consultaba con el personal del hotel sobre la ventilación adecuada para un persa campeón. Una joven con sombrero cloche y vestido moderno de cintura caída hablaba de los arreglos de transporte para Monsieur Whiskers, que sencillamente no soportaba los automóviles.

—El certamen —murmuró Fenella, siguiendo la mirada de Cecily—. El contingente francés tiende a la presentación teatral. Los alemanes

prefieren la documentación meticulosa. Los británicos, naturalmente, combinan ambas cosas con la debida contención.

—Naturalmente —convino Cecily, preguntándose en qué momento exacto las exposiciones felinas se habían convertido en asuntos de carácter nacional.

Llegó el ascensor, operado por un joven cuya expresión sugería que había transportado cargas más extrañas que un terrier, un gato persa y tres mujeres con equipaje suficiente para una expedición polar.

Sus habitaciones resultaron tan elegantes como sugería el vestíbulo. La habitación de Cecily tenía altas ventanas con vista a un jardín interior, papel tapiz en suaves tonos crema y dorado, muebles dignos de un museo y una cama que parecía suave como una nube e irresistiblemente acogedora. Su modesto baúl de viaje casi parecía fuera de lugar al ser deshecho en medio de tanto esplendor.

Pip reclamó de inmediato la cama como territorio suyo por derecho, dio tres vueltas antes de acomodarse y soltó un suspiro satisfecho.

—No te pongas demasiado cómodo —le advirtió Cecily—. Tenemos una exposición a la que asistir.

Una puerta comunicante daba al cuarto de Elsie, un poco más pequeño pero igual de elegante. Más allá, Fenella había conseguido una suite que al parecer incluía alojamiento separado para Duchess, completo con mesa de arreglo y algo que se parecía sospechosamente a un trono.

—Está completamente loca —observó Elsie, apareciendo por la puerta comunicante—. Pero, la verdad, admiro su entrega.

—Papá solía decir que la diferencia entre la dedicación y la obsesión depende sobre todo de la perspectiva —repuso Cecily mientras sacaba su modesto vestido de noche. Era perfectamente aceptable: de seda gris paloma con delicadas cuentas, pero había sido su mejor vestido antes de la herencia, comprado para ocasiones especiales de

la parroquia. Sospechaba que se vería decididamente sobrio comparado con lo que llevarían las damas parisinas.

—Te vas a ver preciosa —dijo Elsie, leyéndole la expresión con la familiaridad de tantos años de amistad—. Y, más importante aún, te vas a ver como tú misma. Eso vale mucho más que la moda.

—¿Cuándo te volviste tan sabia?

—Siempre he sido sabia. Tú nada más has estado demasiado ocupada organizándolo todo para darte cuenta.

Cecily sonrió, agradecida más allá de las palabras por la presencia firme de Elsie. Habían sido amigas desde la infancia, sorteando juntas la política parroquial y los dramas del pueblo. La herencia no había cambiado eso, aunque sin duda había añadido complicaciones peculiares, como transportar gatos persas a exposiciones parisinas.

—Bien, entonces —dijo, sacudiendo el vestido gris—. Veamos si podemos hacerme presentable para la sociedad francesa.

—Ya eres presentable. Solo vamos a pulirte un poco.

Una hora después, bañada, vestida y con el cabello arreglado en algo que se aproximaba a la moda, Cecily se sintió un poco más preparada para enfrentarse a la alta sociedad continental. El vestido gris se veía mejor de lo que había temido, y Elsie había obrado pequeños milagros con horquillas y un toque de polvo facial. Seguía sintiéndose como la hija de un vicario jugando a disfrazarse, pero supuso que ese era precisamente el punto. Era la hija de un vicario, y ninguna cantidad de títulos heredados cambiaba esa verdad fundamental.

—Otra vez estás pensando en tu padre —observó Elsie mientras abotonaba su propio vestido azul marino, sensato y práctico.

—Pensaba que probablemente citaría algo sobre no amoldarse a este mundo.

—Y luego te diría que salieras adelante y dieras lo mejor de ti con gracia y buen humor.

—Probablemente —convino Cecily.

Tocó la pequeña cruz de plata que llevaba al cuello. Uno de los pocos regalos de su padre, que le había dado el día de su confirmación. Era sencilla, sin adornos, y valía para ella más que todos los papeles de pedigrí de Duchess. *Sé fuerte y valiente*, le había dicho al dársela. *El Señor tu Dios está contigo adondequiera que vayas.*

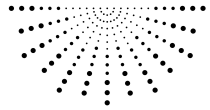
Bien, entonces. Exposiciones felinas parisinas. Al parecer, *adondequiera que vayas* incluía destinos profundamente peculiares.

Pip, acicalado y con su collar de viaje puesto, se veía tremendamente satisfecho de sí mismo. Hacía tiempo que Cecily sospechaba que el terrier creía que toda aventura se planeaba específicamente para su entretenimiento.

—¿Listas? —llamó Fenella desde la puerta—. El Grand Salon nos espera, y quiero registrar a Duchess antes de que la concurrencia europea provoque un caos administrativo.

5

EL GRAN SALÓN



El Gran Salón ocupaba una parte considerable de la planta baja del hotel, y lo habían transformado en algo a medio camino entre una galería de arte y un salón de recepciones reales. Largas mesas cubiertas de terciopelo carmesí aguardaban para exhibir a los gatos competidores. Guirnaldas navideñas en elegante plata y blanco adornaban todas las superficies disponibles. Una plataforma elevada al fondo sostenía las sillas de los jueces y un tablero de exhibición donde se listaban categorías, competidores y premios. Jarrones de cristal contenían rosas blancas. Las luces eléctricas complementaban las lámparas de araña, creando un resplandor cálido que sugería a la vez festividad y competencia seria.

El personal iba y venía haciendo los preparativos finales, cuyos movimientos coreografiaba un caballero delgado y nervioso, con portapapeles en mano, que parecía dirigir una orquesta de caos organizado.

—Ese es Monsieur Thierry Le Ciseleur —murmuró Fenella—. Juez principal y organizador de la exposición. Decir que es perfeccionista se queda corto. Toda su reputación depende de que estos eventos se desarrollen con absoluta precisión.

Como si lo hubieran invocado al mencionar su nombre, Monsieur Le Ciseleur alzó la vista, divisó al grupo y se acercó con pasos rápidos, casi de ave.

—¡Lady Crowthorne! ¡Bienvenida, bienvenida! —Su inglés tenía un musical acento francés—. ¡Y esta debe de ser la famosa Duchess! He oído cosas extraordinarias sobre su linaje. Por favor, vengan, completaremos la inscripción de inmediato.

Los condujo hasta una mesa donde una mujer imponente, de cabello gris acero, presidía los formularios de inscripción con autoridad militar.

—Madame Dubois supervisa el registro —explicó Monsieur Le Ciseleur—. Es... *très efficace*.

Madame Dubois alzó la vista, y sus ojos afilados evaluaron a Duchess a fondo.

—Persa, plateada, hembra. La documentación del linaje está completa, supongo.

—Naturalmente —dijo Fenella, sacando una cartera de cuero que contenía más documentación de la que algunos países exigían para tratados internacionales.

Madame Dubois examinó cada página con minuciosa atención, anotando de vez en cuando en un registro.

—El pedigrí es impecable. Registro de vacunación al día. Cuota de inscripción pagada. Duchess competirá en la categoría A, persa sénior, División Campeonato. —Prendió una cinta oficial a la caja de viaje de Duchess—. Deben presentarla mañana a las diez en punto para la evaluación preliminar. La exhibición final será el sábado por la tarde.

—Excelente —dijo Fenella.

—Y esto —añadió Madame Dubois, mirando a Pip con la expresión de alguien que acaba de detectar una irregularidad de procedimiento

— no está registrado.

—Es mi compañero —explicó Cecily con rapidez—. No es competidor. Solo... apoyo moral.

—*Hum*. —Madame Dubois hizo una anotación que probablemente significaba «excentricidad inglesa, previsible pero no bienvenida»—. Debe permanecer con correa en todo momento dentro del recinto de la exposición.

—Por supuesto —le aseguró Cecily, apretando más la correa de Pip.

Mientras terminaban el papeleo, Cecily observó la llegada de los demás competidores. El salón se llenaba paulatinamente de una asombrosa variedad de gatos. Persas, siameses, angoras, azules rusos, incluso un espléndido Maine Coon cuyo dueño hablaba en alemán, con segura convicción, sobre «estándares de cría superiores». Los humanos que los acompañaban eran igual de variados: elegantes damas parisinas, serios criadores alemanes con cuadernos científicos, nerviosos aristócratas ingleses y varias personas cuyo origen nacional resultaba menos claro, pero cuya dedicación a sus felinos era inconfundible.

Toda la escena tenía una grandeza peculiar, algo así como presenciar una presentación en la corte, salvo que la realeza en cuestión tenía bigotes.

—¡Lady Cecily!

La voz cruzó el salón con suficiente volumen para hacer que varias cabezas se volvieran. Cecily se volvió y vio al canónigo Alistair Bott abriéndose paso entre la multitud con la expresión de un hombre a la vez encantado y totalmente sobrepasado.

—¡Canónigo Bott! —No pudo evitar sonreír al ver aquel rostro familiar—. No sabía que ya había llegado.

—Justo esta tarde —dijo él, sin aliento, alcanzándolos y quedando de inmediato azorado por el esplendor que lo rodeaba—. El viaje fue...

bueno, es decir, bastante movido, aunque nada que no pudiera manejar, desde luego, y el hotel es... esto... muy francés, evidentemente, lo cual es apropiado, dado que estamos en Francia, cosa que supongo que ni hace falta decir—

—Respire, canónigo Bott —sugirió Cecily con suavidad.

Él lo hizo, mientras el color le subía a las mejillas.

—Disculpe. Verá, estoy documentándome. Para el próximo misterio de Silas Bellweather. Ambientes continentales, un asesinato en un entorno aristocrático, ese tipo de cosas. París me pareció ideal. Y entonces descubrí que se celebraba esta exposición, y bueno, ¿qué mejor escenario para observar tensiones de la alta sociedad y posibles conflictos narrativos?

—¿Planea matar a alguien en una exposición felina? —preguntó Elsie, con un tono que sugería tanto diversión como inquietud.

—¡De manera ficticia! —balbuceó el canónigo Bott—. ¡Solo de manera ficticia! ¡En la novela! Yo jamás... Es decir, soy vicario, de ningún modo podría...

—Lo sabemos —lo tranquilizó Cecily, apiadándose de él—. Qué gusto verlo. ¿Asistirá a la recepción de esta noche?

—¡Oh! ¡Sí! Me han invitado, de manera totalmente inesperada. Al parecer, los organizadores dan la bienvenida a los observadores eruditos. Se supone que debo escribir un artículo sobre la importancia cultural de la cría de competición. —Bajó la voz—. Me aterra decir algo inapropiado o derribar algo costoso.

—Quédese cerca de nosotros —sugirió Cecily—. Hay más seguridad en grupo.

Su alivio era palpable.

—Es usted muy amable, lady Cecily. No supondrá que yo... —Se interrumpió bruscamente, con la mirada fija en algo detrás de ellos.

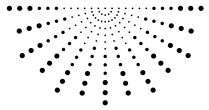
Su expresión pasó por varias etapas de alarma antes de instalarse en un terror apenas contenido.

Cecily se volvió.

La condesa Vespera Nikolayevna había llegado.

6

CONDESA VESPERA NIKOLAYEVNA



La condesa Vespera hizo una entrada como solo alguien que hubiera estudiado el impacto teatral durante décadas podía lograr. Alta, esbelta, probablemente rondando los cincuenta pero conservada con la determinación de quien entiende que la apariencia es moneda de cambio, irrumpió en el salón con un vestido de terciopelo azul medianoche que lograba unir la Rusia imperial con el chic parisino moderno. Su cabello oscuro estaba dispuesto en ondas elaboradas bajo una pequeña tiara. Una de verdad, notó Cecily, no bisutería. Los diamantes relucían en su garganta y en sus muñecas.

Pero la verdadera pieza de exhibición era la transportadora que llevaba en la mano.

Era más grande y más ornamentada que la transportadora de Duchess, decorada con herrajes dorados y pequeñas ventanas de cristal auténtico. A través de una de ellas, Cecily alcanzó a ver pelaje azul plateado y unos ojos verdes enormes.

Tsar Nicholas II, supuso.

La condesa avanzó por el salón con el paso mesurado de la realeza saludando a sus súbditos. Asintió a otros competidores, habló

brevemente con Monsieur Le Ciseleur y, por fin, llegó a la mesa de registro donde la esperaba Madame Dubois.

—Condesa Vespera —dijo Madame Dubois, con un tono que sugería larga familiaridad—. ¿La inscripción habitual?

—Naturalmente, querida Genevieve. Categoría A, División Campeonato —dijo la condesa, con ese acento particular de la aristocracia rusa filtrado por años de residencia en Francia.

Dejó la transportadora sobre la mesa y lo abrió con cuidado ceremonial.

Tsar Nicholas II emergió como plata líquida, con su pelaje azul grisáceo brillando bajo las luces. Era espléndido, tuvo que admitir Cecily. De extremidades largas, elegante, con unos ojos enormes y una expresión de suprema satisfacción consigo mismo.

Vio a Duchess de inmediato.

Los dos gatos se clavaron la mirada a tres metros de distancia, en medio del elegante salón.

Duchess echó las orejas hacia atrás. Su cola se esponjó hasta alcanzar el doble de su tamaño normal.

El lomo de Tsar Nicholas II se arqueó. De él salió un gruñido grave que sugería siglos de desagrado imperial ruso.

—Ay, cielo —murmuró Cecily.

—Qué encantador —dijo Fenella, con el tono de quien acaba de localizar las posiciones de la artillería enemiga y se dispone a tomar contramedidas—. Rivalidad natural. Eso hará que la victoria sea todavía más dulce.

La condesa las había visto. Se volvió, y su expresión recorrió distintos matices de reconocimiento, sorpresa y cordialidad.

—Lady Fenella Crowthorne —dijo, acercándose con pasos medidos —. Qué placer tan inesperado. No me había dado cuenta de que nos

honraría con su presencia.

—Condesa Vespera.

La sonrisa de Fenella podía cortar vidrio.

—Qué gusto volver a verla. Permítame presentarle a lady Cecily Ashcombe, de Ashcombe Hall. Cecily, esta es la condesa Vespera Nikolayevna, de la aristocracia emigrada y competidora destacada.

—Condesa —dijo Cecily, ofreciéndole la mano.

La condesa se la tomó apenas un instante; su apretón fue firme, pero su atención ya estaba catalogando el vestido modesto de Cecily, sus joyas sencillas y su evidente falta de brillo aristocrático. Cecily casi podía ver la evaluación: nueva rica, insignificante, ninguna amenaza.

—Encantada —dijo la condesa, con un tono que sugería todo lo contrario.

Su mirada se desplazó a la transportadora de Duchess.

—¿Y esta es su competidora? Qué pintoresca. Persa, ya veo. Pueden ser encantadores, aunque, por supuesto, los azules rusos poseen cierto refinamiento del que los persas a veces carecen.

—Qué curioso —replicó Fenella con dulzura—. Yo siempre he pensado que los azules rusos poseen cierto dramatismo que la cría cuidadosa ha refinado hasta eliminarlo de los persas de buena casta.

El aire entre ambas crepitó de hostilidad cortés.

—¿Y su acompañante? —La condesa lanzó una mirada a Pip, que investigaba el dobladillo de su vestido con enorme interés—. ¿Un terrier? Qué campestre.

—Es entusiasta —dijo Cecily con diplomacia, tirando de Pip hacia atrás antes de que pudiera averiguar si el vestido de terciopelo de la condesa era comestible.

—Estoy segura. —La atención de la condesa volvió a Fenella—. Espero que su Duchess esté preparada para una competencia seria. Los estándares de este año son excepcionalmente altos.

—Duchess nació preparada —respondió Fenella—. Después de todo, el pedigrí o es genuino o no lo es. No se puede fabricar el linaje, por muy elaborada que sea la presentación.

Fue un golpe directo, aunque asestado con tanta elegancia que cualquiera que no estuviera escuchando con atención podría haberse perdido el insulto.

La sonrisa de la condesa se tensó apenas una fracción.

—En efecto. La autenticidad es todo. Algunas, desde luego, llevamos nuestro linaje en la sangre, no solo en el papel.

—Y algunas —contraatacó Fenella— demostramos nuestro valor con hechos, en lugar de depender de conexiones históricas cada vez más lejanas.

Cecily, reconociendo una guerra aristocrática en cuanto la veía, decidió que era necesaria una intervención antes de que corriera sangre de verdad.

—Condesa, no pude evitar notar su hermoso collar —dijo, señalando los diamantes al cuello de Tsar Nicholas II—. Es absolutamente deslumbrante.

La expresión de la condesa se suavizó de inmediato.

—Tiene un gusto excelente, lady Ashcombe. Este es el collar Joyas de la Corona, un regalo del mismísimo gran duque Michael Alexandrovich, en tiempos más felices. Treinta quilates de diamantes impecables, diseño imperial ruso, engaste de platino. Creo que es, sin duda, la pieza más fina de toda la exposición.

El collar era, en efecto, extraordinario. Una delicada celosía de platino engastada con diamantes que atrapaban la luz con cada movimiento. Parecía terriblemente caro y completamente auténtico.

O al menos, pensó Cecily, al ver cómo los dedos de la condesa lo rozaban con algo muy cercano a la desesperación, parecía el tipo de cosa que aterraría perder.

—Es extraordinario —dijo Cecily con sinceridad.

—Es una fortuna que Tsar Nicholas II tolere llevarlo puesto —dijo la condesa, con el tono ensayado de una historia contada demasiadas veces—. Comprende su importancia. Después de todo, desciende del propio programa de cría del Tsar. Llevar el collar Joyas de la Corona es su derecho de nacimiento.

Junto a Cecily, Pip eligió ese momento para estornudar: un estornudo enorme, de cuerpo entero, que expresaba su opinión sobre los derechos de nacimiento imperiales y los gatos aristocráticos.

El canónigo Bott, que había estado observando el intercambio con el horror fascinado de alguien que presencia un accidente de carruaje, dio un brinco tremendo y se golpeó contra una mesa de exhibición cercana, haciendo que varios papeles de inscripción revolotearan hasta el suelo.

—¡Oh! ¡Lo siento muchísimo! No quería..., es decir, yo solo..., ay, Dios...

Cayó de rodillas y empezó a recoger los papeles con manos que temblaban ligeramente. Tsar Nicholas II, asustado por el movimiento repentino, saltó fuera de su transportadora y salió disparado hacia las guirnaldas navideñas.

—¡Tsar! —La compostura de la condesa se resquebrajó—. ¡Que alguien lo atrape!

Duchess, al ver a su rival en fuga, al parecer decidió que el honor exigía persecución. Se lanzó desde los brazos de Fenella con una velocidad espectacular.

Pip, reconociendo el caos en cuanto lo vio y negándose a quedarse fuera, se abalanzó hacia adelante con fuerza suficiente para arrancar la correa de la mano sorprendida de Cecily.

—¡Pip, no!

Lo que siguió solo podía describirse como un caos coreografiado.

Tsar Nicholas II llegó primero a las guirnaldas y las trepó con la agilidad de un trapecista. Las guirnaldas, que no estaban diseñadas para soportar peso felino, iniciaron un lento y majestuoso descenso desde sus sujeciones.

Duchess llegó unos segundos después y se lanzó hacia arriba con la determinación de una persa que se negaba a dejarse superar por una rival de la aristocracia emigrada. Su trayectoria fue impresionante. Su aterrizaje, por desgracia, involucró un arreglo decorativo de rosas blancas que explotó en una lluvia de pétalos y agua.

Pip, ladrando con el entusiasmo de un perro que presencia el acontecimiento más emocionante de toda su vida, se estrelló contra la mesa de registro. Los papeles salieron volando como aves espantadas. Madame Dubois emitió un sonido que dejaba claro que su paciencia, siempre finita, había llegado a su fin.

—¡Duchess! —ordenó Fenella con la autoridad de alguien que había sobrevivido a tres maridos y a la Gran Guerra—. ¡Vuelve aquí inmediatamente!

—¡Tsar, *mon chéri*! —la voz de la condesa se había elevado a alturas operáticas—. ¡Baja de ahí ahora mismo!

—¡Pip! —llamó Cecily, corriendo tras el terrier, que ahora investigaba si las guirnaldas navideñas eran comestibles—. ¡Por favor, recuerda que somos invitados!

El canónigo Bott, todavía de rodillas entre los papeles desparramados, alzó la vista con la expresión de un hombre que

presencia el apocalipsis.

—No podría inventarme esto ni aunque quisiera —murmuró—. Nadie lo creería.

Monsieur Le Ciseleur apareció, moviéndose más rápido de lo que Cecily habría creído posible en un hombre con su aparente nivel de ansiedad.

—*S'il vous plaît!* ¡Los gatos! ¡Las decoraciones! ¡La recepción inaugural empieza en dos horas!

Varios empleados del hotel corrieron a ayudar. Un lacayo se subió a una silla para alcanzar a Tsar Nicholas II, quien respondió trepando más alto. Duchess, ya recuperada de su aterrizaje entre las rosas, merodeaba por debajo como un tiburón plateado esperando que la presa descendiera. Pip intentó ayudar ladrando instrucciones que únicamente él entendía.

Cecily por fin lo atrapó en pleno ladrido y se lo acomodó con firmeza bajo el brazo.

—No estás ayudando en absoluto.

—Vaya —observó una voz desde la entrada del salón, culta y divertida—, ¿esto forma parte del protocolo habitual de la exposición o estamos presenciando algo sin precedentes?

Quien hablaba era un caballero de unos cuarenta años, alto y delgado, vestido con una impecable ropa de etiqueta a pesar de lo temprano de la hora. Tenía el cabello oscuro, con unas distinguidas canas en las sienes, y unos ojos gris azulados, notablemente observadores, que examinaban el caos con la expresión de quien encuentra la vida inagotablemente entretenida.

—¡Monsieur Delacroix! —Monsieur Le Ciseleur estuvo a punto de sollozar de alivio—. Gracias al cielo. ¿Podría ayudarnos, si fuera tan amable?

El caballero, al parecer Monsieur Delacroix, se acercó al asunto de la guirnalda con serena confianza.

—Tsar Nicholas, supongo —le dijo al gato con perfecta seriedad—. Creo que la condesa agradecería muchísimo que bajara. Estas guirnaldas, aunque atractivas, no son un refugio seguro desde el punto de vista estructural.

Para asombro de Cecily, Tsar Nicholas II interrumpió su escalada, contempló a Monsieur Delacroix con ojos verdes evaluadores y, con gran dignidad, se dejó bajar.

—Gracias —suspiró la condesa, aceptando a su gato con visible alivio. Lo estrechó contra sí, mientras una mano comprobaba automáticamente que el collar Joyas de la Corona siguiera bien asegurado—. Es usted muy amable, Monsieur.

—En absoluto, condesa. Los gatos responden bien a una conversación razonable. —Se volvió hacia donde Duchess se había instalado junto a Fenella, con un aire enormemente satisfecho de sí misma—. Buenas noches, Duchess. Su entrada fue memorable.

Duchess parpadeó despacio, lo que Cecily había aprendido a interpretar como el reconocimiento felino de un cumplido.

Fenella miró a Monsieur Delacroix con interés.

—No nos han presentado.

—Perdóneme —intervino Monsieur Le Ciseleur, un poco recuperado ya—. Lady Fenella Crowthorne, permítame presentarle a Monsieur Théodore Delacroix. Es nuestro consultor de exposiciones y, en ocasiones, ayuda con, eh, situaciones inusuales.

—Que ocurren con frecuencia en las exposiciones felinas —añadió Monsieur Delacroix, con una leve sonrisa en los labios—. Se sorprendería de cuántas veces el pedigrí y la dignidad chocan con la naturaleza felina más básica.

—Lady Cecily Ashcombe —dijo Cecily, ofreciéndole la mano mientras seguía sujetando a Pip con el otro brazo—. Y este agente del caos sin el menor arrepentimiento es Pip.

Monsieur Delacroix le tomó la mano un instante; su apretón era cálido y sus ojos, amables.

—Encantado, milady. Su terrier tiene un sentido de la oportunidad excelente. La recepción amenazaba con volverse terriblemente formal. Un recordatorio de la imprevisibilidad de la naturaleza siempre resulta refrescante.

—Me alegra que a alguien le resulte refrescante —dijo Cecily con ironía—. A mí me resulta mortificante.

—No lo esté. La mortificación implica preocuparse demasiado por la opinión ajena. Usted me parece más interesada en las soluciones prácticas que en el protocolo social.

Era una observación aguda para alguien que la conocía desde hacía aproximadamente tres minutos. Cecily se descubrió simpatizando con él a pesar de lo embarazoso de la situación.

—Monsieur Delacroix fue cirujano veterinario antes de la guerra —explicó Monsieur Le Ciseleur, dirigiendo al personal para que reparara las guirnaldas dañadas—. Su experiencia es invaluable para garantizar la salud y el bienestar de nuestros participantes.

—Y para rescatarlos de las decoraciones navideñas —añadió Monsieur Delacroix—. Una habilidad que no previ necesitar, pero que me resulta sorprendentemente útil.

La condesa, ya repuesta tanto de la pérdida de su gato como de la de su compostura, se alisó el vestido de terciopelo con elegancia ensayada.

—Tsar simplemente se sintió abrumado por el viaje. Es muy sensible a los cambios atmosféricos.

—Naturalmente —murmuró Fenella, en un tono que dejaba claro que no se creía nada de eso.

El canónigo Bott, que aún recogía papeles, por fin se puso de pie, con el rostro enrojecido.

—De veras le pido disculpas, condesa. No quise asustar a su gato. Es solo que yo... es decir, soy terriblemente torpe, y...

—*Ce n'est rien* —dijo la condesa, aunque su expresión sugería lo contrario. Luego se volvió hacia Monsieur Le Ciseleur—. Me retiraré a prepararme para la recepción. Tsar necesita tranquilidad después de su terrible experiencia.

Abandonó el salón con una gracia teatral, con Tsar Nicholas II bien seguro dentro de su elaborada transportadora.

—Es toda una actriz —observó Elsie en voz baja.

—Y está desesperada —replicó Cecily, en un tono igual de bajo. Había pasado años como enfermera aprendiendo a leer la verdadera condición de la gente. La condesa llevaba su elegancia como una armadura, pero había habido miedo auténtico en sus ojos cuando Tsar echó a correr, y alivio auténtico cuando confirmó que el collar Joyas de la Corona seguía en su sitio.

Alguien que valoraba ese collar con tanta intensidad o lo amaba muchísimo o lo necesitaba desesperadamente. Cecily sospechaba que se trataba de lo segundo.

—Muy bien, entonces —anunció Monsieur Le Ciseleur, dando palmadas para recuperar la atención de todos—. La recepción inaugural comenzará a las siete en punto. El salón se abrirá para la exhibición a las seis y media. Todos los competidores deberán estar listos y ubicados en sus espacios asignados a las seis y cuarto. Esta es una ocasión formal. Se espera vestimenta elegante.

Miró de manera significativa a Pip, que había empezado a morder su correa.

—Su terrier, Lady Ashcombe, deberá permanecer con correa y bajo control en todo momento. No podemos permitir una repetición del... alboroto de esta tarde.

—Lo prometo —le aseguró Cecily, y lo decía sinceramente.

Mientras la multitud se dispersaba para prepararse para los festejos de la noche, Monsieur Delacroix se acercó una vez más a Cecily.

—¿Puedo ofrecerle un consejo, milady?

—Por favor.

—Observe a la condesa esta noche. El collar Joyas de la Corona es bastante valioso, y no todos los presentes aquí están motivados únicamente por la excelencia felina. —Sus ojos gris azulados sostuvieron la mirada de Cecily con firmeza—. Donde la riqueza se exhibe tan abiertamente, la tentación no tarda en aparecer.

Cecily lo estudió.

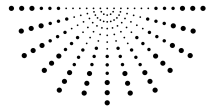
—Es un consejo bastante específico, Monsieur.

—Soy un hombre práctico, Lady Ashcombe. Y he aprendido que los gatos rara vez son el problema en estas exposiciones. Los humanos, por desgracia, suelen ser la fuente de bastante más drama.

Inclinó la cabeza en una pequeña reverencia y se marchó, dejando a Cecily con la clara sensación de que acababan de decirle algo importante, aunque no estaba del todo segura de qué.

7

CONEXIONES IMPERIALES



Su pequeño grupo volvió a reunirse en el vestíbulo, refugiados del caos del salón.

—Eso —dijo débilmente el canónigo Bott— fue la experiencia más aterradora y estimulante de mi vida. Y una vez di un sermón ante una iglesia llena de granjeros furiosos durante una disputa por los diezmos.

—Bienvenido a las exposiciones felinas internacionales —dijo Fenella con sequedad—. Donde los gatos son aristocráticos y los humanos están completamente chiflados.

—En efecto, a mí los gatos me parecieron perfectamente razonables —observó Elsie—. Fueron los humanos quienes provocaron el caos.

—Exacto —coincidió Cecily. Pip por fin se había calmado en sus brazos, con un aire profundamente satisfecho de sí mismo—. Aunque creo que Pip tiene parte de la culpa.

La cola de Pip se agitó, lo que ella interpretó como: *Je ne regrette rien.*

—¿Qué le pareció la condesa? —preguntó Fenella, mientras los guiaba hacia el ascensor.

—Elegante. Teatral. Asustada —dijo Cecily con franqueza.

—¿Asustada?

—La forma en que revisó ese collar. Eso no era orgullo. Era miedo.

Fenella meditó aquello.

—¿Cree que teme un robo?

—Creo que teme que la descubran —dijo Cecily lentamente, mientras las piezas encajaban con el instinto que tan bien le había servido durante la guerra—. Ese collar es su credencial. Demuestra su historia. El regalo del gran duque, la conexión imperial, la aristocracia auténtica. Sin él, no es más que otra emigrada con historias de lujo y finanzas dudosas.

—¿Sacó todo eso con solo verla acariciar a su gato?

—Lo deduje de ver cómo tocaba ese collar como si fuera un salvavidas —replicó Cecily—. Y del hecho de que su vestido, aunque hermoso, ha sido modificado varias veces. Le han soltado el dobladillo y lo han vuelto a coser. Le han ajustado el corpiño. Es viejo, probablemente de antes de la guerra, conservado con esmero, pero definitivamente no es nuevo. Alguien que posee collares de diamantes de treinta quilates normalmente no usa vestidos arreglados una y otra vez.

La expresión de Fenella cambió a respeto.

—Muy observadora.

—La enfermería te enseña a observar —dijo Cecily sencillamente—. Los pacientes no siempre te dicen qué les pasa. Aprendes a leer las señales que no pueden o no quieren articular.

—Bueno, entonces —dijo Fenella al llegar a su suite—, sugiero que todos observemos con mucho cuidado esta noche. Si la condesa está tan desesperada como usted sospecha, esta exposición podría resultar más interesante de lo que incluso yo había previsto.

—¿Interesante o peligrosa? —preguntó el canónigo Bott, nervioso.

—Con un poco de suerte —respondió Fenella alegremente—, ambas.



Cecily pasó la hora siguiente preparándose para la recepción con ayuda de Elsie y bajo la supervisión de Pip. El vestido gris se veía aceptable una vez debidamente planchado. Su cabello, arreglado con sencillez, jamás podría competir con los elaborados peinados parisinos, pero al menos parecía una elección deliberada. Se puso la cruz de plata de su padre y decidió que con eso era suficiente.

—Se ve preciosa —le aseguró Elsie.

—Parezco la hija de un vicario con su mejor ropa de domingo.

—Se ve como usted —la corrigió Elsie—. Y eso vale muchísimo más que parecerse a todo el mundo.

A través de la ventana, París empezaba a brillar con las luces de la noche. La ciudad se transformaba al caer la oscuridad, volviéndose algo mágico: mil ventanas iluminadas, faroles reflejándose en el pavimento mojado, el sonido lejano de música de jazz llegando desde algún lugar cercano. Era el París de las fotografías y las historias románticas, vivo, elegante y del todo ajeno.

Un golpe en la puerta anunció la llegada de Fenella. Se había puesto un imponente vestido de seda de un intenso color esmeralda. Duchess, acicalada hasta la perfección absoluta, reposaba en su transportadora como una reina a la espera de una procesión de Estado.

—¿Lista? —preguntó Fenella.

Cecily alzó a Pip, que ahora llevaba su collar más elegante, de cuero marrón con herrajes de latón pulido.

—Tan lista como vamos a estar nunca.

—Bien. Entonces vayamos a hacernos notar antes de que la condesa monopolice toda la atención.

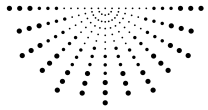
Bajaron al salón como una delegación improbable pero decidida: una viuda aristocrática con una gata de campeonato, una lady novata con un terrier, una doncella de gran sentido práctico, y un vicario nervioso con una libreta.

El Grand Salon había sido transformado una vez más. Todas las superficies relucían. Los puestos de los competidores estaban dispuestos con precisión matemática. Las modernas luces eléctricas y las velas creaban una iluminación cálida que hacía centellear los diamantes y brillar el pelaje con una perfección imposible. Un cuarteto de cuerdas tocaba suavemente en un rincón; Debussy, si Cecily no se equivocaba. Los camareros circulaban con champán y elegantes canapés.

Y por todas partes, absolutamente por todas partes, había gatos y los humanos que los amaban con distintos grados de obsesión.

8

UN CUENTO DE HADAS PARISINO



El Grand Salon era nada menos que un cuento de hadas parisino. Un cuarteto de cuerdas entretejía a Fauré con el suave tintineo de las copas de champaña. Rosas blancas perfumaban el aire, compitiendo con perfumes franceses carísimos y cera para muebles. Adondequiera que Cecily mirara, había elegancia. Damas con vestidos de talle bajo y elaborados bordados de cuentas, caballeros con impecable atuendo de noche y gatos, tantísimos gatos, exhibidos como auténticas joyas.

Pero Cecily sabía que las superficies hermosas a menudo ocultaban verdades complicadas.

—Cielo santo —murmuró Elsie a su lado—. He asistido a fiestas de jardín reales con menos ceremonia.

—En las fiestas de jardín una no se arriesga a ofender a gatos de pedigrí impecable —repuso Cecily, apretando más la correa de Pip.

El terrier vibraba de entusiasmo reprimido.

—Por aquí.

Fenella se abrió paso entre la multitud con la confianza de alguien que había asistido a mil eventos como ese.

—Nuestro sitio está cerca de la plataforma de los jueces. Un lugar privilegiado.

El espacio asignado resultó ser tan elegante como todo lo demás: madera de caoba cubierta con seda color crema, una plataforma acolchada y una elaborada caligrafía que detallaba el pedigrí de Duchess. Fenella acomodó a su gata, ajustando los ángulos para que la luz la favoreciera lo más posible.

Duchess se instaló como una emperatriz que asciende a su trono, examinando su dominio con unos enormes ojos azules que sugerían que encontraba todo exactamente como debía ser.

Un anciano caballero alemán se detuvo ante su puesto.

—Magnífica. La estructura ósea, excelente. Soy Herr Doktor Friedrich Bergmann. Mi angora compite en la Categoría B.

Después de que se alejó, Elsie se inclinó hacia Cecily.

—¿Acaba de elogiar la estructura ósea de un gato?

—Al parecer, a este nivel evalúan a los gatos con el mismo rigor que a las esculturas renacentistas.

Cecily observó a otros competidores acomodando a sus felinos.

—Estoy descubriendo que el mundo de la afición felina es bastante más complicado de lo que había imaginado.

Una dama francesa con unas perlas espectaculares se detuvo, mientras su siamés las contemplaba con frialdad.

—Ah, la inscripción inglesa. Encantadora. Aunque, desde luego, los estándares parisinos pueden ser bastante exigentes.

—Qué suerte —respondió Fenella con dulzura— que los estándares sean objetivos y no suposiciones geográficas.

Pip se lanzó de pronto hacia la bandeja de un mesero que pasaba. Cecily lo atrapó a medio salto.

—No, eso no.

—Ten.

Elsie sacó una galleta de su bolso.

—Vine preparada para emergencias caninas.

El canónigo Bott se materializó junto a ellas, aferrando una copa de champaña y con un aspecto profundamente incómodo en traje de noche. El cuello clerical parecía estar estrangulándolo.

—Lady Cecily, esto es realmente extraordinario. He estado tomando notas sobre la psicología de la competencia. La manera en que interactúan estas personas. Es como ver una partida de ajedrez jugada con cortesías aristocráticas y maniobras de pedigrí asesinas.

—Tal vez convenga guardarse esa observación —sugirió Elsie—. A la gente no le gusta que la llamen potencialmente homicida.

—¡Oh! Tiene toda la razón. Seré discreto.

Dio un trago reconfortante y de inmediato se atragantó.

Cecily le dio unas suaves palmadas en la espalda.

—Tragos más pequeños, canónigo.

La velada avanzó entre presentaciones. Los competidores exhibían a sus ejemplares con teatralidad, precisión científica, dramatismo en la voz u orgullo contenido. Duchess se desempeñó magníficamente, posando como una modelo profesional mientras Fenella hablaba de linaje aristocrático.

Entonces, una oleada de atención recorrió el salón como una onda de murmullos. Las conversaciones cambiaron de rumbo y la atención se desplazó con precisión coordinada.

La condesa Vespera Nikolayevna había llegado.

Si su entrada de la tarde había sido impresionante, su presentación nocturna era absolutamente magnífica. La seda plateada atrapaba la luz como agua, cayendo en líneas elegantes. Su cabello oscuro estaba dispuesto en elaboradas ondas bajo una tiara maravillosa. Los diamantes brillaban en el cuello y en las muñecas. Unos aretes de rubí aportaban un color dramático.

Pero la pieza central, aquello que atraía todas las miradas, era el collar que llevaba en un cojín de terciopelo.

El collar Joyas de la Corona.

Bajo la luz del salón, era deslumbrante. La filigrana de platino formaba una intrincada trama, cada intersección engastada con diamantes que iban desde pequeñas piedras de adorno hasta piedras centrales de por lo menos tres quilates. El diseño era inconfundiblemente imperial ruso, y combinaba delicadeza con una opulencia inequívoca. Parecía luz de estrellas capturada, algo que pertenecía a un palacio y no al cuello de un gato.

A su lado, Tsar Nicholas II esperaba, con su pelaje azul plateado acicalado hasta la perfección.

La condesa avanzó por el salón, aceptando saludos con una soltura ensayada. Era, comprendió Cecily, una actuación: magnífica y pulida, que combinaba elegancia con impacto teatral.

—Es bastante espectacular —murmuró Elsie.

—Eso no es seguridad. Es caminar por la cuerda floja.

Fenella hizo un pequeño sonido de asentimiento.

—Tiene toda la razón. Vi esa mirada durante la guerra. Oficiales manteniendo la compostura mientras todo se venía abajo. La sonrisa seguía perfecta, pero los ojos los delataban.

La condesa llegó a su puesto, justo enfrente del de ellas, por supuesto, y empezó a acomodar a Tsar Nicholas II. La multitud se reunió, atraída por el espectacular despliegue del collar.

—Mesdames et messieurs —anunció Monsieur Le Ciseleur—, las presentaciones formales comenzarán en breve. Les rogamos respetar las áreas de observación designadas y mantener el silencio apropiado.

Los admiradores se apretujaron más cerca del puesto de la condesa. Sus voces se oían con claridad.

—El collar Joyas de la Corona... nunca imaginé...

—Dicen que tiene treinta quilates. Un regalo del propio gran duque Michael.

—Lo llevaba cuando huyó de Rusia. Cosido al forro de su abrigo, según cuentan.

La condesa recibía como una reina.

—Son demasiado amables. El collar representa la conexión con un mundo que ya no existe. Cuando el gran duque Michael me lo regaló en San Petersburgo, antes de la Revolución, cuando regalos así eran posibles, dijo que la belleza debía preservarse incluso en tiempos difíciles.

—¿Y escapó con él? —preguntó alguien—. ¿Durante la Revolución?

—Escapé con muy poco.

Una emoción genuina le cruzó el rostro.

—La finca de mi familia, confiscada. Nuestra fortuna, incautada. Amigos y parientes, dispersos o algo peor. Pero esto —hizo un gesto hacia el collar— no podía dejarlo atrás. Me pareció importante preservar algo de aquel mundo.

La multitud murmuró con simpatía. Cecily observó con atención, notando la pulida fluidez de una historia contada muchas veces. Era conmovedora y dramática, con los detalles justos para resultar verosímil. Pero había algo ensayado en ella, como una obra

representada tantas veces que los actores ya no sienten de verdad esas emociones.

La condesa levantó el collar con reverencia. Los diamantes atraparon la luz y esparcieron destellos prismáticos. Se acercó a Tsar Nicholas II, que soportó el adorno con tolerancia imperial.

El efecto fue inmediato. Un aplauso se propagó entre los admiradores.

Al otro lado del espacio, Duchess observaba con los ojos entornados. La cola empezó a dar un lento coletazo de irritación.

El canónigo Bott Se acercó un poco más, no vio el cordón de terciopelo y tropezó con él de manera espectacular. Su copa de champán salió volando en un arco elegante y se derramó sobre el parquet.

Tsar Nicholas II, espantado, dio un salto hacia atrás. El collar se torció.

La condesa jadeó, lanzándose a sujetar tanto al gato como al collar.

—¡Tsar! Está bien...

—¡Lo siento muchísimo! —el canónigo Bott se levantó a toda prisa, escarlata—. No vi el cordón, estaba investigando la psicología de la competencia, no espiando, desde luego... ay, cielos...

Se dio la vuelta, chocó contra un mesero e desparramó los canapés por el suelo.

Pip, al ver su oportunidad, se lanzó hacia la comida caída con la tenacidad de un terrier.

—¡Pip, no!

Cecily lo atrapó en pleno salto.

Monsieur Le Ciseleur apareció con el personal del hotel y una compostura notable, dirigiendo la limpieza con eficaz serenidad.

—No ha pasado nada. Canónigo Bott, ¿quizá podría observar desde una distancia un poco mayor?

—Sí, por supuesto, excelente sugerencia.

El canónigo Bott retrocedió apresuradamente hasta detenerse junto a Cecily.

—Parece que traigo mala suerte. Cada vez que reúno material de investigación, provoco una catástrofe.

—Quizá Silas Bellweather debería dedicarse a escribir sobre contadores —sugirió Elsie con amabilidad—. Es una profesión mucho menos activa.

Resuelta la crisis y limpio el piso, Tsar Nicholas II quedó instalado una vez más con el collar bien asegurado. La condesa mantuvo una compostura amable, aunque las manos le temblaban un poco.

—Ese collar lo es todo para ella —observó alguien en voz baja.

Cecily se volvió y descubrió a Monsieur Delacroix, aparecido con silenciosa eficacia.

—Más que todo —respondió Cecily—. Es toda su identidad.

—Precisamente.

Sus ojos gris azulado estudiaron a la condesa.

—Sin ese collar, sin la historia que valida, se convierte simplemente en otra aristócrata emigrada con contactos cada vez más débiles y deudas cada vez mayores. París está lleno de ellas. Miembros de la antigua aristocracia que comercian con su gloria pasada mientras sus circunstancias presentes se vuelven desesperadas.

—¿Cree que alguien podría intentar robárselo?

—Creo que varias personas podrían intentarlo —respondió—. O que la propia condesa podría fingir un robo así para cobrar el seguro.

Donde la desesperación y la riqueza ocupan el mismo espacio, surgen complicaciones interesantes.

Era una advertencia, formulada con cortesía, pero definitivamente una advertencia.

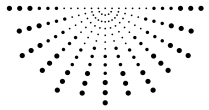
—Gracias —dijo en voz baja—. Estaré atenta.

—Sospecho que usted ya lo hace, lady Ashcombe. Tiene los ojos de alguien entrenado para notar lo que otros no ven.

Antes de que pudiera responder, ya se había esfumado otra vez entre la multitud.

9

MADAME SOLANGE DUBOIS



La presentación de la condesa fue la última. Llevó a Tsar Nicholas II a la plataforma, y el collar Joyas de la Corona atrapó todas las luces.

—Tsar Nicholas II representa el linaje más distinguido de la cría de azules rusos —anunció; su voz se proyectó por todo el salón—. Su pedigrí se remonta seis generaciones, cada una documentada y verificada. Y el collar que lleva no es mera decoración, sino historia. Una conexión con un mundo que existía antes de que la revolución destruyera la belleza y la tradición.

Contó la historia otra vez, con un dramatismo aún mayor. La huida, las joyas cosidas en los forros de los abrigos, la elección desesperada de qué salvar. Era magnífica, conmovedora y trágica, y estaba calculada al milímetro para ganarse la simpatía de la aristocracia.

El público escuchaba embelesado. Cecily observó a la narradora más que a la historia. La voz de la condesa era firme, sus gestos ensayados, el ritmo impecable.

Cuando concluyó la presentación, el salón se llenó de aplausos.

Mientras devolvía a Tsar Nicholas II a su lugar, se acercó una mujer alta, vestida de azul medianoche.

—Condesa, su presentación fue magnífica. Aunque debo decir que el collar eclipsó por completo el vestido que le diseñé la temporada pasada. Quizá la próxima vez convenga considerar que los accesorios no opaquen el vestido.

La sonrisa de la condesa no vaciló, pero sus ojos se endurecieron.

—Madame Solange. Qué encantadora sorpresa. Estoy segura de que sus diseños brillarían más si tuvieran mérito propio y no dependieran de un contexto discreto para lucir.

—Mesdames —intervino Monsieur Delacroix entre ambas, diplomático—. ¿Quizá podríamos disfrutar todos de una copa de champán en lugar de continuar con debates profesionales?

Madame Solange se retiró en silencio, dejando un rastro de tensión a su paso.

—¿Quién era esa? —preguntó Cecily en voz baja.

—Madame Solange Dubois —respondió Fenella—. Diseñadora de moda. Muy talentosa, pero absolutamente despiadada con la competencia. Proporcionó algunos de los accesorios de Duchess. Celos profesionales. Solange crea belleza con talento. La condesa simplemente la posee por herencia. Ese tipo de ventaja inmerecida debe ser exasperante.

La recepción continuó, y el ambiente cambió a medida que los invitados circulaban con más libertad. Pip, con la paciencia ya agotada, empezó a husmear debajo de las mesas.

—Pip, quédate cerca —lo llamó Cecily, pero el terrier ya había desaparecido bajo la mesa de la condesa, con la cola agitándose con entusiasmo.

—Voy por él —ofreció Elsie, pero Pip salió triunfante, con algo sujeto en el hocico.

—Suéltalo —ordenó Cecily, agachándose.

Pip Pip soltó su premio de mala gana en la mano que ella le tendía.

Un pedazo de tela. Seda, azul oscuro o negra, rasgada, no cortada. Un borde estaba deshilachado; el otro mostraba una línea de costura limpia. Olía levemente a perfume caro y a otra cosa. Algo químico. Casi medicinal.

Se la guardó rápidamente en el bolsillo. Seguramente no era nada, un pedazo rasgado del vestido de alguien. Pero había algo en aquello que no estaba bien. La tela era demasiado fina para haber sido desechada con descuido. Y el olor químico estaba claramente fuera de lugar.

—¿Qué encontró? —preguntó Elsie en voz baja.

—Todavía no estoy segura. Pero creo que deberíamos vigilar con más atención.

La velada se fue apagando. Devolvieron a los gatos a sus transportadoras de viaje con evidente alivio. Duchess se marchó con dignidad regia. Tsar Nicholas II necesitó unos cuantos ruegos y, por lo visto, pollo como incentivo.

La condesa supervisó su regreso con ansiedad. Se quitó el collar Joyas de la Corona con reverente cuidado, lo colocó sobre su cojín de terciopelo y guardó todo en un estuche cerrado con llave. Le temblaban las manos al accionar el mecanismo.

—¿Se encuentra bien, condesa? —preguntó Monsieur Le Ciseleur.

—Perfectamente bien. Solo estoy cansada. A Tsar Nicholas estos eventos le resultan agotadores.

—La caja fuerte del hotel está a su disposición si desea guardar sus objetos valiosos durante la noche.

—Gracias, pero no. Prefiero conservar el collar en mi suite. Allí está perfectamente seguro.

La expresión de Monsieur Le Ciseleur sugería que opinaba lo contrario, pero se limitó a asentir.

Cecily observó a la condesa hablar brevemente con Delacroix. La conversación era demasiado baja para oírla, pero la expresión de la condesa revelaba algo más que cansancio. Preocupación. Tal vez miedo.

—Bien, entonces —anunció Fenella—. Mañana empieza la verdadera competencia. Esta noche, descansamos.

Reunieron sus cosas y se dirigieron hacia el ascensor. El canónigo Bott iba detrás, con aire del todo abrumado.

—Ha sido una velada de lo más extraordinaria. Las tensiones, las hostilidades apenas disimuladas. Absolutamente perfecta para un misterio de asesinato.

—Esperemos que no llegue a eso —repuso Cecily, aunque su tono sugería que no bromeaba del todo.

Mientras esperaban el ascensor, Cecily dirigió la mirada al Grand Salon. El personal estaba ordenando, devolviendo todo a su sitio. A través de los altos ventanales, París centelleaba con las luces de la noche, hermoso y misterioso.

Pensó en la tela que llevaba en el bolsillo. En las manos temblorosas de la condesa. En demasiada riqueza exhibida, en demasiada desesperación disfrazada de elegancia.

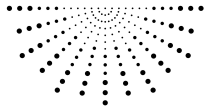
Llegaron a su piso y se separaron. Cecily acomodó a Pip en su cesta, se puso el camisón y se quedó junto a la ventana, contemplando París.

Pensó en la condesa, sola con un collar valorado en treinta quilates de diamantes y una historia en la que necesitaba seguir creyendo. Pensó en todas las personas que habían contemplado esos diamantes con admiración, envidia o cálculo.

Vela por todos ellos esta noche, rezó en voz baja, tocando la cruz de plata que llevaba al cuello.

10

FABRICACIÓN PARISINA



La mañana llegó con la pálida luz de diciembre filtrándose a través de las cortinas de encaje. Cecily despertó antes de lo necesario, con la mente ya dando vueltas a las observaciones de la noche anterior, como un terrier con un hueso particularmente desconcertante.

Se levantó en silencio, se envolvió en su bata y recuperó el trozo de tela de su bolso de noche. A la luz de la mañana, parecía aún más deliberadamente rasgado, no el daño accidental de una velada activa, sino algo intencional. El olor químico permanecía, agudo y medicinal bajo el perfume persistente.

Cloroformo, quizás. O éter. Algo usado para sedar.

La idea la inquietó. ¿Qué propósito tendría alguien para llevar algo así a una elegante exposición felina?

Un suave golpe anunció la opinión de Pip sobre las demoras del desayuno. Abrió la puerta y lo encontró esperando con la paciencia de un santo, lo que para Pip significaba unos tres segundos antes de que comenzara a girar en círculos entusiastas.

—Sí, está bien. Supongo que te has ganado el desayuno después del trabajo de detective de ayer.

Apenas lo había dejado con su comida cuando llegó Elsie, impecable a pesar de la hora, llevando una bandeja de desayuno.

—Le traje café y pasteles. Fenella mandó aviso de que debemos reunirnos en su suite a las ocho y media para una planificación estratégica. Al parecer, la evaluación comienza a las diez, y ha desarrollado lo que llama «un enfoque táctico para la presentación felina».

—Por supuesto que sí —dijo Cecily mientras servía café con gratitud —. Elsie, huele esto.

Le entregó el trozo de tela. Elsie lo examinó cuidadosamente, luego inhaló con cautela.

—Es cloroformo. O algo muy parecido —dijo, y su expresión se agudizó—. Ayudé a cuidar a mujeres a las que se lo habían administrado para procedimientos quirúrgicos durante la guerra. Ese dulzor medicinal particular es inconfundible.

—Eso mismo pensaba —dijo Cecily, recuperando la tela con el ceño fruncido—. Pero ¿por qué alguien en una elegante exposición felina de París llevaría cloroformo?

—¿Para tranquilizar a un gato difícil? —sugirió Elsie, con escepticismo.

—Posiblemente. O para sedar otra cosa, o a otra persona, completamente distinta.

Terminaron el desayuno mientras comentaban lo observado la noche anterior. Las manos temblorosas de la condesa. La atención excesiva en el collar y no en el gato. El estuche cerrado con su mecanismo sorprendentemente sencillo. La hostilidad cortante de Madame Solange.

—Se siente —dijo Cecily lentamente— como ver acumularse las nubes de tormenta. Todo parece encantador en la superficie, pero la tensión va en aumento.

—Tu padre solía decir que la verdad siempre termina saliendo a la luz, por muy profundamente que esté enterrada.

—Lo hacía. Aunque sospecho que estaba pensando en chismes del pueblo más que en robo internacional de joyas.

—¿Realmente crees que alguien pretende robar el collar?

—Creo —respondió Cecily con cuidado— que cuando el ego y la oportunidad ocupan el mismo espacio, pasan cosas complicadas.

La suite de Fenella resultó ser un cuartel general digno de una campaña militar. Gráficos que detallaban los criterios de evaluación cubrían una mesa. Los utensilios de aseo de Duchess estaban dispuestos con precisión quirúrgica en otra. La dama en persona paseaba como un general revisando los planes de batalla.

—Ah, excelente. Son puntuales —señaló los gráficos—. He analizado las preferencias individuales del panel de jueces basándome en sus escritos publicados y concursos anteriores. Herr Doktor Bergmann favorece la estructura ósea y la proporción. Monsieur Le Ciseleur valora el temperamento y la presentación. Madame Archambeau, la tercera juez, a quien aún no hemos conocido apropiadamente, aparentemente prioriza la calidad y el color del pelaje.

—¿Investigaste a los jueces? —preguntó Cecily, impresionada a su pesar.

—Conozca su campo de batalla, querida. Mi difunto esposo, que en paz descanse, siempre decía que la inteligencia gana más victorias que la fuerza bruta —consultó sus notas—. Ventajas de Duchess: pedigrí impecable, estructura ósea soberbia, pelaje magnífico. Debilidades potenciales: la reserva inglesa podría interpretarse como distanciamiento para jueces continentales que esperan un temperamento más demostrativo.

—¿Has considerado —sugirió Elsie diplomáticamente— que quizás la personalidad de Duchess es simplemente parte de su encanto?

—El encanto no gana concursos. La excelencia medible gana concursos —pero la expresión de Fenella se suavizó ligeramente—. Aunque confieso que no la cambiaría. Es exactamente como debe ser un gato persa. Digna, serena y completamente convencida de su propia superioridad.

Pip, que había estado explorando la suite con intenso interés, eligió ese momento para descubrir el trono acolchado de Duchess. Saltó sobre él con entusiasmo, moviendo la cola.

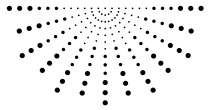
Duchess, observando desde el alféizar de la ventana, le lanzó una mirada de desdén tan fulminante que Pip retrocedió de inmediato.

—Bueno —dijo Cecily, recuperando a su terrier impenitente—. Al menos sabemos quién es verdaderamente superior.

Partieron hacia el Grand Salon a las diez menos cuarto, Fenella llevando a Duchess en una elegante canasta de viaje mientras daba las instrucciones estratégicas finales.

11

EL COLLAR JOYAS DE LA CORONA



El salón se había transformado de la noche a la mañana. El espacio social de la velada anterior se había convertido en una arena formal de evaluación. Plataformas elevadas se alzaban a intervalos medidos, cada una cubierta con seda color crema y colocada para captar la mejor luz. La mesa de los jueces dominaba el centro del salón, ligeramente elevada y provista de sillas de cuero que sugerían una autoridad eclesiástica.

Los competidores llegaron con sus gatos, y el ambiente de inmediato se cargó de tensión. Las cortesías aristocráticas encubrían una rivalidad genuina. Las sonrisas eran armas. Los cumplidos llevaban púas.

El panel de jueces entró con una ceremonia digna de la realeza. Monsieur Thierry Le Ciseleur iba al frente, impecable en traje de mañana; su cabello plateado y su barba recortada le daban el aire de un profesor de filosofía particularmente elegante. Herr Doktor Friedrich Bergmann venía detrás, con un estuche de cuero con instrumentos científicos. La tercera jueza, Madame Céleste Archambeau, resultó ser una elegante dama francesa de unos sesenta años, con unos ojos agudos a los que nada se les escapaba.

—Mesdames et messieurs —anunció Monsieur Le Ciseleur—, la evaluación preliminar de la Grand Exposition Féline de Noël dará comienzo ahora. Pedimos absoluto silencio durante las evaluaciones y recordamos a todos los competidores que cualquier interferencia resultará en descalificación inmediata.

Herr Doktor Bergmann desempacó sus instrumentos con un cuidado reverente. Calibradores de varios tamaños. Una lente de aumento. Lo que parecía ser un transportador. Varios cuadernos ya densos de cálculos.

El canónigo Bott, apostado cerca de Cecily, susurró con urgencia.

—¿Piensa evaluar gatos o hacer geometría?

—Quizá ambas cosas —murmuró Cecily—. Shh.

La evaluación comenzó con la Categoría A: razas de primera. Cada gato era llevado al frente, colocado sobre la plataforma de examen y sometido a un escrutinio exhaustivo. Herr Doktor Bergmann medía la estructura ósea con precisión científica, dictando proporciones que Madame Archambeau iba anotando. Monsieur Le Ciseleur evaluaba el temperamento con un manejo suave. Madame Archambeau examinaba la calidad del pelaje, probando la textura entre sus dedos expertos.

Una magnífica gata de Bosque de Noruega llamada Freya soportó las mediciones con dignidad paciente. Un angora turco llamado Suleiman permitió el examen mientras irradiaba un orgullo ofendido. Un birmano particularmente esponjoso llamado Josephine intentó escapar tres veces y tuvieron que atraerlo de vuelta con corazones de pollo hervidos.

Durante todo aquello, Pip no podía estarse quieto junto a la silla de Cecily, observando el procedimiento con una expresión que dejaba claro que él podría hacerlo mejor.

—No —le dijo Cecily en voz baja—. Definitivamente no vas a entrar en la competencia.

El turno de Duchess llegó a media mañana. Fenella se acercó a la plataforma con el porte de alguien que presentara las Joyas de la Corona al arzobispo de Canterbury. Acomodó a Duchess con cuidado, corrigió un poco su postura y retrocedió.

—Duchess of Ashcombe —anunció con claridad—. Persa plateada. Nacida en marzo de 1919. Padre: Champion Silverton's Imperial Majesty. Madre: Lady Moonstone of Harroway. Pedigrí documentado a lo largo de seis generaciones de linajes campeones.

Los jueces giraron a su alrededor como eruditos examinando un manuscrito raro. Herr Doktor Bergmann midió el ancho del cráneo de Duchess, la proporción del cuerpo, la longitud de las patas y varias dimensiones más, mientras murmuraba cálculos. Monsieur Le Ciseleur le acarició el pelaje suavemente, poniendo a prueba su temperamento. Madame Archambeau examinó el color y la textura con evidente aprobación.

Duchess lo soportó todo con una compostura magnífica, sentada como una emperatriz recibiendo tributo.

—Estructura ósea, excelente —anunció Herr Doktor Bergmann—. Las proporciones se ajustan con precisión al estándar de la raza. Ancho craneal: óptimo. Relación pata-cuerpo: 1,42, lo cual es ideal.

—Temperamento, superior —agregó Monsieur Le Ciseleur—. Tranquila, digna, permite el manejo sin oponer resistencia mientras mantiene la reserva apropiada.

—Calidad del pelaje, excepcional —concluyó Madame Archambeau —. Color plata puro, sin marcas descalificantes. Textura exactamente como exige el estándar.

Fenella recogió a Duchess, con el triunfo cuidadosamente oculto bajo la contención aristocrática, y regresó a su lugar. Una vez sentada, se permitió una pequeña sonrisa.

—Bien hecho —murmuró Cecily.

—Fase uno completada. Ahora esperamos.

La mañana continuó con los participantes restantes de la Categoría A. Luego llegó el momento que todos anticipaban.

La condesa Vespera Nikolayevna avanzó majestuosa con Tsar Nicholas II, y todos los ojos del salón se clavaron en el collar Joyas de la Corona.

Bajo la luz matinal que entraba a raudales por los altos ventanales, el collar era absolutamente deslumbrante. Cada diamante atrapaba el sol y lo dispersaba en un esplendor prismático. La filigrana de platino parecía de una delicadeza imposible, como si hubieran tejido telarañas con metal precioso y las hubieran engastado con estrellas capturadas. Era magnífico, abrumador, y acaparaba todas las miradas.

Cecily lo comprendió de pronto: ese era, precisamente, su propósito.

La condesa acomodó a Tsar Nicholas II sobre la plataforma de examen con un cuidado teatral. El gato, quizá sintiendo la importancia del momento, se sentó con dignidad imperial mientras los diamantes ardían alrededor de su cuello.

—Tsar Nicholas II —anunció la condesa, con una voz que se proyectó por todo el salón—. Azul ruso. Nacido en abril de 1920. Su pedigrí se extiende a lo largo de ocho generaciones de linajes campeones rusos, documentados por la Sociedad Felina Imperial de San Petersburgo antes de que la Revolución destruyera esos registros.

Hizo un gesto hacia el collar.

—El collar Joyas de la Corona, encargado por el gran duque Michael Alexandrovich en 1915, ha adornado a campeones de crianza rusa desde antes de la guerra. Cuando huí de Rusia, traje muy poco. Pero esto... esto representa historia, legado y belleza que deben preservarse incluso cuando todo lo demás se ha perdido.

Los jueces comenzaron su evaluación, pero Cecily notó algo peculiar. La condesa no observaba el examen. En cambio, sus ojos seguían fijos en el collar, siguiendo cada uno de sus movimientos, mientras se apretaba las muñecas con fuerza.

Herr Doktor Bergmann midió la estructura ósea mientras intentaba, sin éxito, evitar la interferencia del collar. Sus calibradores tintinearon varias veces contra el platino.

—Estructura ósea, muy buena —anunció por fin—. Evaluación complicada por, ah, el adorno. Sin embargo, las proporciones parecen excelentes.

Monsieur Le Ciseleur examinó a Tsar Nicholas II con suavidad, poniendo a prueba su temperamento. El gato permitió el examen con gracia.

—Temperamento, superior.

Madame Archambeau examinó el pelaje con cuidado.

—Calidad del pelaje, excepcional. Color de un hermoso azul plateado. Textura perfecta para la raza —hizo una pausa—. Aunque debo señalar que el collar, si bien es históricamente significativo, oculta en cierta medida la belleza natural del gato.

La compostura de la condesa titubeó por un instante.

—El collar es inseparable del legado de Tsar Nicholas. Representa...

La condesa recogió a Tsar Nicholas II, y Cecily alcanzó a ver su expresión antes de que la compostura aristocrática volviera a imponerse. No era decepción. Era miedo.

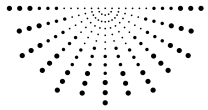
Mientras la condesa regresaba a su lugar, ajustando el collar con manos trémulas, Monsieur Delacroix apareció al lado de Cecily.

—Parece que evalúan el collar, no al gato —observó en voz baja, pero antes de que Cecily pudiera responder, ya se había desvanecido otra vez entre la multitud.

Los participantes restantes de la Categoría B fueron evaluados rápidamente. Luego Monsieur Le Ciseleur anunció un receso mientras los jueces deliberaban.

12

DELIBERACIONES



Durante las deliberaciones, competidores y observadores se mezclaron, con la tensión palpable bajo la conversación cortés. Fenella aceptó las felicitaciones por el desempeño de Duchess con elegante moderación. La condesa recibía como una reina cerca de su sitio, con el estuche del collar ahora cerrado con llave y colocado donde pudiera vigilarlo constantemente.

Madame Solange Dubois apareció, resplandeciente en una creación de seda azul medianoche que hacía que el sensato traje de viaje de Cecily luciera positivamente apagado.

—Condesa, su presentación fue bastante dramática —observó, en un tono que sugería que lo dramático era un defecto—, aunque no pude evitar notar que los jueces parecían algo distraídos por tanto adorno.

La sonrisa de la condesa se endureció.

—Qué amable de su parte ofrecer consejos estéticos, Madame Solange. Aunque siempre he creído que quienes poseen valor inherente deben realzar su valía con los medios que la fortuna les brinde.

Madame Solange no había terminado.

—Simplemente sugiero que cuando el gato de alguien requiere treinta quilates de diamantes para atraer atención, quizás el gato en sí no es tan notable como se afirma.

La condesa se irguió, los ojos centelleantes.

—¿Cómo se atreve a—

El canónigo Bott, al percibir una oportunidad divina tanto para disipar la tensión como quizás para obtener material sobre el apasionado conflicto aristocrático para su próxima novela de Silas Bellweather, dio un paso adelante con lo que claramente creía que era una intervención inspirada.

—¡Señoras, señoras! ¿Quizás todas podríamos recordar el espíritu de caridad navideña? Después de todo, como dice en Filipenses, «Sea vuestra gentileza evidente para todos»—

Ambas mujeres se volvieron hacia él con la fuerza coordinada de dos cañones apuntando al mismo blanco.

—Canónigo Bott —dijo la condesa con frialdad—, difícilmente requiero orientación espiritual sobre la exhibición apropiada de artefactos históricos valiosos.

—Ni yo tampoco —agregó Madame Solange, su tono igualmente gélido— necesito instrucción pastoral sobre principios estéticos que he perfeccionado durante treinta años.

—Solo estaba sugiriendo...

—¿Que nos comportemos como campesinas discutiendo en puestos de mercado? —la voz de la condesa podría haber congelado champán.

—O quizás —observó Madame Solange— que el mérito artístico genuino debería ceder ante baratijas heredadas? Típico inglés.

El rostro del canónigo Bott pasó por varios tonos de escarlata.

—Le aseguro que no pretendía ofender... solo intentaba... es decir, la investigación sobre el conflicto humano sugiere que... oh, Dios...

Madame Solange giró sobre sus talones y se alejó con paso majestuoso, dejando al canónigo Bott paralizado de horror.

El canónigo Bott se retiró apresuradamente y terminó junto a Cecily. Su rostro estaba escarlata.

—Estoy completamente perdido. Cada vez que intento reunir material de investigación, provoco una catástrofe absoluta.

—Quizás —sugirió Elsie amablemente— Silas Bellweather debería escribir sobre bibliotecarios, en lugar de las altas esferas de la sociedad.

Durante la torpe intervención del canónigo —una distracción perfectamente divina—, Cecily notó varios detalles interesantes.

La condesa había verificado nuevamente la cerradura del estuche del collar, los dedos temblando mientras comprobaba que estuviera segura. Madame Solange, después de alejarse con paso enérgico, se había detenido para hablar brevemente con un caballero que Cecily no reconoció: alto, delgado, con el cuidadoso arreglo personal de alguien interesado en parecer próspero. Su conversación parecía intensa, casi urgente. Y el cuaderno de Herr Doktor Bergmann, en el que había notado que garabateaba mientras las mujeres se enfrascaban en su riña, mostraba bocetos no de anatomía felina sino del collar Joyas de la Corona.

Más interesante aún, Monsieur Delacroix había observado todo el incidente desde las sombras, vigilando las reacciones de todos con la misma atención cuidadosa que la propia Cecily utilizaba.

Los jueces regresaron a las doce y media. Monsieur Le Ciseleur se acercó a la plataforma central mientras la conversación se acallaba en expectación.

—Hemos completado las evaluaciones preliminares. Las siguientes inscripciones avanzarán a la evaluación final de mañana. —Consultó sus notas—. Categoría A, razas de pelo largo: Duchess de Ashcombe, Tsar Nicholas II, Freya de Oslo y Josephine de Provence. Categoría B...

Pero Cecily apenas escuchó los nombres restantes. La información crítica ya estaba sobre la mesa. Ambos, Duchess y Tsar Nicholas II, avanzaban. La rivalidad continuaría.

Alrededor del salón, las reacciones variaron. Fenella mantuvo la compostura aristocrática, aunque la satisfacción brillaba en sus ojos. La condesa presionó una mano contra su pecho, el alivio evidente a pesar de su expresión controlada. La expresión de Madame Solange sugería que había mordido algo amargo.

—La evaluación final comenzará mañana a las diez en punto —concluyó Monsieur Le Ciseleur—. Los competidores deben llegar a las nueve y media para la preparación. Recordamos a todos que la Grand Exposition representa las mejores tradiciones de la cría felina y esperamos que todos los participantes mantengan la dignidad apropiada.

El salón estalló en un murmullo de conversaciones mientras competidores y observadores comentaban los resultados. Cecily observó a la condesa hablando urgentemente con el caballero que había notado antes. Su conversación era demasiado silenciosa para escucharla, pero el lenguaje corporal de la condesa sugería ansiedad apenas contenida.

—Bien —anunció Fenella—. Almuerzo, y luego planificación de estrategia para mañana. Duchess se desempeñó magníficamente, pero la evaluación final será aún más rigurosa.

Se reunieron en el elegante comedor del hotel, donde el almuerzo resultó ser un elaborado desfile de platos que llegaban con elegancia parisina. El canónigo Bott se unió a ellos, todavía agitado por su encuentro anterior.

—He estado tomando notas sobre las dinámicas sociales —explicó, sacando su ajado cuaderno—. La forma en que las tensiones se manifiestan en entornos competitivos. Es absolutamente perfecto para un misterio de asesinato.

—Esperemos —dijo Cecily— que no llegue más allá del material de misterio y se convierta en un asesinato real.

—¡Oh! Muy cierto. Aunque debo decir, si alguien estuviera planeando algo nefasto, este sería el escenario ideal. Todos estos gatos valiosos, accesorios invaluables y competidores desesperados.

—Canónigo —intervino Elsie gentilmente—, ¿quizás no sugiera asesinato con tanto entusiasmo en un comedor público?

Miró alrededor nerviosamente y bajó la voz.

—Disculpe. Es interés profesional. Aunque debe admitir, lady Cecily, que algo no cuadra en todo esto.

—Así es —concordó. Demasiado enfoque en ese collar.

Sacó el trozo de tela nuevamente.

—Elsie identificó el olor químico como cloroformo. Lo cual plantea preguntas incómodas sobre por qué alguien traería tal cosa a una exposición felina.

El canónigo Bott examinó la tela pensativamente.

—¿Para sedar a un gato difícil durante el viaje?

—Posiblemente. Aunque la calidad de la tela sugiere ropa humana en lugar de materiales para manejar gatos.

—¿Cree que alguien está planeando algo criminal? —el canónigo Bott se inclinó hacia adelante con entusiasmo, luego se contuvo—. Disculpe. Instinto de investigador.

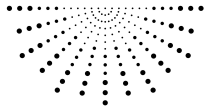
—Creo —dijo Cecily cuidadosamente— que deberíamos dar gracias por la comida.

Terminaron el almuerzo mientras discutían observaciones y teorías. Fenella proporcionó análisis estratégico de la competencia. El canónigo Bott contribuyó observaciones confusas pero ocasionalmente astutas sobre motivos ficticios y oportunidades imaginadas. Elsie devoró media baguette y un profiterol con deleite meticuloso.

A través de las ventanas del comedor, París brillaba bajo el sol invernal, hermosa y misteriosa.

13

UNA PAJARERA DORADA



La suite del hotel tenía todo el encanto de una jaula dorada. Hermosa, costosa y diseñada para hacer sentir a uno simultáneamente privilegiado y atrapado. Cecily ajustó su posición junto a la ventana por quinta vez esa mañana, al menos, observando la calle parisina desde arriba con la paciencia ensayada de alguien que una vez esperó tres horas a que un cirujano de campaña terminara una amputación de emergencia antes de poder vendar una simple herida en la cabeza.

—Está inquieta, milady —observó Elsie desde su puesto cerca de la puerta, donde había estado montando su propia vigilancia con mucha más quietud.

—Estoy observando —corrigió Cecily con suavidad—. Hay una diferencia.

—¿La diferencia es que una implica desgastar la alfombra mientras que la otra implica permanecer perfectamente quieta y desgastar la alfombra después?

A pesar de la tensión que le anudaba los hombros, Cecily sonrió.

—Algo así.

La sesión matutina del concurso se reanudaría en breve, suponiendo que los franceses pudieran organizar algo según el horario, cosa que Fenella había declarado en voz alta como estadísticamente improbable. La tenacidad de la aristócrata viuda por reclamar la victoria se había transformado de mera terquedad aristocrática en algo que se acercaba al orgullo nacional, incluidos planes de contingencia y lo que parecían ser mapas dibujados a mano de las líneas de visión del Grand Salon.

—¿Cree —murmuró Cecily, acomodándose por fin en la silla más cercana a Elsie— que los gatos verdaderamente reflejan a sus dueños o que los dueños simplemente eligen gatos que ya reflejan su carácter?

La expresión de Elsie sugirió que había estado reflexionando sobre esta misma pregunta.

—Bueno, Duchess ha perfeccionado la mirada imperiosa de lady Fenella hasta convertirla en un arte. Aunque si lo aprendió o nació con ello, no podría decirlo.

—Y ambas poseen la habilidad de reducir a hombres adultos a un tartamudeo de disculpas con una sola mirada.

—El Tsar Nicholas de la condesa es igualmente dramático —continuó Elsie, entusiasmándose con el tema—. Todo ese pelaje y joyas y presentación general. Ambos lucen como si estuvieran perpetuamente posando para un retrato mientras al mismo tiempo juzgan a todos los demás.

Cecily rió en voz baja.

—¿Y el gato de Madame Solange? ¿Cómo se llamaba?

—Céléste. Lo cual lo dice todo, realmente. Ambas acicaladas hasta el último detalle y convencidas de que el mundo gira en torno a su propia magnificencia.

—Mientras que Pip... —Cecily miró a su terrier, que en ese momento intentaba cavar a través de la alfombra del hotel en busca de lo que claramente creía que era un descubrimiento arqueológico muy importante— refleja mi propio enfoque digno hacia los misterios de la vida.

—Oh, absolutamente, milady. Ambos son conocidos por su moderación y deliberación calmada.

—Nunca he enterrado un hueso en el arriate de flores premiadas de la señora Fotheringill.

—No, pero usted reorganizó toda la sacristía de la iglesia a pesar de las protestas del canónigo Bott, lo cual la señora Fotheringill afirmó que era esencialmente lo mismo.

Compartieron un silencio de camaradería, de esos que solo nacen de años de amistad que ha atravesado tanto la guerra como sus secuelas. Afuera, París continuaba su ajetreo matutino, ajeno a los pequeños dramas de la Grand Exposition Féline de Noël.

—Fenella verdaderamente cree que Duchess ganará —dijo Cecily en voz baja—. No solo lo espera; lo cree con absoluta convicción.

—Bueno, eso es la aristocracia, ¿no? —respondió Elsie—. Están convencidos de que desear algo con suficiente intensidad y tener el pedigrí correcto lo hace inevitable.

—Quizás. Aunque sospecho que hay más que mero sentido de privilegio. —Cecily pensó en la feroz actitud protectora en los ojos de Fenella cuando miraba a Duchess, la forma en que sus manos se suavizaban al ajustar las cintas de la gata—. Duchess perteneció a su hermana. La que murió en la influenza.

—Ah. —La expresión de Elsie se suavizó—. Eso explicaría tanta determinación, entonces. —No se trata solo de ganar, sino de mantener algo precioso a salvo.

—Exactamente.

Cecily observó a Pip finalmente abandonar su excavación de la alfombra en favor de investigar si los zapatos de Elsie podrían contener golosinas ocultas—. Todos cargamos lo que hemos perdido de diferentes maneras. Fenella lleva lo suyo en pelaje plateado y actitud imperial.

—¿Y usted, milady?

Cecily se acomodó en su asiento, un gesto que le dio un momento para reflexionar.

—Supongo que cargo lo mío intentando resolver los misterios de todos los demás. Como si desentrañar la verdad pudiera de alguna manera dar sentido a todas las cosas sin sentido que no pudimos prevenir.

—Eso es un poco profundo para una exposición felina en París.

—Sí, bueno. —Cecily enderezó los hombros, sacudiéndose el momento de melancolía—. Una debe encontrar profundidad donde pueda. Ahora, ¿revisamos ese trozo de tela otra vez? Tengo la clara sensación de que estamos pasando por alto algo bastante importante.

—Ese trozo de tela —dijo Elsie, girando el pequeño cuadrado de seda negra entre los dedos por lo que debía ser la duodécima vez esa mañana—, es trabajo fino. Muy fino. Del tipo que Madame Solange usaría para sus encargos más costosos.

Cecily ajustó las gafas y estudió el delicado tejido una vez más.

—Lo que nos dice que o Madame Solange está involucrada en algo decididamente poco caballeroso, o que alguien quiere que creamos que lo está.

—Las dos opciones me revuelven el estómago —dijo Elsie, dejando la tela a un lado con visible desgana—. Esa mujer tiene el temperamento de un gato mojado y la discreción de un pregonero.

—Una evaluación acertada —dijo Cecily, sonriendo a pesar de su creciente inquietud. El trozo de tela la perturbaba de maneras que no podía articular del todo. Era demasiado obvio, demasiado perfectamente incriminatorio. *Como encontrar una confesión firmada bajo un cadáver*, pensó, y luego se preguntó si había estado pasando demasiado tiempo leyendo al canónigo Bott.

Hablando de él...

Los golpes en la puerta tenían el ritmo particular de una profunda ansiedad intentando hacerse pasar por confianza casual. Pip se lanzó hacia la puerta con un entusiasmo que sugería que había identificado o a un querido amigo o bien a un tobillo prometedor.

—Será el canónigo —dijo Elsie con sequedad—. Nada dice «visita matutina casual» como llamar a la puerta en pentámetro yámbico.

Cecily abrió la puerta y encontró al canónigo Bott aferrando su omnipresente libreta contra el pecho como un escudo contra las fuerzas de la maldad continental. Su cuello clerical estaba ligeramente torcido, y el cabello sugería que se había levantado con gran prisa o había estado realizando experimentos con electricidad atmosférica.

—Lady Cecily —jadeó, entrando de golpe en la habitación mientras Pip se le enredaba entusiasta en los tobillos—. Debo hablar con usted. Es decir, si tiene un momento. Aunque me doy cuenta de que quizá no lo tenga. Dadas las circunstancias. El día. La evaluación. Este ambiente de catástrofe inminente...

—Canónigo —dijo Cecily con suavidad, guiándolo a una silla antes de que terminara de alterarse por completo—. Respire. ¿Qué ha pasado?

Tomó aire obedientemente, aunque eso no le devolvió el color.

—Anoche. Muy tarde. No podía dormir, comprenda. Las oportunidades de investigación aquí son simplemente

extraordinarias, y pensé que quizá una caminata podría despejar mi mente. O llenar mi libreta. Preferiblemente ambas.

—¿Y? —instó Elsie, sirviéndole té con la eficiencia de una enfermera de campaña.

—Vi a Herr Doktor Bergmann —la voz del canónigo bajó a un susurro teatral—. En el corredor fuera de la suite de la condesa. Simplemente estaba ahí parado, observando su puerta. Sin llamar. Sin moverse. Solo... observando.

Cecily intercambió una mirada con Elsie.

—¿A qué hora fue esto?

—¿Quizá a las doce y media? Anoté la hora porque pensé que podría ser relevante para el capítulo doce de «El panecillo envenenado del vicario» —tuvo la gracia de parecer avergonzado—. Ese es el próximo manuscrito de Silas Bellweather. Título provisional.

—Naturalmente —murmuró Cecily—. ¿Lo vio a usted?

—No lo creo. Estaba intentando moverme con sigilo detectivesco —la expresión del canónigo Bott sugería que había sido una empresa ambiciosa—. Aunque quizá tiré un jarrón decorativo. Posiblemente dos. Los franceses son muy aficionados a los jarrones decorativos.

Antes de que Cecily pudiera responder, la puerta se abrió de golpe con convicción bombástica. Lady Fenella irrumpió majestuosamente, resplandeciente en seda esmeralda y determinación, con Duchess sostenida en alto en su canasta de viaje como un estandarte peludo.

—Ha llegado el día del juicio —anunció Fenella, dejando la canasta con cuidado—. Duchess está preparada. Yo estoy preparada. Los franceses, naturalmente, están irremediablemente desprevenidos, pero no se puede esperar eficiencia continental.

Duchess, mirando a través de la malla de la canasta con desdén imperial, emitió un leve sonido que bien podía ser de acuerdo o simplemente un comentario sobre la indignidad del viaje matutino.

—Fenella —dijo Cecily, pero la dama viuda ya estaba en plena sesión estratégica.

—La condesa intentará intimidación mediante despliegue excesivo de joyas —dijo Fenella con sequedad—. Madame Solange desplegará agresión pasiva disfrazada de sofisticación francesa. Monsieur Le Ciseleur revoloteará como una polilla agitada. Y Herr Doktor Bergmann... —hizo una pausa, sus ojos agudos entrecerrados—. Ese hombre tiene el aspecto de alguien que realiza un experimento que no ha compartido con los otros científicos.

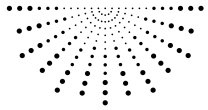
—¿Usted también ha notado su comportamiento? —preguntó Cecily con cuidado.

—Querida, no sobreviví a tres maridos sin notar cuando un hombre trama algo —Fenella ajustó su sombrero, una creación magnífica adornada con plumas de pavo real—. La pregunta es si su algo se cruza con nuestro algo, o si estamos lidiando con múltiples algos avanzando en paralelo hacia el desastre.

El canónigo Bott emitió un pequeño gemido y buscó su libreta.

14

LA CHATTE DESAPARECIDA



La reluciente arena de excelencia felina y combate internacional estaba engalanada con grandes guirnaldas de follaje navideño que rivalizaban con moños de terciopelo rojo, mientras los puestos de los competidores brillaban con jaulas de transporte con herrajes de plata y cojines elaborados. El aire olía a perfume caro, cera para muebles e histeria apenas contenida.

Cecily se situó cerca de una columna que ofrecía una vista excelente, mientras fingía una observación casual y no una vigilancia activa. *Un truco aprendido de las matronas del hospital*, pensó. *Nunca dejes que te vean observando, pero observa siempre.*

La condesa Vespera entró como una emperatriz que regresaba del exilio. Su vestido era de tisú plateado sobre seda rosa, su peinado una obra maestra de ondas Marcel, y la jaula de transporte que llevaba colgada del brazo, con Tsar Nicholas II dentro, resplandecía con suficientes piedras preciosas como para financiar una pequeña nación.

O al menos para sugerir que podría financiarse una pequeña nación.

Todos los ojos se volvieron hacia ella y la siguieron lentamente a través del gran salón.

Cecily estudió el famoso collar de Joyas de la Corona a través de la malla de la jaula de transporte. A la luz de la mañana, los diamantes proyectaban arcoíris sobre el piso pulido; cada piedra capturaba la luz como luz de estrellas cautivas. Era magnífico.

No envidie mi corazón a los pecadores —murmuró Cecily, y luego se corrigió. No envidia: sospecha. Había una diferencia, aunque ambas exigían un manejo cuidadoso.

—Lady Ashcombe.

Madame Solange se materializó a su lado con la inquietante gracia de la seda cara y las intenciones baratas.

—Qué encantador ver a los ingleses disfrutando de nuestro pequeño certamen en el continente. Aunque confieso que me sorprende que Duchess se digne competir junto a gatos de pedigrí auténtico.

—El pedigrí de Duchess se remonta a la corte de Catalina la Grande —respondió Cecily con suavidad—. Creo que eso antecede a la mayoría de los pedigrís franceses por al menos una o dos revoluciones.

La sonrisa de Madame Solange podía tallar vidrio.

—Qué ingenioso. Aunque, por supuesto, una podría señalar que el pedigrí y las circunstancias actuales no siempre coinciden del todo.

Su mirada se desvió con intención hacia la condesa.

—Algunas mantenemos nuestros estándares con recursos reales, y no con gloria prestada.

Se alejó antes de que Cecily pudiera responder, dejando a su paso una estela de L'Heure Bleue e insinuaciones venenosas.

—Esa mujer tiene toda la sutileza de un ladrillo atravesando un vitral —murmuró Elsie, apareciendo junto a Cecily con Pip tirando de la correa.

—Sin duda quiere que sospechemos de la condesa. —Cecily vio a Madame Solange detenerse para intercambiar unas palabras en voz baja con Herr Doktor Bergmann—. La cuestión es si sus sospechas son genuinas. La condesa ciertamente parece tener algo que perder. O quizá simplemente está desviando la atención.

—Las dos opciones son espantosas —observó Elsie—. ¿Quieres que más tarde le derrame té encima por accidente?

Antes de que Cecily pudiera responder a esa tentadora oferta, Monsieur Delacroix apareció entre la multitud con su habitual eficacia silenciosa. Se movía como humo entre el caos resplandeciente, deteniéndose aquí y allá para intercambiar breves palabras con el personal de la exposición, mientras sus ojos gris azulado lo registraban todo.

—Lady Ashcombe.

Había llegado a su lado sin que pareciera haber cruzado el espacio que los separaba.

—Tiene usted aspecto de estar esperando que ocurra algo desafortunado.

—Espero estar equivocada —admitió Cecily—. Pero la esperanza y la expectativa son compañeras incómodas.

—En eso coincidimos.

Su mirada recorrió el salón, deteniéndose una fracción de segundo en el puesto de la condesa antes de volver a Cecily.

—Le ruego que esté muy atenta hoy.

Volvió a desvanecerse entre la multitud antes de que ella pudiera pedirle una aclaración, dejando a Cecily con la nítida impresión de que varias personas investigaban por su cuenta la misma catástrofe y nadie compartía sus notas.

Los preparativos continuaron con tensión creciente. Los competidores se afanaban alrededor de sus felinos con la gravedad de generales pasando revista a sus tropas. Monsieur Le Ciseleur revoloteaba entre los puestos, con su ansiedad natural amplificada hasta niveles casi teatrales por lo mucho que estaba en juego ese día.

Fenella había dispuesto el puesto de Duchess con brillantez estratégica. Lo bastante cerca de la mesa de los jueces para una visibilidad óptima y lo bastante lejos del puesto de la condesa para evitar desafortunados incidentes de diplomacia felina.

—Tres maridos, dos guerras e innumerables catástrofes sociales —murmuró Fenella, cruzando la mirada con Cecily—. Y aun así, un certamen felino me pone más nerviosa que enfrentarme al avance del ejército del Kaiser.

—¿Enfrentaste al ejército del Káiser en pleno avance?

—Es una metáfora, querida. Intenta seguirme el hilo.

Pip, percibiendo algo extraño en la atmósfera general, se apretó contra sus tobillos y gimió suavemente. Ella se inclinó para acariciarle la cabeza, encontrando consuelo en su cálida solidez.

—Buen chico —susurró—. Chico inteligente. ¿Qué es lo que sabes tú que nosotras no?

La respuesta llegó diez minutos después, no como revelación sino como caos.

—¡Duchess! —El grito de Fenella podría haber destrozado las arañas de cristal del salón—. ¡DUCHESS DESAPARECIÓ!

El efecto fue instantáneo y catastrófico. Todas las cabezas se volvieron. Todas las conversaciones se detuvieron. En el silencio tenso, el grito de Fenella resonó como un juicio.

—¡Alguien ha robado a mi gata!

Cecily llegó a la estación en segundos, abriéndose paso entre la multitud aristocrática con cortés determinación, gracias a su entrenamiento de enfermera. La transportadora estaba exactamente donde había estado, su pequeña puerta colgando abierta, su interior aterciopelado, vacío.

Fenella se había puesto pálida como la cera, aferrándose al borde de la transportadora como si pudiera de alguna manera hacer aparecer a la gata perdida solo con fuerza de voluntad.

—Estaba aquí en su caja. ¡Estaba aquí!

—Todos mantengan la calma —dijo Cecily, aunque la calma parecía un país distante que todos habían abandonado—. No puede haberse ido lejos. ¿Cuándo la vio por última vez?

—La revisé justo antes de que llegara la condesa con Tsar Nicholas. —La voz de Fenella se quebró—. Le di un pequeño premio. Tocó mi dedo con su nariz. Estaba aquí.

La condesa Vespera se había materializado al borde de la multitud creciente, la transportadora de Tsar Nicholas II apretada protectoramente contra su pecho. Su rostro era una máscara perfecta de conmoción, pero sus ojos... Sus ojos iban y venían, de la transportadora vacía a su propio gato.

—Esto es una indignación —exhaló—. ¿Quién se habría atrevido…?

—¡Busquen por todas partes! —La voz de Monsieur Le Ciseleur alcanzó registros previamente desconocidos para cualquier mortal—. ¡Cada rincón! ¡Cada armario! ¡Esto es una catástrofe! ¡Un incidente diplomático! La reputación de la exposición—

—¡Al diablo con la reputación de la exposición! —espetó Fenella con magnífico desprecio por los protocolos diplomáticos—. ¡Encuentren a mi gata!

El salón estalló en caos organizado, si es que eso era posible. Los competidores abandonaron sus estaciones. El personal buscó debajo

de las mesas y detrás de las cortinas. El canónigo Bott, fiel a su costumbre, inmediatamente tropezó con un jarrón decorativo mientras intentaba mirar debajo de una vitrina.

Y a través de todo ello, Monsieur Delacroix se movió con propósito.

—¡Todos deténganse! —Su voz no era fuerte, pero atravesó la histeria como un bisturí—. Este piso debe ser despejado y asegurado de inmediato.

—Pero Duchess… —comenzó Fenella.

—Será encontrada. —La certeza de Delacroix no admitía discusión—. Pero no así. No con docenas de personas destruyendo cualquier evidencia que quede. —Su mirada encontró a la condesa, que se había puesto aún más pálida que Fenella—. Condesa Vespera, debo insistir en que Tsar Nicholas II sea llevado a un lugar seguro en sus aposentos de inmediato.

—¿Qué dice? ¿Por qué? —La condesa apretó su transportadora con más fuerza—. Está perfectamente seguro aquí conmigo…

—¿Lo está? —El tono de Delacroix era amable pero inamovible—. Aún no sabemos si se llevaron a Duchess específicamente o si el ladrón confundió una transportadora con otra. Hasta que lo sepamos, su gato debe ser asegurado, y sus objetos de valor deben ser vigilados.

La comprensión —y el terror— inundaron el rostro de la condesa.

—El collar.

—Estará a salvo —prometió Delacroix—. Yo mismo escoltaré a Tsar Nicholas II a su suite y me aseguraré de que su joyero esté asegurado. Pero debemos movernos ahora.

La condesa asintió en silencio, permitiendo que el personal de Delacroix la rodeara en una formación practicada que hablaba de planificación previa. Cecily observó la operación eficiente con creciente admiración.

—Aseguraremos su habitación, verificaremos que todo esté en orden, y usted sigue después —instruyó Delacroix a la condesa.

—Elsie —murmuró—. Síguelos. Discretamente.

Los ojos de Elsie brillaron con entendimiento.

—De inmediato, milady.

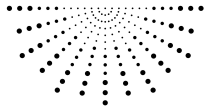
Se deslizó en el grupo en movimiento como humo, su uniforme de criada le proporcionaba el camuflaje perfecto. Cecily los observó dirigirse hacia las escaleras en procesión, Delacroix al frente, el personal rodeándolos como guardias alrededor de la realeza.

Y al borde de la formación, apenas visible en las sombras, Herr Doktor Bergmann. Siguiendo. Observando.

Hasta que la mirada de Elsie lo encontró, y él se desvaneció de nuevo en la multitud como niebla matutina.

15

UNA CONEXIÓN MEDIDA



Cecily se obligó a concentrarse en la crisis inmediata. Pip olfateaba frenéticamente alrededor del puesto abandonado de Duchess, su cuerpecito temblaba de tanta concentración. Se agachó junto a él, confiando más en su nariz que en sus propios ojos.

—¿Qué tienes, muchacho? ¿Qué encontraste?

Pip rascó con la pata algo atrapado entre el zócalo del puesto y el piso pulido. Cecily lo liberó con cuidado, consciente de la evidencia potencial.

Un transportador. De latón, ligeramente deslustrado, con marcas alemanas grabadas a lo largo del borde.

—Canónigo Bott —llamó suavemente. Apareció a su lado, libreta lista —. ¿Reconoce esto?

Entrecerró los ojos ante el instrumento, se acomodó los anteojos sobre la nariz y volvió a entrecerrar los ojos.

—Es un transportador. Instrumento de dibujo técnico. De fabricación alemana, creo, por las marcas.

Su rostro se iluminó con entusiasmo académico.

—¿Sabe quién usa estas cosas? Artesanos de precisión. Joyeros. Talladores de lentes.

Hizo una pausa.

—Y ciertos tipos de científicos que realizan experimentos que requieren mediciones exactas.

—Herr Doktor Bergmann es científico —dijo Cecily lentamente.

—En efecto.

El canónigo Bott garabateó frenéticamente en su libreta.

—Oh, esto es excelente. O sea, no excelente que Duchess haya desaparecido. Terrible, de hecho. Catastrófico. Pero para el capítulo quince de «El pastelillo envenenado del vicario», esto es material de primera categoría.

Cecily deslizó el transportador en su bolsillo y se enderezó, examinando el salón. La mayoría de los competidores habían sido conducidos a un rincón lejano por el eficiente personal de Delacroix, donde se agrupaban en pequeños grupos nerviosos. Madame Solange recibía como una reina entre ellos, sus gestos afilados por la indignación. Monsieur Le Ciseleur se había desplomado en una silla, abanicándose con un programa de la exposición.

Y en la entrada, Elsie reapareció, el rostro encendido.

Cecily se excusó del monólogo interminable del canónigo Bott sobre estructura argumental y se dirigió al lado de Elsie.

—¿Y bien? —murmuró.

—Delacroix estuvo brillante —informó Elsie en voz baja—. Logró que todos subieran con rigor militar. Despachó al personal a vigilar puertas y registrar el lugar en busca de intrusos. Luego se quedó hasta que llegó la condesa.

Hizo una pausa significativa.

—Cuando llegó, completamente alterada, él personalmente le entregó el estuche de joyas. Prácticamente lo abrió de un tirón para verificar que el collar todavía estuviera ahí.

—¿Y estaba?

—Oh, sí. Casi se desplomó de alivio. Lo apretó contra su pecho como si fueran las Joyas de la Corona.

Los ojos de Elsie encontraron los de Cecily.

—Esa mujer no estaba preocupada por su gato, milady. Estaba aterrada por esas joyas.

—Lo que nos dice que la condesa Vespera tiene las prioridades al revés —dijo Cecily suavemente.

Antes de que Elsie pudiera responder, Fenella apareció, su angustia teatral transformada en furia aristocrática.

—¿Y bien? ¿Alguien ha encontrado algo? ¿O todos estamos simplemente parados observando cómo los franceses entran en pánico colectivo?

—Pip encontró esto —dijo Cecily, mostrándole el transportador discretamente—. Estaba cerca del puesto de Duchess.

Los ojos de Fenella se estrecharon.

—Qué perfectamente sospechoso, dado nuestro Herr Doktor visitante.

Enderezó los hombros, como un general preparándose para un nuevo asalto.

—Bien. Encontramos quién se llevó a mi gata, recuperamos su dignidad y la mía, y luego tenemos una conversación muy directa sobre qué les sucede a las personas que confunden la determinación inglesa con la contención inglesa.

—Fenella...

—No.

La voz de la viuda era acero bajo seda.

—Duchess no es solo una gata, Cecily. Es...

Su voz se quebró, luego se estabilizó.

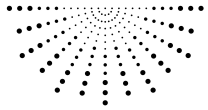
—Es familia. La última conexión que tengo con mi hermana, quien la adoraba. Así que quien se la llevó ha cometido un gravísimo error de cálculo sobre lo que estoy dispuesta a tolerar.

La emoción cruda bajo el barniz aristocrático le llegó a Cecily directo al corazón. Había estado tan enfocada en el misterio, las pistas, los comportamientos sospechosos que había olvidado la simple verdad: alguien había tomado una compañera amada de alguien que ya había perdido demasiado.

—La encontraremos —prometió Cecily, y lo decía en serio, con todo su ser—. Te lo juro, Fenella. La traeremos a casa.

16

EN PLENA PERSECUCIÓN



Cecily, Elsie y Fenella decidieron comenzar la búsqueda de Duchess en el punto de su desaparición.

A estas alturas, el Grand Salon había descendido de escaparate resplandeciente a verdadero campo de batalla en el lapso de veinte minutos. Monsieur Le Ciseleur dirigía partidas de búsqueda con la eficacia de una gallina despavorida, Madame Solange proclamaba su inocencia a quien quisiera escucharla. Cojines volcados derramaban relleno por el parqué. Tres competidores discutían acaloradamente en francés cerca de la mesa de los jueces mientras sus gatos, olvidados en sus transportadoras, observaban el procedimiento con desdén felino.

Cecily se detuvo en el umbral, asimilando la locura con mirada serena.

—Muy bien entonces. —Fenella pasó junto a ella con renovado porte militar, la transportadora vacía de Duchess en alto como el bastón de un general—. Dividámonos y conquistemos. Elsie, toma los corredores de servicio. Cecily, tú y ese terrier de mala reputación busquen en la planta principal. Yo personalmente interrogaré a cada europeo continental de aspecto sospechoso hasta que alguien confiese.

—Fenella... —comenzó Cecily.

—No me vengas con "Fenella". Mi gata está desaparecida y alguien en esta monstruosidad bañada en oro sabe dónde está —la voz de la gran dama se quebró en la última palabra, solo levemente, antes de que el control férreo se reafirmara—. Ahora bien, ¿vamos a buscar o nos quedaremos admirando la decoración de interiores francesa?

—Fenella tiene razón —dijo Cecily en voz baja a Elsie, mientras la delegación francesa discutía sobre protocolos de búsqueda apropiados—. Mientras debaten el procedimiento, nosotras buscamos de verdad.

—Eso sí que me gusta, milady —Elsie ajustó sus zapatos sensatos con el aire de quien se prepara para trabajo de verdad—. ¿Por dónde empezamos?

Cecily miró a Pip, que había estado tirando de la correa con creciente agitación desde la desaparición de Duchess. Su cuerpecito temblaba de concentración, la nariz olfateando sin cesar, y su atención fija firmemente en la puerta que conducía a los corredores de servicio.

—Seguimos a Pip —decidió Cecily—. Ha captado algo.

—¿El perro dirige la investigación? —preguntó el canónigo Bott, que apareció junto a ella con el cuaderno apretado contra el pecho—. Eso es brillante. Quiero decir, no brillante para la pobre Duchess, obviamente. ¡Catastrófico para Duchess! Pero para el capítulo dieciséis de «El Panecillo Envenenado del Vicario», un detective canino es material absolutamente de primera.

—Canónigo —dijo Cecily con tanta paciencia como pudo reunir—, si va a acompañarnos, debe prometer observar más de lo que comenta.

—Oh, absolutamente. Silencioso como la tumba. Callado como un ratón de iglesia. Mudo como—

—Canónigo.

—Bien. Me callo ahora.

Se escabulleron del salón mientras Monsieur Le Ciseleur gesticulaba sobre la santidad de los estándares de competencia, con Pip guiándolos con la determinación de un terrier en una misión. Lo cual, reflexionó Cecily, era exactamente lo que era.

—Ha captado algo —dijo Cecily, arrodillándose junto a él. La nariz del terrier trabajaba frenéticamente a lo largo del zócalo, siguiendo un rastro invisible para los sentidos humanos pero aparentemente claramente marcado para el olfato canino.

Elsie se agachó enfrente.

—¿Qué es, muchacho? ¿Qué hueles?

Pip gimió, tirando de la correa tensa en la mano de Cecily.

—Ha encontrado el olor de Duchess —exhaló Fenella, toda compostura aristocrática olvidada en súbita esperanza—. ¡La ha encontrado!

—Quizás —dijo Cecily, permitiendo que Pip tirara de ella hacia adelante, pero manteniendo la cautela—. Veamos adónde nos lleva antes de celebrar.

El corredor de servicio era bendito silencio después del caos del salón, estrecho y decorado con sencillez, como corresponde a los espacios destinados al personal y no a los huéspedes. Las garras de Pip repiqueteaban contra las tablas pulidas mientras tiraba de Cecily, con la nariz tan pegada al suelo que parecía una aguja de brújula peluda.

Pasaron junto a una mucama que llevaba sábanas limpias, quien se pegó contra la pared para dejarlos pasar. Tenía los ojos muy abiertos con esa conveniente ignorancia de los sirvientes que habían aprendido que saber demasiado sobre las actividades de los huéspedes llevaba a complicaciones innecesarias.

—*Pardon* —dijo Cecily amablemente en francés—. ¿Ha visto algo inusual esta mañana?

La expresión de la muchacha sugería que toda la mañana había sido un catálogo de sucesos inusuales, pero sacudió la cabeza obedientemente.

—*Non, madame*. Solo el caballero de antes, moviéndose muy rápido.

—¿Qué caballero?

Se encogió de hombros, impotente.

—No vi claramente. ¿Alto, tal vez? Abrigo oscuro. Se dirigía hacia el ala de huéspedes —hizo una pausa—. Y olía a colonia. Colonia muy fuerte.

Cecily intercambió una mirada con Elsie.

—Gracias. Ha sido usted muy útil.

Continuaron por el corredor, la urgencia de Pip aumentando con cada paso. Ahora tiraba con fuerza, emitiendo pequeños gruñidos de emoción mientras el rastro se fortalecía.

—¿Adónde va?

—Estamos a punto de descubrirlo —dijo Elsie, cerrando la marcha con su habitual eficiencia práctica—. Aunque el lugar adonde nos está llevando me pone nerviosa.

—¿Por qué? —preguntó Fenella.

—Porque, milady —respondió Elsie en voz baja—, nos dirigimos de vuelta hacia el ala de huéspedes. Específicamente, hacia el piso de la condesa por una ruta alternativa.

Cecily sintió que el estómago se le encogía. Había estado esperando que el rastro llevara a cualquier otro lugar. La condesa era la sospechosa obvia, lo que hacía a Cecily profundamente desconfiada del rastro obvio que conducía directamente a ella. En su limitada

pero intensa experiencia con misterios, el sospechoso obvio solía ser inocente o estar siendo incriminado con maestría.

El paso de Pip se aceleró, su comitiva inglesa lo seguía de cerca. Su gimoteo se volvió más urgente. Subieron las escaleras, doblaron otra esquina, otro tramo más, y luego, en el cruce donde el corredor de servicio se encontraba con el ala de huéspedes.

Pip se detuvo entonces ante una puerta sencilla metida en un hueco cerca del corredor principal, rascando frenéticamente la madera y gimiendo con volumen creciente. Todo su cuerpo vibraba con la necesidad de entrar, la cola meneándose tan fuerte que arrastraba consigo toda la parte trasera.

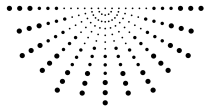
—Ese es un cuarto de servicio —dijo Elsie, probando la manija—. No está cerrado con llave.

Cecily se arrodilló junto a Pip, examinando el marco de la puerta. Marcas de rozadura frescas estropeaban la madera pulida cerca de la manija, como si alguien la hubiera abierto con gran prisa. Y ahí, atrapado en una astilla cerca de la base, un pequeño mechón de pelo plateado.

—Pip, siéntate —ordenó suavemente. Obedeció con visible renuencia, cada músculo tenso de anticipación—. Buen chico. Ahora, veamos qué has encontrado.

17

CONFINES DEL ARMARIO



Cecily abrió la puerta despacio, consciente de que quien hubiera escondido algo adentro podría haber dejado más que una simple gata secuestrada. El armario olía a sábanas limpias y productos de limpieza, con luz tenue filtrándose por una ventana pequeña en lo alto de la pared.

Y allí, sentada sobre una pila de manteles doblados con la dignidad imperial de una emperatriz injustamente encarcelada, estaba Duchess.

—Oh, gracias al cielo —suspiró Cecily.

Duchess las observó con el desdén magnífico de una gata que había sufrido indignidades intolerables y estaría presentando una queja formal ante la dirección. Su pelaje plateado estaba levemente despeinado, sus bigotes doblados en un ángulo ofendido, pero parecía completamente ilesa.

Cecily entró con cuidado al armario, consciente de no alterar posibles evidencias. La gata permitió que la levantaran con paciencia regia, acomodándose en los brazos de Cecily con aire de profunda decepción hacia la humanidad en general y los secuestradores felinos en particular.

—¡Duchess! —el grito de Fenella fue a partes iguales alivio, alegría y vindicación teatral—. ¡Mi niña querida! ¿Qué te hicieron esos monstruos?

Tomó a la gata de los brazos de Cecily con sorprendente delicadeza, apretando a Duchess contra su pecho mientras la persa toleraba el abrazo con magnífica paciencia. Las manos de Fenella temblaban ligeramente mientras examinaba a su amada compañera, revisando lesiones con la atención minuciosa de alguien que había perdido demasiado ya y se negaba a perder nada más.

—Está ilesa —le aseguró Cecily en voz baja—. Ofendida, desde luego. Posiblemente traumatizada por la calidad de las sábanas. Pero físicamente bien.

—Estás a salvo ahora —murmuró Cecily, acariciando el pelaje despeinado.

Pero antes de marcharse, Cecily examinó el armario con detenimiento. Las sábanas estaban revueltas, los dobleces torcidos como si alguien hubiera metido a la gata adentro a toda prisa. La puerta no había quedado bien cerrada. ¿Habían interrumpido al secuestrador? ¿O simplemente fue descuidado?

Cerca de la base de la pila de sábanas, algo brilló. Cecily cambió a Duchess a un brazo y recuperó el objeto con cuidado. Un botón. Nácar de calidad, del tipo que se usa en vestidos de noche elegantes o trajes hechos a medida.

Duchess emitió un sonido breve e imperioso que dejaba claro que las teorías investigativas le importaban un bledo y que prefería regresar a territorio familiar de inmediato.

—Las habitaciones de la condesa están justo allí —señaló Elsie por el corredor hacia donde comenzaban las suites más lujosas del ala de huéspedes.

En ese momento, la condesa salió de su suite con una expresión desconcertada en el rostro.

Lady Fenella la vio primero, y el efecto fue instantáneo. El alivio de Fenella se transformó en furia con la velocidad de un rayo de verano. Sus ojos se fijaron en la condesa Vespera, y la temperatura en el pasillo bajó unos quince grados.

—USTED —declaró Fenella con la fuerza del juicio divino—. ¿Se atreve a presentarse aquí después de secuestrar a mi Duchess?

La condesa se puso blanca como el hueso.

—¡No he hecho semejante cosa! ¡Cómo se atreve a acusarme sin pruebas!

—¡La prueba es que mi gata es superior a la suya, y fue encontrada justo fuera de sus habitaciones! —Fenella avanzó como un acorazado rumbo a un navío enemigo—. ¡Escondida donde solo alguien familiarizado con ese corredor sabría buscar!

—¡La mitad del hotel conoce esos corredores! —el acento ruso de Vespera se hizo más denso con la emoción—. ¡El personal, los otros competidores, cualquier huésped con ojos! ¡Esto es indignante!

—¡Lo indignante es robar la gata de una competidora para eliminar la competencia! —Fenella era magnífica en su furia, la viva imagen de una guerrera aristocrática—. ¿De verdad creyó que podría derrotar a Duchess solo mediante medios deshonestos?

—Motivo, quizás, aunque no estoy de acuerdo con la alta estima que tiene de ella —contraatacó Vespera, irguiéndose con igual orgullo—. ¡Pero no tuve oportunidad! ¡Estaba en la misma sala que usted cuando Duchess desapareció!

Esto hizo que Fenella se detuviera.

—Entonces contrató a alguien.

—¿Para robar una gata inferior? —la risa de Vespera fue amarga—. Si fuera a contratar un ladrón de gatos, al menos contrataría uno competente que entendiera qué gatos eliminar. ¡Su Duchess nunca

fue la amenaza! —se detuvo abruptamente, como si hubiera dicho demasiado.

Los testigos reunidos se habían quedado mortalmente silenciosos. Todos los ojos fijos en las dos mujeres enfrentadas como generales en duelo, orgullo y desesperación luchando en ambos rostros.

Cecily se interpuso entre ellas.

—Quizás —dijo suavemente—, deberíamos considerar que alguien completamente diferente puede ser responsable. Alguien que tuvo oportunidad durante el caos de los preparativos de esta mañana.

—¿Tal como quién? —exigió Fenella, aunque su furia se había apaciguado ligeramente.

—Madame Solange estuvo cerca de las transportines —observó Elsie —. Herr Doktor Bergmann fue visto en los corredores anoche a última hora y de nuevo esta mañana. Muchos otros competidores o personal tuvo acceso durante la confusión cuando todos estábamos distraídos por la llegada de la condesa con Tsar Nicholas.

Dejó que la idea se asentara. La entrada dramática de la condesa había creado la cobertura perfecta para que alguien actuara rápido y sin ser visto.

—El secuestro pudo haber sido por un rescate —ofreció el canónigo Bott nerviosamente—. O venganza. O quizás espionaje industrial en el mundo de la competencia felina, que estoy seguro debe ser bastante despiadado. Metafóricamente hablando. Quizás Tsar Nicholas era la víctima prevista.

El rostro de la condesa Vespera estaba ceniciento. Su mano se movió inconscientemente a su garganta, donde el magnífico collar Joyas de la Corona no estaba presente, ahora asegurado a salvo en su habitación.

—Propongo una tregua —continuó Cecily—. Entre lady Crowthorne y la condesa Vespera. Al menos hasta que entendamos qué sucedió

realmente y por qué.

Fenella parecía lista para discutir, pero algo en el tono de Cecily la detuvo.

—Esto va más allá del secuestro de un gato.

—Eso creo, sí.

—La guerra terminó hace seis años —dijo Fenella lentamente—. No tengo deseo de comenzar otra por una exposición de gatos en París, por justificado que sea mi agravio —se volvió hacia Vespera, orgullo y pragmatismo luchando en sus rasgos—. Muy bien. Una tregua. Pero si descubro que estuvo involucrada de alguna manera, condesa, descubrirá exactamente por qué tres esposos me encontraron tan... intimidante.

—No estuve involucrada —insistió Vespera—. Y si fuera a eliminar competencia, elegiría objetivos más dignos que una gata inglesa con pretensiones de grandeza.

Duchess, desde la seguridad de los brazos de Fenella, emitió un pequeño sonido que sugería que sabía exactamente lo que la condesa había dicho y lo recordaría.

Cecily sintió una presencia a su hombro y se volvió para encontrar a Monsieur Delacroix.

—Bien manejado —murmuró él—. Estos temperamentos aristocráticos pueden volverse muy agotadores, ¿no es cierto?

—Solo hay que aprender a entender su mundo —dijo Cecily.

—¿Como tuvimos que hacerlo en la guerra? —miró a la condesa, que se había retirado con alivio visible—. Pobres hombres enviados a la muerte por títeres privilegiados repantigados ante sus tocadores. ¡Qué vergüenza! En fin, de vuelta al trabajo. El espectáculo debe continuar.

Delacroix se tocó el sombrero y volvió a sus deberes, despejando el pasillo de cualquier espectador.

—Entonces —dijo Elsie en voz baja—. Duchess fue recuperada. Fenella está apaciguada, momentáneamente. La condesa está aterrada pero no, creo, culpable del secuestro del gato. Y tenemos un pedazo de tela, un botón, un transportín, un aroma misterioso, y la clara impresión de que todos estamos mirando en la dirección completamente equivocada.

—Precisamente —concordó Cecily—. Lo que significa que lo más probable es que algo más esté sucediendo.

—Qué pensamiento alegre.

—¿Verdad que sí? —Cecily miró hacia la puerta de la condesa—. Creo que es hora de que echemos un vistazo apropiado a esas famosas Joyas de la Corona por las que todos están tan ansiosos.

—¿Cómo propone que logremos eso? Es poco probable que la condesa las muestre después del drama de esta mañana.

Cecily sonrió levemente.

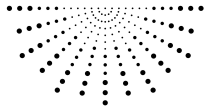
—Entonces simplemente tendremos que ser creativas. Después de todo, si hay algo que aprendí en mi tiempo como lady, es que la vanidad a menudo supera a la discreción.

—Qué deliciosamente perverso, milady.

—Gracias. He estado tomando lecciones de Fenella y Duchess.

18

LAS MURALLAS CAEN



El corredor fuera de la suite de la condesa mantenía ese silencio particular que solo se encuentra en hoteles caros, donde las alfombras son lo suficientemente gruesas para amortiguar el escándalo y las paredes lo bastante discretas para contenerlo. Cecily se detuvo ante la puerta ornamentada, con el reciente rescate de Duchess fresco en la memoria, y consideró su estrategia.

—¿Está segura de esto? —murmuró Elsie desde su posición ligeramente detrás del hombro de Cecily.

—En absoluto —admitió Cecily—. Pero la incertidumbre nunca detuvo a una enfermera VAD ante un procedimiento difícil, y no me detendrá ahora.

—Eso es o muy valiente, o una completa locura, milady.

—A menudo es lo mismo, en mi experiencia.

Pip, acunado bajo el brazo de Cecily con la resignación de un terrier que había aprendido que ocasionalmente la dignidad debía sacrificarse en aras de la investigación, emitió un quejido suave. Si aquello constituía aliento o advertencia, no quedaba claro.

Cecily llamó a la puerta.

La puerta se abrió casi de inmediato, revelando a la condesa Vespera todavía pálida por el drama de la mañana. Su cabello permanecía impecablemente arreglado, su vestido una muestra perfecta de elegancia parisina, pero sus ojos tenían esa mirada atormentada de alguien que había visto el abismo y lo había encontrado mirándola fijamente.

—Lady Ashcombe. —La sorpresa de la condesa era evidente—. No esperaba, es decir, después de la desagradable situación de esta mañana...

—Vine a asegurarme de su bienestar —dijo Cecily con suavidad—. Y a ofrecer mis disculpas por las acusaciones de lady Crowthorne. Estaba angustiada, comprenderá, y el miedo hace que incluso la persona más razonable diga cosas que luego lamenta.

Los hombros de la condesa se relajaron levemente.

—Es usted amable al decirlo. Aunque confieso que, en su posición, podría haber hecho acusaciones similares. —Una sonrisa amarga tocó sus labios—. La desesperación nos hace a todos capaces de sospechas terribles.

—¿Puedo pasar? Solo un momento.

La condesa vaciló, luego se hizo a un lado.

—Por supuesto. Perdone mis modales. Los acontecimientos recientes han hecho bastante mella en mi compostura.

La suite era magnífica a la manera del lujo de preguerra, todo dorados, brocados y un esplendor cuidadosamente dispuesto. Tsar Nicholas II ocupaba un lugar de honor sobre un cojín de terciopelo cerca de la ventana, observando a Cecily con el desdén magnífico de un gato consciente de su valor hasta el último franco.

Pip, al avistar a un congénere, comenzó inmediatamente a mover la cola con entusiasmo diplomático. Tiraba hacia el persa con la

creencia optimista de que seguramente esta vez un gato apreciaría sus muestras de amistad.

La expresión de Tsar Nicholas II sugería que antes volarían los cerdos a que él se dignara reconocer las atenciones de un terrier común.

—Su Tsar Nicholas es magnífico —dijo Cecily, dejando a Pip en el suelo sin soltar la correa—. Su coloración es extraordinaria. Y ese collar... —dejó que la admiración tiñera su voz, lo cual no fue difícil —. Nunca he visto nada parecido.

El rostro de la condesa se transformó. El orgullo, feroz y genuino, reemplazó la cautela atormentada.

—Es el mejor ejemplo de artesanía Romanov —dijo, poniéndose junto a su gato con instintiva actitud protectora—. Encargado por mi abuela para su propio persa campeón en 1889. Cada diamante fue seleccionado personalmente por el joyero de la emperatriz. Los engastes son de platino trabajado al estilo antiguo, antes de que la revolución lo cambiara todo.

—Debe ser invaluable —murmuró Cecily—. Tanto desde el punto de vista monetario como sentimental.

—Es todo lo que me queda. —Las palabras emergieron en voz baja, con honestidad, antes de que la condesa pareciera darse cuenta de lo que había revelado—. Es decir, representa la historia de mi familia. Nuestro legado.

Cecily dejó que el momento se asentara, observando los dedos de la condesa temblar ligeramente mientras ajustaba el cojín de Tsar Nicholas. Aquí había una mujer en la cuerda floja entre la vida que había conocido y el abismo de pobreza que se tragaba a tantos emigrados.

—Condesa —dijo Cecily con suavidad—, ¿me acompañaría a tomar el té de la tarde? Lejos del caos de la exposición y de miradas indiscretas. Confieso que encuentro la atmósfera competitiva

bastante abrumadora, y sospecho que usted apreciaría una conversación que no gire en torno a pedigríes y criterios de evaluación.

La sorpresa asomó en los rasgos aristocráticos de Vespera.

—¿Desea tomar el té conmigo? ¿Después de que fui acusada de secuestrar al gato de su compañera?

—Fue acusada injustamente, creo. Y sí, disfrutaría mucho de su compañía —Cecily sonrió—. Además, tengo preguntas sobre la sociedad parisina que solo alguien de su experiencia podría responder. Me siento bastante perdida en estos círculos tan elevados.

La expresión de la condesa se suavizó.

—Es usted muy amable, lady Ashcombe. Sí, sería un honor acompañarla a tomar el té.

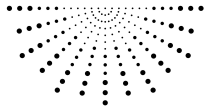
—Maravilloso. ¿Digamos en treinta minutos? Eso debería darnos a ambas un momento para recuperarnos de los dramáticos acontecimientos de esta mañana.

—Treinta minutos, sí. —La condesa hizo una pausa y luego añadió con un entusiasmo conmovedor—: Y después, si gusta, podría mostrarle el collar en detalle. Su historia es bastante fascinante.

—Estaría encantada —dijo Cecily, y lo decía en serio, de un modo que la condesa aún no podía comprender.

19

ASESINATO EN NAVIDAD EN PARÍS



Elsie escuchó el relato de Cecily sobre la conversación con la atención de un general que recibe informes del frente. Se habían retirado a la suite de Cecily, donde se les había unido Fenella junto con el canónigo Bott, que afirmaba estar investigando «rituales aristocráticos del té», pero claramente estaba demasiado involucrado en el misterio que se desarrollaba como para mantenerse al margen.

—Entonces accedió a mostrarle el collar —resumió Elsie—. Lo que significa que tendré que vigilar su habitación mientras usted la mantiene ocupada.

—Precisamente.

Cecily aceptó el té que Elsie había preparado, agradecida por su calidez reconfortante.

—Si Herr Doktor Bergmann de verdad está metido en algo turbio, podría intentar otra maniobra mientras la condesa esté ausente.

—O bien —intervino Fenella desde su puesto junto a la ventana, donde le daba a Duchess pequeños trozos de pollo—, Madame Solange podría aprovechar la oportunidad para colocar más pruebas incriminatorias.

—Esa mujer espantosa —murmuró Elsie—. ¿Vio cómo miraba a la condesa esta mañana? Como un gato mirando a un ratón con el que piensa divertirse antes de matarlo.

—La metáfora es un poco rebuscada, pero acertada —observó el canónigo Bott, garabateando frenéticamente—. Madame Solange se ha mostrado notablemente franca sobre el supuesto afán de escalar socialmente de la condesa y sus falsas pretensiones.

Cecily dejó la taza pensativa.

—¿Y si el secuestro del gato nunca tuvo que ver con eliminar a la competencia? ¿Y si se planeó únicamente para inculpar a la condesa? ¿Para destruir públicamente su reputación y obligarla a retirarse de la sociedad?

—Un asesinato navideño —susurró Elsie—. No de una persona, sino de la posición social entera de alguien.

—¡Brillante! —Los ojos del canónigo Bott se iluminaron con entusiasmo de autor—. *Asesinato en Navidad en París*... ¡es un título magnífico! La víctima no está muerta, pero han asesinado su reputación, y en los círculos aristocráticos eso viene a ser lo mismo. Oh, esto es oro puro para Silas Bellweather.

—Canónigo —dijo Cecily con suavidad—, quizá debería concentrarse en el misterio real antes de planear el ficticio.

—Sí. Claro. Por supuesto. Aunque sin duda voy a anotar esto más tarde.

—Madame Solange tiene el motivo —observó Fenella, enderezándose tras atender a Duchess—. No ha ocultado en absoluto su convicción de que Vespera es una impostora aferrada a glorias pasadas. Y estaba perfectamente situada para llegar a la transportadora de Duchess en medio del caos de la llegada de la condesa.

—Pero ¿arriesgaría su propia reputación para destruir la de otra persona? —replicó Cecily—. Eso parece bastante extremo, incluso para una rivalidad profesional.

—No ha vivido lo suficiente en los círculos aristocráticos, querida.

La sonrisa de Fenella era afilada.

—La guerra social entre la élite hace que la guerra de verdad parezca de lo más civilizada. He visto a mujeres destruirse entre sí por la disposición de los asientos en una cena. Una competencia de exposición felina es prácticamente el Somme.

Elsie miró su práctico reloj.

—Le quedan veinte minutos para el té, milady. Será mejor que me coloque ahora, antes de que el pasillo se llene de tránsito por la hora del té.

—Llévate la canasta de ropa blanca —sugirió Cecily—. Si alguien cuestiona tu presencia, estás llevando toallas limpias.

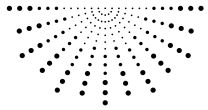
—La excusa universal de las doncellas de compañía en todas partes.

Elsie recogió la canasta que habían preparado antes, con ropa blanca de verdad para dar verosimilitud.

—Muy bien, entonces. Doncella de compañía en misión de vigilancia.

20

TÉ PARA DOS



El salón de té del hotel era la viva imagen de la elegancia refinada, con su servicio de plata y su delicada porcelana pintada con nomeolvides. Cecily había conseguido una mesa junto a las ventanas, que ofrecía buena luz y una vista despejada de la entrada. La condesa llegó exactamente a la hora acordada, con porte majestuoso a pesar de las tribulaciones de la mañana.

—Lady Ashcombe.

Vespera tomó asiento en la silla de enfrente con una gracia ensayada.

—Gracias otra vez por esta amabilidad. Confieso que me he sentido muy aislada desde que llegué a París.

—Seguramente tiene amigos entre la comunidad de emigrados, ¿no?

Cecily sirvió el té, observando cómo la condesa seguía el líquido ambarino con la intensidad de alguien que había aprendido a no dar esos lujos por sentados.

—Amigos.

La sonrisa de Vespera se volvió amarga.

—Todos estamos tan ocupados manteniendo la ilusión de nuestras vidas anteriores que la verdadera amistad se vuelve casi imposible. Todos estamos actuando, ¿comprende? Y cuando todos están actuando, ¿a quién puede una decirle la verdad?

—Suena agotador.

—Lo es.

La condesa aceptó la taza con manos que temblaban levemente.

—Antes de la revolución, nunca pensaba en el dinero. Simplemente existía, como el aire o la luz del sol. Ahora pienso en él constantemente. En cómo hacer rendir cada franco. En cómo mantener las apariencias sin nada. En cómo seguir fingiendo que todo es exactamente como era, cuando todo ha cambiado por completo.

Cecily sintió una oleada de simpatía por aquella mujer orgullosa, obligada a representar su propia vida.

—Debe de ser especialmente difícil en Navidad. Con tanto énfasis en las celebraciones y los regalos, cuando...

—Cuando una apenas puede pagar la cuenta del hotel —terminó Vespera en voz baja—. Sí. La Navidad se ha convertido más bien en una prueba. Aunque Tsar Nicholas no conoce la diferencia, gracias al cielo. Exige la misma devoción tanto si soy rica como si estoy en la miseria.

—¿Y el collar? Disculpe mi indiscreción, pero seguramente podría venderlo y vivir cómodamente, ¿no?

El rostro de la condesa se transformó; el orgullo y el dolor lucharon entre sí en sus aristocráticas facciones.

—¿Vender el collar de mi abuela? ¿Mi última conexión tangible con todo lo que he perdido?

Dejó la taza con cuidadosa precisión.

—Lady Ashcombe, cuando una pierde su país, su hogar, su familia, su mundo entero, los pocos objetos preciosos que quedan se convierten en algo más que meras posesiones. Se convierten en la prueba de que su pasado fue real. De que una fue alguien antes de convertirse en esto—

Se señaló a sí misma con amarga elegancia.

—este fantasma de una gloria pasada que actúa para entretener a desconocidos.

—Lo entiendo —dijo Cecily con suavidad, y lo dijo en serio.

Pensó en la Biblia de su padre, gastada por años de uso, de la que jamás se desprendería sin importar su valor monetario.

—Algunas cosas trascienden el valor práctico.

—Exactamente.

Los ojos de Vespera brillaron con lágrimas no derramadas.

—Aunque confieso que ha habido momentos en que la practicidad estuvo a punto de imponerse. Noches oscuras en las que llegaban las cuentas por pagar y el collar yacía en su estuche, susurrando que el sentimentalismo es un lujo que los pobres no pueden permitirse.

—Pero resistió.

—Resistí.

La condesa inhaló con temblor.

—Mi primo Yuri ha sido de gran ayuda en estos tiempos difíciles. Ha conseguido pequeños préstamos, me ha puesto en contacto con personas que resultaron en encargos menores. Sin su ayuda, me habría visto obligada a vender el collar hace meses.

Cecily aguzó la atención al oír mencionar al príncipe Yuri, aunque mantuvo una expresión de simpatía neutral.

—Qué fortuna tener familia en quien apoyarse.

—Sí. Aunque incluso los recursos de Yuri son limitados. Nosotros, los emigrados, debemos apoyarnos unos a otros, pero todos estamos haciendo equilibrio al borde del mismo precipicio financiero. Un solo paso en falso, y todos caeremos juntos al abismo.

La conversación continuó entre sándwiches de pepino y petits fours, y Vespera fue relajándose poco a poco mientras Cecily ponía en práctica la delicada habilidad de preguntar con suavidad y escuchar con paciencia que había aprendido en la VAD. La condesa reveló más con cada minuto que pasaba. Su terror a quedar expuesta como una impostora, sus intentos desesperados por mantener su posición social, su miedo a que todo lo que había construido en el exilio se desplomara como un castillo de naipes.

Y en medio de todo eso, el príncipe Yuri aparecía como una presencia servicial, siempre con una solución a mano, siempre allanando dificultades, siempre asegurándose de que su prima pudiera continuar su costosa charada.

Demasiado servicial, pensó Cecily.

Un estrépito detrás de una palmera en maceta cercana interrumpió sus cavilaciones. Se volvió y encontró al canónigo Bott despatarrado sobre la alfombra, al parecer tras haber intentado inclinarse un poco más hacia su conversación y perder la batalla contra la gravedad.

—Canónigo Bott —dijo Cecily con admirable contención—. Qué sorpresa.

Él se puso de pie de un salto; la libreta se le cayó del bolsillo y el rostro se le puso escarlata.

—¡Lady Ashcombe! ¡Condesa! ¡Qué placer tan inesperado! Yo solo estaba..., es decir, estaba estudiando...

—¿Arreglos botánicos franceses? —sugirió Cecily.

—¡Sí! ¡Exactamente! Los franceses tienen una manera extraordinaria de tratar las palmeras. Muy instructivo. Para mi investigación. Sobre vicarios. Y plantas. Plantas venenosas. ¡No es que esté envenenando a nadie! ¡Solo investigación!

La condesa observó toda aquella escena con visible desconcierto. Cecily se apiadó del hombre.

—Canónigo, quizá estaría más cómodo investigando desde su propia mesa, con mejor vista de los especímenes botánicos.

—Claro. Sí. Excelente sugerencia.

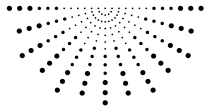
Recogió sus pertenencias desparramadas y se retiró con la dignidad de una gallina sobresaltada, dejando a las dos mujeres intercambiar una mirada de complicidad.

—Su canónigo inglés es realmente notable —observó Vespera.

—Sin duda es inolvidable —convino Cecily—. Ahora, ¿regresamos a su suite? Tengo muchísimas ganas de examinar ese collar como es debido.

21

MIENTRAS TANTO EN EL CORREDOR



Elsie se había apostado en el corredor con la invisibilidad de una sirviente experimentada. El cesto de ropa blanca reposaba a sus pies, proporcionando tanto coartada como asiento conveniente. Había estado vigilando la puerta de la condesa durante casi veinte minutos, observando el ir y venir, el horario de las rondas del personal de limpieza, los ritmos tranquilos de la vida del hotel.

Entonces apareció Herr Doktor Bergmann.

Se movía con determinación pero sin prisa, mirando alrededor con lo que podría haber sido interés casual pero que a Elsie le pareció vigilancia deliberada. Cuando llegó a la puerta de la condesa, sacó del bolsillo de su chaleco un pequeño estuche de cuero con herramientas y extrajo una llave.

Una llave.

El pulso de Elsie se aceleró. No existía explicación inocente para que un huésped poseyera llaves de la suite de otro huésped.

Bergmann insertó la llave, abrió la puerta sin dificultad alguna y se deslizó adentro.

Elsie dejó su cesto, respiró hondo y siguió sus instintos.

Los años de cargar ropa blanca, amasar pan, lidiar con gallinas rebeldes y manejar los desafíos más físicos de Ashcombe Hall habían dejado a Elsie considerablemente más fuerte de lo que su esbelta figura sugería. Una vez había cargado a un lacayo herido casi trescientos metros cuando se cayó de una escalera. Había sometido a un toro en pánico que había roto la cerca. Era, en resumen, alguien a quien no se debía subestimar.

Cruzó el corredor en tres pasos rápidos e irrumpió por la puerta.

Bergmann giró desde su posición junto al escritorio, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Qué hace usted…?

Elsie no lo dejó terminar. Años de experiencia práctica le habían enseñado que la sorpresa era la mejor arma de una mujer en un enfrentamiento físico. Se lanzó contra el hombre considerablemente más grande con la determinación de quien defiende los intereses de su señora.

La colisión resultante los envió a ambos contra la alfombra. Bergmann le llevaba varios kilos de ventaja, pero Elsie tenía impulso, indignación y amplia práctica en domar animales testarudos.

—Deténgase… no soy… no entiende… —jadeó Bergmann, tratando de deshacerse de ella sin golpear realmente a una mujer, lo que limitaba severamente sus opciones defensivas.

—¡Entiendo perfectamente! —jadeó Elsie, empleando una presa particularmente efectiva que había desarrollado al manejar al gallo más agresivo de Ashcombe—. ¡Es un ladrón, y lo tengo atrapado!

Logró voltearlo boca abajo mediante una combinación de palanca y pura determinación obstinada. Sus manos, entrenadas por años de atar nudos perfectos en ropa mojada y asegurar gallinas rebeldes, se las arreglaron rápido con la ropa de cama. En cuestión de momentos, Herr Doktor Bergmann estaba completamente atado, con una funda de almohada sirviendo como mordaza efectiva.

Elsie se arrodilló, respirando con dificultad pero triunfante.

—Ya está —anunció a su cautivo—. Y eso es lo que les pasa a los ladrones que subestiman a las sirvientas inglesas.

Bergmann hacía urgentes sonidos amortiguados que podrían haber sido protestas o confesiones o posiblemente peticiones de clemencia. Elsie los ignoró todos, dirigiendo su atención al escritorio donde él había estado parado.

El estuche de joyas estaba abierto, su interior de terciopelo acunando el famoso collar Joyas de la Corona. Los diamantes capturaban la luz de la tarde, proyectando arcoíris sobre la madera pulida.

Elsie lo contempló con evidente satisfacción.

Las joyas estaban a salvo.

Cecily y la condesa llegaron a la puerta de la suite justo mientras Elsie reflexionaba sobre esto. La mano de la condesa estaba en la manija cuando escucharon los sonidos amortiguados desde dentro.

—¿Qué demonios…? —Vespera empujó la puerta.

La escena que las recibió habría sido cómico en otras circunstancias: Herr Doktor Bergmann atado de pies y manos sobre la alfombra, Elsie haciendo guardia con la determinación de un rottweiler, y el estuche de joyas abierto sobre el escritorio con el collar visible dentro.

La condesa gritó.

El entrenamiento de enfermería de Cecily entró en acción de inmediato, evaluando la situación con rápida eficiencia mientras intentaba evitar que Vespera se desmayara o atacara a Bergmann o posiblemente ambas cosas.

—Elsie, ¿qué pasó?

—lo atrapé in fraganti, milady —anunció Elsie con orgullo—. Tenía una llave. Entró como Pedro por su casa. Estaba junto al escritorio cuando lo derribé.

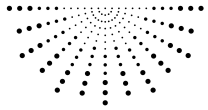
—Puedo explicar… —las palabras de Bergmann salieron amortiguadas por la funda de almohada.

—Quítale la mordaza —instruyó Cecily, ayudando a la condesa a sentarse en una silla. La aristócrata se había puesto pálida como el papel, con los ojos fijos en el estuche de joyas abierto con una expresión a medio camino entre el alivio y el terror.

Elsie quitó la funda de almohada con visible renuencia, como si se negara a sí misma entretenimiento futuro.

22

UNA REVELACIÓN SORPRENDENTE



Bergmann jadeó, tratando de recuperar el aliento.

—Gracias. Y aunque aprecio su devoción por su señora, Fräulein, se ha equivocado gravemente.

—¿Ah, sí? —Elsie cruzó los brazos—. Usted tenía una llave de la suite de la condesa y estaba examinando su joyero. ¿Qué fue, exactamente, lo que interpreté mal?

—Todo.

Bergmann sostuvo la mirada de Cecily.

—Lady Ashcombe, no soy un ladrón. Soy un investigador privado contratado por Lloyds of London y trabajo en cooperación con la Sûreté Nationale.

Un silencio pesado cayó en la habitación.

—Un investigador privado —repitió Cecily con cuidado.

—En efecto. He estado siguiendo a un sofisticado ladrón de joyas que ha estado despojando a aristócratas emigrados por todo París. Alguien que se hace amigo de nobles desesperados, se gana su confianza y luego los despoja sistemáticamente de los objetos de

valor que les quedan, al mismo tiempo que hace parecer que fueron ellos mismos quienes vendieron las piezas para cubrir deudas.

La condesa emitió un pequeño sonido herido.

—Confieso —continuó Bergmann, todavía atado, pero con una dignidad notable dadas las circunstancias— que al principio sospeché de usted, Lady Ashcombe. La hija de un vicario heredando una finca, apareciendo de pronto en círculos aristocráticos, con la coartada perfecta... parecía casi demasiado conveniente.

Elsie soltó un bufido de risa.

—¡Lady Cecily, ladrona internacional de joyas! ¡Vaya historia! Espere a que se lo cuente a la señora Fotheringill. Le va a dar una apoplejía.

A pesar de la tensión, Cecily sintió que una sonrisa le asomaba a los labios.

—Agradezco que su investigación haya sido minuciosa con todos los sospechosos, Herr Doktor. Aunque debo señalar que mis métodos de investigación son considerablemente menos criminales de lo que mi presencia podría sugerir.

—Eso he observado. —El respeto de Bergmann era evidente—. Sus capacidades deductivas son bastante impresionantes. Por eso debo pedirle ahora su ayuda en un asunto bastante delicado.

—¿Qué asunto?

Él sostuvo la mirada aterrada de la condesa.

—Madame, lamento mucho decirle esto, pero el collar de su joyero no es el Romanov original que trajo consigo al inscribirse en este certamen.

La condesa lo miró como si le hubiera hablado en griego antiguo.

—Eso es absurdo. Por supuesto que es el original. Ha estado conmigo constantemente desde que huí de Rusia.

—Me temo que no. —La voz de Bergmann contenía una simpatía genuina—. El peso no es el correcto. El estilo del engaste es moderno, no prerrevolucionario. Y, más revelador aún, la hechura, aunque excelente, carece de las características específicas de los joyeros de la corte Romanov. El collar original fue robado y sustituido por una falsificación extraordinariamente buena.

—No. —Vespera sacudió la cabeza con violencia—. No, usted está equivocado. Tiene que estar equivocado.

Cecily se arrodilló junto a la silla de la condesa y tomó entre las suyas las manos heladas de la mujer.

—¿Cuándo fue la última vez que lo examinó de cerca? ¿Cuándo se fijó de verdad en los detalles en lugar de limitarse a exhibirlo?

—Yo... —La voz de Vespera se quebró—. Miro el collar todos los días. De hecho, justo esta mañana estaba admirando su belleza incomparable antes de venir al Grand Salon.

—Perdóneme que se lo pregunte, condesa, pero necesito establecer dónde estamos paradas. ¿No habrá vendido usted misma el original? —preguntó Cecily con suavidad—. Para saldar deudas. No tendría nada de vergonzoso, dadas sus circunstancias.

—¡Jamás!

La palabra brotó con feroz orgullo.

—¡Es todo lo que me queda de mi abuela, de mi familia, de mi mundo entero! ¡Preferiría morirme de hambre antes que vender el collar de mi abuela!

Las lágrimas le corrían por el rostro aristocrático, y a Cecily se le encogió el corazón de compasión. Allí había una mujer que ya lo había perdido todo una vez y que ahora descubría que había perdido todavía más de lo que sabía.

—Condesa —dijo Bergmann en voz baja, todavía atado en el suelo —. ¿Cree que alguna de ustedes podría desatarme? Se me están

entumeciendo partes nada cómodas.

—¡Ay! —Elsie se apresuró a hacerlo, con las mejillas sonrojadas—. Perdón por eso. Entusiasmo profesional.

—Muy comprensible.

Bergmann se puso de pie con una dignidad algo tambaleante y se sacudió el traje arrugado mientras Elsie revoloteaba cerca, apenada.

—Tiene un instinto admirable, Fräulein Pickering. Y una habilidad impresionante para forcejear y derribar a alguien.

—Años de lidiar con ganado y personal doméstico ingobernable —murmuró Elsie.

Bergmann se acercó al estuche de joyas y sacó una lupa de joyero del bolsillo.

—Lady Ashcombe, si observa los engastes aquí...

Indicó los diamantes más grandes del collar.

—Un auténtico trabajo Romanov de ese periodo mostraría marcas de acabado a mano con un patrón muy específico. Los joyeros usaban técnicas que en gran medida se han perdido. Este collar, aunque magnífico, muestra huellas de herramientas mecánicas modernas bajo aumento.

Cecily miró a través de la lupa, comparando la explicación de Bergmann con lo que alcanzaba a ver. Él tenía razón. El trabajo era exquisito, pero le faltaban las sutiles irregularidades que distinguían una auténtica labor artesanal antigua.

—¿Cuándo pudieron cambiarlo? —preguntó.

—Esa es la pregunta verdaderamente inquietante —admitió Bergmann—. El collar ha estado resguardado y bajo vigilancia constante desde que ella llegó aquí, a París. Pero el caos en torno al secuestro de Duchess, sumado al hecho de que solo ahora lo examinó de cerca, sugiere claramente que el cambio ocurrió en las

últimas veinticuatro horas. La confusión brindó la oportunidad perfecta.

Continuó con una pregunta:

—¿Quién más podría conocer las joyas lo bastante de cerca como para preparar un reemplazo tan convincente?

—Nadie más que mi familia —confesó Vespera.

—El príncipe Yuri —dijo Cecily de pronto.

Vespera alzó la cabeza de golpe.

—¿Qué tiene que ver Yuri?

—Mencionó que la ha estado ayudando, haciendo presentaciones, consiguiendo préstamos y allanándole el camino en la sociedad aristocrática emigrada. Tiene un acceso sin igual a usted y a las joyas.

—Sí, pero… —La comprensión y el horror se disputaron el rostro de la condesa—. No. No, Yuri no haría eso. Es de la familia. ¡Me ha ayudado a sobrevivir!

—O ha estado posicionándola —sugirió Bergmann con sombría gravedad—. Manteniéndola dependiente, asegurándose de que siguiera exhibiendo el collar en público mientras él maniobraba entre bastidores para sustituirlo de algún modo por una falsificación. Quizá esté aquí entre nosotros, o aliado con otros bribones sin escrúpulos en este mismo evento.

La condesa se puso de pie abruptamente y fue hasta la ventana, abrazándose el cuerpo con los brazos.

—Confié en él. Es mi primo. Lo último que me queda de familia.

—Lo siento —dijo Cecily en voz baja, y lo decía de verdad.

—No lo sienta.

La voz de Vespera se endureció; la pena se transformó en una furia helada.

—Si Yuri de verdad me ha traicionado de una manera tan total, entonces quiero que lo atrapen. Quiero recuperar el collar de mi abuela. Y quiero verlo responder por sus crímenes.

—Entonces necesitaremos su ayuda —dijo Bergmann—. Llevo meses armando un caso contra la red de ladrones de joyas, pero necesito pruebas concretas. Alguien debe atrapar a uno de ellos en el acto de intentar otro robo. Solo entonces sabremos si la pista conduce a su primo o no.

—Quiere usarme como señuelo.

No era una pregunta.

—Quiero darle la oportunidad de recuperar lo que le robaron y de que se haga justicia.

Vespera se apartó de la ventana. Su rostro, surcado de lágrimas, estaba endurecido por la determinación.

—¿Qué necesita que haga?

Para cuando terminaron de explicar el plan, Fenella había llegado, al parecer dotada de un sexto sentido para detectar cuándo se estaba desarrollando una conspiración interesante. Se quedó en el umbral, con Duchess en brazos, observando a los presentes con las cejas arqueadas.

—Los dejo solos dos horas —anunció—, ¿y ya están descubriendo una conspiración criminal internacional?

—Tres horas —corrigió Cecily—. Y, técnicamente, Elsie la descubrió al lanzarse sobre Herr Doktor Bergmann.

—Sigo sosteniendo que eso estuvo justificado, dadas las circunstancias —murmuró Elsie.

Fenella entró en la habitación, dejó a Duchess sobre el sofá y luego volvió su atención al grupo.

—Bien, entonces. ¿Cuál es el plan y cómo puedo contribuir a llevar a estos canallas ante la justicia?

Bergmann explicó la estrategia. Un clásico y decididamente delicioso doble engaño, como lo describió Elsie después.

—¿Cuándo activamos la trampa? —preguntó Fenella.

—Mañana por la noche. La gala navideña de la exposición. Estarán presentes todos los competidores, junto con media sociedad parisina. La tapadera perfecta para sacar a los culpables de las sombras.

Cecily cruzó una mirada con Elsie y vio sus propios pensamientos reflejados en los ojos de su amiga. Habían llegado a París por una exposición felina y habían terminado en medio de una sofisticada investigación criminal.

—Bueno —dijo Cecily, enderezando la espalda—. Sobreviví a la guerra manteniendo la calma y siguiendo el procedimiento. Supongo que unos ladrones internacionales de joyas no pueden ser mucho peores que la gangrena de trinchera.

—Ese es el espíritu, milady —dijo Elsie alegremente—. Aunque estoy casi segura de que la gangrena no tenía cómplices criminales.

—No, pero era bastante más difícil de sujetar.

Hasta Bergmann sonrió ante eso; parte de su formalidad germánica se suavizó.

—Gracias, a todas ustedes. La Sûreté mantendrá vigilancia exterior, pero contar con su ayuda dentro de la gala será inestimable.

—Oh, no solo vamos a ayudar —anunció Fenella, recostándose mientras Duchess ronroneaba en su regazo—. Somos socias de pleno derecho en esta empresa. Nadie roba a emigrados

desesperados mientras yo esté en París. Sencillamente, eso no se hace.

—¿Alguna vez es cricket robar a emigrados desesperados? —preguntó el canónigo Bott, que se había deslizado dentro durante la sesión de planificación.

—Ese no es el punto, Canónigo.

—Bien. Solo quería comprobarlo. Para mis notas.

Cuando el grupo se dispersó para prepararse para la trampa del día siguiente, Cecily se encontró junto a la ventana, contemplando los tejados de París.

Elsie apareció en silencio a su lado.

Compartieron una sonrisa: dos mujeres de orígenes sencillos, ahora enredadas en intrigas aristocráticas y conspiraciones criminales. La vida, reflexionó Cecily, sin duda se había vuelto más interesante desde que heredó Ashcombe Hall. Aunque, la verdad, habría preferido que siguiera siendo un poco menos interesante y bastante más predecible.

Aun así, como solía decir su padre al citar los Proverbios:

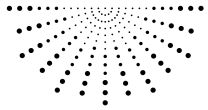
El caballo se alista para el día de la batalla, pero la victoria pertenece al Señor.

Mañana revelaría si el Señor favorecía a las detectives aficionadas metidas a cazadoras de ladrones de joyas.

La verdad, tenía esperanzas de que así fuera.

23

EL BAILE DE NAVIDAD



El gran salón de baile había vuelto a sufrir una transformación asombrosa hasta convertirse en algo parecido a una catedral secular del exceso navideño. Guirnaldas de pino y acebo colgaban de todas las superficies disponibles, y su fragancia competía con perfumes costosos y la pomada para el cabello. Un árbol imponente dominaba una esquina, con las ramas cargadas de adornos de vidrio que atrapaban la luz de tres magníficos candelabros. Cintas doradas y plateadas se retorcían entre el follaje como cascadas congeladas, y alguien había dispuesto las flores de Nochebuena en formaciones que sugerían genio artístico o locura botánica.

Cecily se detuvo en la entrada, ajustándose los guantes de gala. El vestido que Elsie había escogido, una seda azul profundo que susurraba en vez de gritar, se sentía al mismo tiempo como armadura y disfraz. Al recorrer con la mirada la deslumbrante concurrencia, Cecily le estaba profundamente agradecida a Elsie por su ayuda con semejantes exigencias sociales.

El salón zumbaba con conversaciones en por lo menos cuatro idiomas, salpicadas por el maullido ocasional de algún felino que protestaba por sus accesorios festivos o por la cercanía de gatos rivales.

—Es como si Versalles se hubiera topado con la explosión de una galleta navideña —murmuró Elsie, espléndida en un vestido color borgoña prestado del aparentemente inagotable guardarropa de Fenella—. Y alguien hubiera invitado a todos los gatos de París a verlo.

—Eso es exactamente lo que es —anunció Fenella, acercándose con Duchess acunada en los brazos.

La persa llevaba un collar de cinta plateada y pequeñas campanillas que tintineaban suavemente con cada movimiento. De buen gusto, elegante y en nada parecido al ostentoso collar de diamantes que había causado tantos problemas.

—Exceso continental combinado con espíritu competitivo británico. O es magnífico o es catastrófico, y todavía no decido cuál de las dos cosas.

Duchess examinó a los felinos reunidos con la expresión de una emperatriz pasando revista a provincias rebeldes. Su pelaje plateado había sido cepillado hasta una perfección imposible, e irradiaba la confianza de una gata que había sobrevivido a un secuestro de gatos y había vivido para juzgar a sus inferiores un día más.

Cecily vio al canónigo Bott merodeando detrás de un arreglo de acebo particularmente voluminoso, con el traje de noche un poco arrugado y el cabello que se negaba a cooperar pese a los evidentes esfuerzos con la pomada. Estaba intentando parecer despreocupado mientras sujetaba lo que parecía ser una pequeña libreta oculta dentro de la chaqueta.

—Canónigo —dijo Cecily con suavidad, acercándose a donde estaba —. Se supone que debe pasar desapercibido, no hacerse pasar por un botánico nervioso escondiéndose de sus acreedores.

Él dio un brinco, a punto de derribar el arreglo de acebo.

—¡Lady Ashcombe! Yo solo admiraba los adornos de follaje perenne. Muy festivos. Conservan las agujas admirablemente. El acebo

simboliza la corona de espinas, ya sabe, aunque quizá eso sea inapropiado para una exposición felina. ¡No que los gatos sean inapropiados! Los gatos son encantadores. Muy bíblicos, de hecho. Aunque más a menudo se los menciona en términos de bestias salvajes que de compañeros domésticos...

—Canónigo —lo interrumpió Elsie con firme amabilidad—. ¿Quizá podría mezclarse un poco? ¿Observar sin que se note tanto que está observando?

—Claro. Sí. Observación discreta. Soy excelente en eso.

Se alisó la chaqueta con una determinación que no hizo nada por mejorar su aspecto desaliñado.

—Silas Bellweather sabría perfectamente cómo mezclarse en la sofisticada sociedad parisina.

—Silas Bellweather es ficticio —le recordó Cecily.

—Sí, pero se le da muy bien este tipo de cosas.

Antes de que Cecily pudiera responder, un alboroto en la entrada del salón anunció una nueva llegada. La multitud se abrió como el Mar Rojo ante Moisés, y la condesa Vespera entró llevando a Tsar Nicholas II como en una procesión regia.

El gato llevaba el collar Joyas de la Corona.

O, mejor dicho, llevaba la magnífica falsificación que ahora todos creían que era el original, mientras que el falso de verdad (que todos creían que era el original) supuestamente, aunque no en realidad, estaba asegurado en la bóveda del hotel, mientras que el auténtico original había desaparecido por completo. A Cecily le dolía la cabeza de tanto intentar seguir todas las capas de engaño que su equipo para atrapar al ladrón había ideado.

El collar atrapó la luz de los candelabros y proyectó reflejos irisados sobre los invitados reunidos. Jadeos de admiración recorrieron la

multitud. En el rostro de varios competidores se dibujó una envidia tan profunda que rozaba el dolor físico.

—Magnífico —susurró alguien.

—La confección es insuperable —añadió otra voz.

—Hay que ser temeraria para arriesgarse a exhibirlo tan públicamente —murmuró una tercera.

La condesa Vespera mantuvo una compostura perfecta, con el mentón en altcon el orgullo aristocrático intacto pese a los susurros. Había elegido un vestido de seda color púrpura oscuro que realzaba a la perfección tanto sus joyas restantes como el pelaje plateado de Tsar Nicholas. Su actuación era impecable. La orgullosa aristócrata emigrada.

Cecily sintió una oleada de admiración por el valor de la mujer. Participar en aquella trampa elaborada sabiendo que, con toda probabilidad, su propio primo la había traicionado exigía una fortaleza que iba mucho más allá del simple orgullo.

—Es buena —murmuró Elsie—. Si yo no supiera la verdad, pensaría que no tiene una sola preocupación en el mundo.

—Eso es lo que la vuelve peligrosa para los ladrones —observó Fenella, dándole a Duchess un pequeño trozo de pollo de un bolsillo oculto—. Van a suponer que es tan frívola como parece, cuando por debajo de esa fachada los está observando con tanto cuidado como ellos a ella.

Pasó un camarero con una bandeja de copas de champaña. Cecily aceptó una por guardar las apariencias, pero no tenía intención alguna de beberla. Necesitaba tener todos sus sentidos bien alertas para lo que se avecinaba. A su alrededor, la gala navideña había alcanzado su apogeo festivo. La orquesta, en un rincón, tocaba una pieza animada y muy francesa. Las parejas bailaban. Gatos con collares navideños eran exhibidos, fotografiados y juzgados por admiradores errantes.

Cerca del árbol de Navidad, Pip investigaba a un persa particularmente esponjoso con su característica cordialidad optimista. El persa, una criatura color crema que llevaba lo que parecía ser un collar de arándanos rojos auténticos, miró al terrier con horror sin disimulo, antes de soltar un siseo magnífico.

Pip, sin ofenderse, meneó la cola con entusiasmo redoblado. Sin duda, sugería su expresión, la amistad era solo cuestión de tiempo y de mover bastante la cola.

La dueña del persa, una mujer formidable vestida de seda color esmeralda, apartó a su gato de Pip mientras soltaba una ráfaga de francés tan rápida que no hacía falta traducción para entenderla.

—Pip ha sido rechazado —anunció Elsie innecesariamente—. Su diplomacia fracasó.

—No por primera vez —convino Cecily, recogiendo a su terrier incorregible antes de que pudiera ir a husmear a más gatos—. Vamos, animalito travieso. Tenemos trabajo serio que hacer.

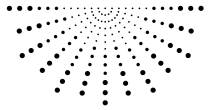
Vio a Bergmann cerca de la mesa del bufé, de traje de noche, casi indistinguible de los demás invitados. Captó su mirada un instante, con una ceja enarcada en una pregunta silenciosa: *¿Está lista?*

Cecily asintió una sola vez, con firmeza.

Estaban tan preparados como podían estarlo unos investigadores aficionados convertidos en cazadores de ladrones de joyas.

24

DUBOIS, BAILE Y DELACROIX



La velada avanzó con la energía levemente maníaca de los eventos donde demasiados elementos volátiles ocupaban el mismo espacio. Monsieur Le Ciseleur, resplandeciente en traje formal que lo hacía asemejarse a un pingüino agitado, circulaba entre los invitados mientras aseguraba a todos que, a pesar de las recientes interrupciones, los resultados de la evaluación se anunciarían al final de la noche.

—Los estándares de la Grand Exposition Féline de Noël son innegociables —anunciaba a cualquiera que estuviera al alcance de su voz—. Los jueces han deliberado a fondo. La excelencia tendrá su recompensa. A los ejemplares menos destacados... se les agradecerá su participación.

Esto no contribuyó en nada a aliviar la tensión competitiva. Si acaso, intensificó la atmósfera de rivalidad apenas contenida. Los gatos eran acicalados con atención cada vez más frenética. Los dueños enderezaban collares, ajustaban cintas y lanzaban miradas calculadoras a los ejemplares de los competidores.

Madame Solange Dubois recibía como una reina cerca de la orquesta, su vestido una obra maestra de la moda parisina moderna en plata y oro que la hacía asemejarse a un adorno navideño

extremadamente elegante. Su sombrero, porque por supuesto llevaba sombrero a una gala nocturna, desafiaba tanto la gravedad como el buen juicio, luciendo lo que parecían ser pájaros enteros preservados dispuestos en formación de vuelo.

—Esa mujer —observó Fenella— tiene o una confianza magnífica o un juicio catastrófico. No he decidido cuál.

—Ambos —sugirió Cecily—. Simultáneamente.

Solange estaba rodeada de admiradores y aduladores, todos recibiendo sus pronunciamientos sobre la excelencia felina y la superioridad en moda con la debida reverencia. Su gato llevaba un collar de zafiros que probablemente valía más que la mayoría de las casas.

—Los ejemplares provinciales este año —anunció Solange en francés con voz que resonaba por todo el salón— son bastante notables. A su manera. Aunque por supuesto, la verdadera excelencia requiere tanto crianza como presentación apropiada. Algunas competidoras... —su mirada se deslizó, cargada de significado, hacia la condesa Vespera— creen que los accesorios costosos pueden compensar un origen cuestionable.

Varios oyentes jadearon ante este insulto apenas velado. Vespera, al otro lado del salón de baile, no dio indicación de haberlo escuchado, aunque su espalda se enderezó casi imperceptiblemente.

—Esa mujer espantosa —murmuró Elsie—. Alguien debería decirle que la malicia no le queda bien, ni siquiera a los parisinos.

—Alguien probablemente lo ha hecho —respondió Cecily—. Repetidamente. Dudo que le importe.

Un movimiento junto a ella anunció la llegada de Monsieur Delacroix. Apareció con su característica eficiencia silenciosa, materializándose junto a ella sin ningún acercamiento obvio. Su ropa de noche era impecable, su expresión de una neutralidad perfecta, y sus ojos no se perdían detalle.

—Lady Ashcombe —la saludó con una pequeña reverencia—. Se ve bastante encantadora esta noche. El azul le sienta admirablemente.

—Gracias —respondió Cecily, estudiándolo cuidadosamente. Después del plan que Bergmann había delineado, todos eran potencialmente sospechosos, incluido el servicial consultor veterinario y organizador que aparecía dondequiera que se desarrollaran eventos interesantes —. ¿Está disfrutando las festividades?

—Siempre disfruto ver cómo los humanos tratan de imponer orden sobre situaciones inherentemente caóticas —dijo, con una sonrisa de genuina diversión—. Los gatos no tienen interés en nuestras competencias y premios. Los vestimos, los exhibimos como objetos y creamos elaboradas jerarquías de excelencia basadas en criterios que los gatos mismos encuentran completamente sin sentido. Es un espectáculo antropológico de lo más entretenido.

—Es usted un cínico, Monsieur Delacroix.

—Soy un realista, Lady Ashcombe. Hay una diferencia. —Aceptó champán de un mesero que pasaba—. Aunque confieso, el incidente del secuestro del gato añadió emoción inesperada a lo que suele ser un evento predecible. Nada como una conspiración criminal para animar las festividades navideñas.

¿Había algo calculado en esa observación? Cecily no podía decidirlo. Su expresión permanecía agradable, sus modales refinados, pero algo en su tono sugería capas bajo la superficie.

—En efecto —concordó neutralmente—. Aunque me complace que Duchess fuera recuperada a salvo. Lady Crowthorne habría quedado devastada por una pérdida permanente.

—Por supuesto. —La mirada de Delacroix se deslizó hacia donde estaba Vespera, Tsar Nicholas bien visible en sus brazos—. Aunque debo decir, la condesa tiene una fortaleza notable, exhibiendo esas joyas tan públicamente considerando los eventos recientes. O muy valiente o muy tonta.

Antes de que Cecily pudiera responder, una conmoción menor cerca de la mesa del bufé atrajo su atención. El canónigo Bott aparentemente había intentado observar a Madame Solange desde detrás de una mampara decorativa y derribó un arreglo entero de petit fours. Estaba de pie en medio de pasteles dispersos, balbuceando disculpas en francés destrozado mientras el personal se apresuraba a limpiar la destrucción.

—Su canónigo escritor de misterios es bastante interesante —observó Delacroix con evidente diversión.

—Es muy entusiasta —respondió Cecily diplomáticamente.

—Es una manera de decirlo.

La orquesta pasó a tocar un vals. Las parejas se movieron a la pista de baile mientras los que permanecían observaban con mirada felina de personas cuyos instintos competitivos no se limitaban a exhibiciones felinas. Cecily divisó a Elsie siendo atraída a una conversación por un joven apuesto que probablemente era aristocracia francesa o posiblemente un estafador. En estos eventos, la distinción era mínima, a menudo.

—¿Bailará, Lady Ashcombe? —preguntó Delacroix, extendiendo su mano con una cortesía de otra época.

Cecily vaciló. Bailar significaría observación menos efectiva. Pero negarse podría parecer sospechoso, y mantener su apariencia de aristócrata inofensiva asistiendo a una exposición de gatos requería participar en actividades sociales esperadas.

—Estaría encantada —mintió con gracia, entregando la correa de Pip a una Fenella que pasaba, quien la aceptó con cejas levantadas que sugerían que discutirían este desarrollo más tarde.

Delacroix demostró ser un excelente bailarín, guiando con confianza mientras mantenía la distancia apropiada. Se movieron a través del vals con la formalidad torpe de dos personas que acababan de

conocerse pero seguían guiones sociales más antiguos que cualquiera de ellos.

—Baila bien —observó.

—Mi madre insistió en las lecciones. Creía que toda hija de vicario debía estar preparada para todas las circunstancias sociales, por improbables que fueran.

—Mujer sabia.

Al girar, pasaron junto a la condesa Vespera, quien ahora hablaba con otro competidor, Tsar Nicholas aún exhibido de forma bien visible con su collar enjoyado que capturaba la luz. Los diamantes, los diamantes falsos que todos creían reales, brillaban en el resplandor.

—Magnífico, ¿no es cierto? —murmuró Delacroix, su atención en el collar—. La artesanía Romanov. Irreemplazable. Vale una verdadera fortuna para el comprador adecuado.

—Estoy segura de que la condesa nunca lo vendería —respondió Cecily, observando su rostro cuidadosamente—. El valor sentimental trasciende el valor monetario.

—El sentimiento es un lujo que los empobrecidos rara vez pueden permitirse. —Su tono permaneció agradable, pero algo en él hizo que los instintos investigativos de Cecily se pusieran en alerta.

El vals terminó. Delacroix devolvió a Cecily junto a Fenella con perfecta cortesía, inclinándose elegantemente. Delacroix permaneció al lado de Cecily, su atención deslizándose a través del salón de baile.

Herr Doktor Bergmann se movió a través de la sala, tomando su lugar junto a Cecily.

—Lady Ashcombe —la saludó con una pequeña reverencia. Luego, volviéndose hacia Delacroix con neutralidad cortés—: Monsieur Delacroix.

—Herr Doktor. —El reconocimiento de Delacroix fue igualmente cortés, igualmente medido.

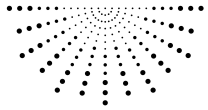
Los dos hombres se miraron con la cuidadosa cortesía de profesionales reconociendo a un colega de profesión. Cecily sintió el cambio sutil en la atmósfera, como observar a dos jugadores de ajedrez evaluar el tablero antes de hacer sus jugadas iniciales.

—Es hora —dijo en voz baja, inclinándose para que solo Cecily pudiera oír—. ¿Procedemos?

Cecily respiró hondo.

—Sí —susurró—. Pongamos esta trampa en marcha.

25
TENDIENDO LA TRAMPA



Bergmann se dirigió a la plataforma de la orquesta con serena autoridad. Hizo una señal al director, quien llevó la música a una conclusión elegante. Las parejas que bailaban se detuvieron, con expresión confundida. El murmullo de la multitud fue apagándose, y la atención se concentró en el alto alemán de pie en traje de etiqueta, con el porte de alguien acostumbrado a mandar.

—Damas y caballeros —comenzó en francés claro, luego repitió en inglés para beneficio de los asistentes británicos—, debo rogarles su indulgencia por esta interrupción. Mi nombre es Herr Doktor Friedrich Bergmann, y soy un investigador privado empleado por Lloyd's of London, trabajando en cooperación con la Sûreté Nationale.

Un murmullo de asombro recorrió la sala. La mano de Vespera subió a su garganta en un gesto de sorpresa perfectamente ejecutado. Fenella logró lucir simultáneamente intrigada y escandalizada. El canónigo Bott dejó caer su copa de champán, que se hizo añicos espectacularmente sobre el piso de parqué.

—Estoy investigando una sofisticada trama criminal que ha estado estafando a aristócratas emigrados por todo París —continuó Bergmann, con voz que llegaba a cada rincón del ahora silencioso

salón de baile—. Una red de ladrones de joyas que se hacen amigos de nobles desesperados, ganan su confianza y luego sistemáticamente los despojan de sus objetos de valor restantes mientras hacen creer que las víctimas vendieron las piezas ellas mismas.

Más exclamaciones ahogadas. Varias mujeres se llevaron las manos a sus joyas. Los hombres murmuraban entre sí con expresiones que iban desde la conmoción hasta la reivindicación. Claramente algunos habían sospechado de tales operaciones, pero carecían de pruebas.

—Me complace anunciar —continuó Bergmann—, que estamos acorralando a los perpetradores de estos crímenes despreciables. De hecho, creo que varios miembros de esta red criminal están presentes en este mismo salón de baile esta noche.

Las exclamaciones se transformaron en un rugido de murmullos escandalizados. La gente se miraba entre sí con súbita suspicacia. Los competidores sujetaban a sus gatos de manera protectora, como si los criminales pudieran llevarse a los animales junto con las joyas.

Cecily observó cuidadosamente a Delacroix, cuya compostura refinada había sido reemplazada por una visible conmoción. Sus ojos fueron inmediatamente a la condesa Vespera, luego al collar alrededor del cuello de Tsar Nicholas, luego de vuelta a Bergmann con una expresión de creciente comprensión.

—Lo sabía —dijo Delacroix, no del todo en voz baja—. Sabía que algo pasaría con ese collar.

Cecily se acercó más.

—¿Monsieur Delacroix? ¿Qué quiere decir?

—El collar Romanov —respondió, sin apartar la mirada de Vespera—, lo he estado observando toda la noche, preocupado de que algo pudiera pasar. La condesa está tan desesperada, y la gente desesperada atrae depredadores. Vi esto venir. Alguien ha intentado robar las Joyas de la Corona, ¿verdad?

—En realidad —dijo Cecily con suavidad—, eso no es del todo exacto.

Delacroix se volvió hacia ella, la confusión reemplazando su triunfante certeza.

¿Qué quiere decir?

—El collar Romanov siempre ha estado seguro —explicó Cecily, lo suficientemente alto para que los invitados cercanos escucharan—. Verá, la condesa tuvo la sensatez de ceder y seguir el consejo de Monsieur Le Ciseleur y colocó el collar genuino en la bóveda del hotel para su custodia antes de que comenzaran las festividades. El collar que Tsar Nicholas ha estado usando toda la noche es una réplica magistral: hermoso pero de imitación, creado para propósitos de exhibición para evitar el riesgo de robo en un evento tan concurrido.

Dejó que esa revelación se asentara mientras observaba el rostro de Delacroix transformarse a través de una sucesión veloz de expresiones: conmoción, confusión, luego un cuidadoso reajuste mientras intentaba absorber esta información y replantearse la situación en consecuencia.

—Una réplica —repitió lentamente—. ¿Así que el collar real nunca estuvo en riesgo?

Delacroix aceptó una copa fresca de champán de un mesero que pasaba.

—Una falsificación exhibida tan públicamente mientras la pieza genuina permanece bajo custodia. Bastante brillante, en realidad. ¿Quién intentaría robar lo que ya ha sido protegido?

—Alguien que no sabía que el collar había sido cambiado —respondió Cecily, observando su rostro cuidadosamente—. Alguien que creyó estar robando joyas Romanov genuinas en lugar de bisutería.

Al otro lado del salón, Elsie mantenía una conversación similar con Madame Solange Dubois. Cecily no podía escuchar las palabras específicas, pero observó la reacción de la sombrerera con interés.

La expresión de superioridad sofisticada que Solange mantenía con tanto cuidado se quebró, dando paso a algo que parecía triunfo. Su voz penetrante llegó a todos los rincones del salón, a pesar de su aparente intento de discreción.

—¡Lo sabía! —anunció Solange a sus admiradores—. ¡Le dije a todos que ese collar se veía mal! ¡Los engastes eran demasiado obvios, los diamantes demasiado perfectamente combinados! ¡Solo alguien que no entiende de la verdadera artesanía Romanov se dejaría engañar por una falsificación tan obvia!

A su declaración triunfante le siguió una satisfacción rencorosa. —¡Igual que su dueña! ¡Todo brillo superficial sin nada auténtico debajo! ¡La condesa Vespera ha estado desfilando joyas de imitación y llamándolas reliquias invaluables! ¡Qué fraude!

La crueldad en su voz era palpable. Varios invitados parecían incómodos. El rostro de Vespera palideció, pero mantuvo la compostura con esfuerzo visible.

Solange continuó, envalentonándose con el tema.

—¡Siempre he dicho que esos emigrados que se aferran a la antigua gloria mientras viven en apartamentos destartalados no son más que unos farsantes! ¡Esto prueba todo lo que he sospechado! La gran condesa con sus joyas legendarias. ¡Todo falso, igual que su posición social!

Cecily sintió que la indignación le subía ante esa crueldad innecesaria, pero contuvo su reacción. Dejemos que Solange se exponga. Cuanto más hablaba, más revelaba su verdadero carácter.

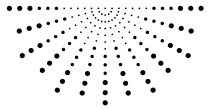
Un hombre apareció junto al codo de Solange. Alto, distinguido, con el aspecto pulcro de alguien que se esforzaba por parecer aristocrático sin que se le notara. Cecily lo reconoció por haberlo

vislumbrado antes: el misterioso acompañante con quien habían visto hablar a Solange durante toda la exhibición. El barón Alphonse, si la información de Bergmann era correcta.

Solange lo apartó a un lado, hablando en un francés rápido y animado que denotaba excitación y urgencia. Su conversación fue breve e intensa, puntuada por miradas hacia Vespera y las salidas.

Entonces, casi al unísono, Delacroix, el barón Alphonse y Madame Solange comenzaron a dirigirse hacia diferentes puertas. Sin correr, nada tan obvio como huir, pero definitivamente avanzando con decisión hacia las salidas.

26
A LA FUGA



Cecily se encontró con la mirada de Bergmann al otro lado del salón de baile. Él había advertido el mismo movimiento. Su leve asentimiento confirmó que habían tendido la trampa con éxito.

Ahora venía la parte bastante más peligrosa. Atrapar a los ratones que habían picado el anzuelo.

—Están huyendo —observó Fenella en voz baja, apareciendo al lado de Cecily con Duchess todavía en brazos—. Tanto Delacroix como ese barón de aspecto sospechoso. No huyen de manera obvia, pero sin duda se están yendo con más rapidez de la que exige la cortesía social.

—Ya me di cuenta.

Cecily recorrió el salón de baile con la vista, evaluando los recursos con los que contaban. Bergmann ya les estaba haciendo señas a los agentes de la Sûreté apostados entre el personal, vestidos de civil. Elsie se había librado de su admirador aristocrático y esperaba lista para entrar en acción. El canónigo Bott rondaba cerca, con el cuaderno apretado contra el pecho como un escudo y una expresión que sugería que estaba a la vez aterrorizado y exaltado.

—¿Qué hacemos? —preguntó el canónigo, con la voz un poco chillona por los nervios—. ¿Los perseguimos? ¿Alertamos a las autoridades? ¿Escribo descripciones dramáticas para dejar constancia más tarde?

—Las autoridades ya están alertadas —respondió Cecily, observando a Bergmann coordinarse con sus colegas franceses—. Pero sospecho que necesitarán ayuda. Estos ladrones han estado operando con éxito durante meses. Tendrán planes de contingencia precisamente para una situación como esta.

—¿Entonces los seguimos? —apareció Elsie, quitándose ya los imprácticos zapatos de noche y cambiándolos por las sensatas botas que, al parecer, había ocultado bajo el dobladillo del vestido—. Porque si vamos a perseguir criminales por París en Nochebuena, yo pienso hacerlo con el calzado adecuado.

—Siempre práctica —aprobó Cecily.

Cecily se volvió hacia Fenella.

—Debería quedarse aquí con la condesa. Va a necesitar apoyo, y alguien tendría que mantener la apariencia de que no está ocurriendo nada fuera de lo común.

—De eso nada —replicó Fenella, categórica—. Sobreviví a tres maridos, una guerra mundial y un sinfín de catástrofes sociales. No voy a perderme el emocionante desenlace por ideas anticuadas sobre el comportamiento apropiado para mujeres de cierta edad. Además, Duchess se ha mostrado extraordinariamente valiente durante todo este asunto. Merece presenciar cómo se hace justicia.

Duchess, acurrucada en los brazos de Fenella, emitió un pequeño sonido que podía haber sido de aprobación o de indigestión. Con los gatos, la interpretación siempre era incierta.

—Muy bien —concedió Cecily, sabiendo que discutir con Fenella en plena modalidad de acorazado de gran dama viuda era inútil—. Pero,

por favor, procure que Duchess no se involucre en una confrontación física real con criminales.

—No prometo nada. Tiene opiniones muy firmes sobre los ladrones.

Pip, percibiendo la aventura, empezó a tirar de la correa con entusiasmo renovado. La cola se le agitaba con el vigor de un terrier al que le hubieran prometido una buena carrera y posiblemente la captura de criminales.

Bergmann cruzó el salón de baile hasta donde estaban ellos, avanzando con rapidez, pero sin aparentar urgencia. Su expresión seguía serena, pero en los ojos tenía la concentración afilada de un cazador que ya había divisado a su presa.

Salieron del salón de baile con toda la discreción posible, aunque eso no resultaba particularmente discreto dado que el grupo incluía a una gran dama viuda aferrada a un gato persa, un canónigo con un cuaderno en la mano y un terrier ladrando de entusiasmo por aquella inesperada aventura nocturna.

Los corredores de servicio del hotel eran bastante menos festivos que el salón de baile; sus paredes lisas y su iluminación funcional contrastaban de forma marcada con el dorado y la gloria que acababan de dejar atrás. Bergmann iba al frente con la seguridad de alguien que había memorizado la distribución del edificio durante el reconocimiento.

—La caja fuerte está en la planta baja —explicó en voz baja—. La administración del hotel la mantiene para los objetos de valor de los huéspedes. El culpable cree que la condesa colocó ahí el collar, siguiendo el consejo de Monsieur Le Ciseleur sobre la seguridad adecuada.

—Supuestamente —repitió Cecily—. Porque el collar verdadero nunca estuvo allí.

—Precisamente. Pero nuestros ladrones no lo saben.

—Me duele la cabeza —susurró el canónigo Bott.

—A mí también —admitió Elsie—. Pero siga caminando y ponga cara de saber adónde va. Así uno se arregla casi siempre en esta vida.

Bajaron por una escalera angosta; sus pasos resonaban contra la piedra desnuda. Las uñas de Pip repiqueteaban con ritmo, y Duchess emitía pequeños sonidos de desagrado aristocrático ante la indignidad de aquellos corredores de servicio.

—Allí —murmuró Bergmann, levantando una mano.

Se pegaron a la pared, asomándose por la esquina hacia un pasillo tenuemente iluminado. Al fondo, una pesada puerta con el rótulo *COFFRE-FORT PRIVÉ* estaba entreabierta, y una luz cálida se derramaba sobre el corredor.

Delante de ella, trabajando en la cerradura, había una figura con el inconfundible vestido y sombrero de Madame Solange.

El vestido era plateado y dorado, y reflejaba la luz como el espumillón navideño. El sombrero, aquella magnífica y absurda creación con aves disecadas en formación de vuelo, se tambaleaba ligeramente mientras la figura se inclinaba sobre su tarea. Al igual que Elsie, también parecía haberse cambiado los tacones altos por algo mucho más apropiado para actividades delictivas, porque debajo de tanta elegancia llevaba zapatos negros muy lustrados y calcetines gruesos.

A Cecily se le cortó la respiración. Los tenían.

—A mi señal —murmuró Bergmann—. Tenemos que atraparlo con el collar en la mano; de lo contrario, podrá alegar curiosidad inocente.

La figura se enderezó, con algo reluciente entre las manos. La puerta de la bóveda se abrió un poco más.

—Ahora —ordenó Bergmann.

Se lanzaron hacia adelante como una unidad coordinada, o tan coordinada como podían lograrlo unos investigadores aficionados cargados con mascotas y cuadernos. Bergmann encabezó la acometida, Cecily justo detrás, Elsie por un costado, y Fenella cerrando la marcha con Duchess sostenida como un escudo peludo.

La figura se volvió al oírlos llegar, y el extravagante sombrero se le ladeó sobre la cara.

—¡Alto! —gritó Bergmann en francés—. ¡Sûreté Nationale!

Pero la figura ya se estaba moviendo, abandonando la bóveda con notable rapidez. Se lanzó hacia ellos y luego viró bruscamente hacia un corredor lateral; el vestido entorpecía su zancada, pero no lo detenía por completo.

—¡Tras ella! —gritó Fenella con un entusiasmo sanguinario.

Fueron tras la figura por el laberinto de pasadizos de servicio del hotel, en una persecución que habría tenido más dignidad si no hubiera incluido a un terrier ladrando de júbilo, un gato persa expresando su desaprobación a viva voz y al canónigo Bott tropezando con sus propios pies mientras intentaba documentar los acontecimientos con fines literarios posteriores.

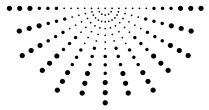
Solange irrumpió por una puerta hacia el vestíbulo principal, todavía aferrada a lo que había tomado de la bóveda. Los huéspedes se apartaban a su paso mientras ella corría, arrastrando tela plateada y plumas del sombrero que se desintegraba. Gritos de sorpresa jalonaban su huida.

—¡Perdón! —jadeó Cecily, esquivando a una pareja escandalizada—. ¡Asunto policial! ¡Lo siento muchísimo!

La gran entrada del hotel se alzaba delante, con las puertas de bronce abiertas a la noche parisina. Solange la atravesó de golpe con la desesperación de un animal acorralado.

27

POR LAS CALLES PARISINAS



Salieron a la calle y vieron a Solange esprintando hacia un automóvil que la esperaba, con el motor ya en marcha.

—Necesitamos transporte —dijo Bergmann, encaminándose ya hacia las puertas principales—. La Sûreté tiene vehículos apostados cerca…

—Tenemos un De Dion —lo interrumpió Cecily—. Y sospecho que puedo conducirlo bastante más rápido que cualquier vehículo policial.

—¿Sabe conducir? —preguntó Bergmann, claramente sorprendido.

—Conduje ambulancias durante la guerra, Herr Doktor. Llevar un automóvil por París es bastante menos difícil que llevar una ambulancia de campaña por caminos franceses llenos de lodo bajo fuego de artillería.

—En ese caso, lady Ashcombe, usted va al frente.

Salieron al anochecer helado de París, con el aliento volviéndose vaho en el aire invernal. Las luces de Navidad centelleaban por toda la ciudad, festivas y hermosas, completamente incongruentes con su desesperada persecución de ladrones internacionales de joyas.

El De Dion estaba donde el personal del hotel lo había dejado antes, con las piezas de bronce reluciendo bajo los faroles. Cecily subió al asiento del conductor mientras Elsie accionaba la manivela del motor. El automóvil arrancó con un rugido satisfactorio.

—Todos adentro —ordenó Cecily—. Puede que esto sea un poco incómodo.

Resultó ser un eufemismo magnífico. Bergmann se apretó en el asiento delantero del acompañante, mientras Elsie, Fenella, el canónigo Bott, Duchess y Pip se amontonaban atrás en una maraña de ropa de noche, pelaje y comentarios nerviosos.

—Esto es tremendamente inapropiado —anunció el canónigo Bott, aplastado entre Fenella y la puerta—. Perseguir criminales por París en Nochebuena en un automóvil. Silas Bellweather nunca hace nada tan temerario. Él es mucho más metódico. Usa el razonamiento deductivo desde la seguridad de su estudio…

—Canónigo —lo interrumpió Elsie con firmeza—. Cállese.

—Claro. Ya me callo.

Cecily pisó el embrague, soltó el freno y se metió en el tráfico parisino con la confianza de alguien que había aprendido a conducir en circunstancias bastante más peligrosas. El De Dion respondió de maravilla, abriéndose paso entre el tráfico nocturno mientras Bergmann los guiaba.

Detrás de ellos, otros vehículos los seguían: agentes de la Sûreté en autos sin distintivos, manteniendo la persecución.

Las calles de París de noche eran un cuadro de contrastes. Luces navideñas brillaban a lo largo de bulevares que habían visto revolución y guerra; elegantes automóviles se abrían paso entre carretas tiradas por caballos; el viejo mundo chocaba con el nuevo en cada cruce. Cecily aferró el volante del De Dion mientras navegaba aquel hermoso caos, mientras sus pasajeros soltaban un torrente constante de comentarios que iban de lo útil a lo histérico.

—¡Ahí! —Bergmann señaló hacia adelante, donde el automóvil fugitivo se abría paso entre el tráfico con temerario abandono—. ¡Van hacia el río!

—Ya lo veo —respondió Cecily con una calma admirable, tomando una curva que hizo que Pip se deslizara por el asiento trasero con un chillido indignado—. Disculpen, todos. Conducir en la guerra era bastante más sencillo cuando una no tenía que evitar peatones.

—¡Ni tranvías! —Elsie se aferró al asiento con los nudillos blancos cuando por poco no chocaron con un tranvía—. ¡Hay un tranvía, milady! ¡Un tranvía muy grande!

—Estoy al tanto del tranvía, Elsie.

La figura en el vehículo fugitivo iba encorvada sobre el volante con desesperada determinación, y el automóvil daba bandazos en las curvas con un abandono temerario.

—No conduce muy bien —observó el canónigo Bott desde su posición aplastada entre Fenella y la puerta—. Y Silas Bellweather jamás haría que su protagonista condujera de manera tan errática durante una secuencia de persecución. No es profesional.

—Silas Bellweather es ficticio —le recordó Fenella mientras, de algún modo, seguía sujetando a Duchess pese a los violentos movimientos del vehículo—. Y probablemente no lleva a un gato persa en el regazo durante escenas de persecución.

—Es un excelente punto. Debería añadirlo al Capítulo Veintitrés.

—Canónigo —dijo Elsie con una paciencia notable, dadas las circunstancias—, si está escribiendo durante una persecución a toda velocidad por París, está haciendo mal ambas cosas.

Cecily aceleró, y el motor del De Dion respondió con un rugido que sugería que estaba disfrutando bastante de aquella aventura. Ganaban terreno sobre el vehículo fugitivo mientras este se

precipitaba por el Boulevard Saint-Germain y los compradores navideños se apartaban como palomas asustadas.

—Van hacia el Pont de l'Alma —anunció Bergmann—. Si cruzan el río, los perderemos en las calles secundarias.

—Entonces no dejaremos que crucen —replicó Cecily, reuniendo toda la determinación que había desarrollado conduciendo ambulancias de campaña por caminos llenos de cráteres de obuses. Había sorteado cosas peores que el tráfico parisino. Aunque, a decir verdad, el bombardeo de artillería había sido más predecible que los conductores franceses.

El automóvil fugitivo intentó un giro brusco; el pánico de su conductor resultó evidente en el bandazo salvaje del vehículo. Cecily igualó la maniobra con mucha más habilidad, y el De Dion respondió espléndidamente a sus manos expertas.

—Se le da muy bien esto, milady —observó Elsie, con su terror inicial transformado en admiración impresionada.

—Gracias. Aunque preferiría no convertirlo en algo habitual.

Ahora estaban acortando distancias, lo bastante cerca para distinguir detalles de la figura que iba adelante. El vestido era sin duda el de Solange. Ese inconfundible plateado y dorado se veía incluso bajo el resplandor de los faroles.

De pronto, el vehículo de adelante cayó en un bache con una fuerza espectacular. El automóvil fugitivo dio un bandazo salvaje mientras Solange intentaba entrar al Pont de l'Alma al tiempo que lidiaba con metros de seda de un vestido de noche que, claramente, no había sido diseñado para fugas criminales. El vehículo coleó, corrigió de más y luego, con un sonido magnífico de metal retorcido y vidrio rompiéndose, se estrelló contra un poste de alumbrado.

Del cofre arrugado salía vapor con un siseo. El conductor seguía aturdido en el asiento, con el vestido extendido a su alrededor en

olas relucientes, y se parecía bastante a un adorno navideño muy confundido que se hubiera caído del árbol.

Cecily detuvo el De Dion con control a unos veinte pies de distancia.

—Bueno —anunció a sus pasajeros—, esa es una forma de terminar una persecución.

—¡Brillante! —el canónigo Bott ya estaba garabateando—. ¡La soberbia del villano conduce a su caída! ¡Derribado por su propia velocidad excesiva y sus pésimas decisiones de vestuario!

—Canónigo —dijo Bergmann mientras bajaba del vehículo—, por favor deje de narrar y ayúdeme a detener al criminal.

Pero Solange ya estaba abandonando el automóvil destrozado, recogiéndose la falda de seda con un pragmatismo notable y echando a correr hacia la ribera. A pesar del vestido y el sombrero, se movía con velocidad desesperada, rumbo a la oscuridad más allá del puente, donde la ribera del Sena ofrecía rutas de escape hacia el laberinto de calles de París.

—¡Tras ella! —ordenó Fenella—. ¡No dejen escapar a ese sinvergüenza!

Pip no necesitó ningún estímulo. El terrier se lanzó de los brazos de Elsie con un ladrido jubiloso, con las patitas moviéndose a toda velocidad mientras salía en persecución.

—¡Pip, espera! —gritó Cecily, pero el terrier ya era una mancha marrón y blanca que desaparecía en la oscuridad.

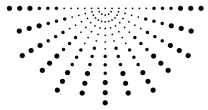
La improvisada compañía salió a trompicones del De Dion en distintos grados de preparación. Bergmann encabezó la carga con eficiencia profesional, y Cecily le pisó los talones. Elsie fue detrás. Fenella cerraba la marcha, arreglándoselas de algún modo para correr mientras cargaba a Duchess, que observaba todo con un magnífico desdén felino ante aquel indigno caos humano.

El canónigo Bott tropezaba detrás de todos, todavía aferrado a su libreta, ofreciendo comentarios innecesarios sobre el ritmo adecuado de una secuencia de persecución.

Detrás de ellos, la Torre Eiffel se alzaba iluminada contra el cielo nocturno, con sus luces de Navidad en espiral trepando por la estructura de hierro como un faro que los llamara hacia su confrontación final.

28

LA PERSECUCIÓN CONTINÚA (Y SUBE)



Pip alcanzó primero a la fugitiva Solange, aferrándose con determinación de terrier a un faldón de seda que iba arrastrando. La tela se rasgó con ese sonido de destrucción costosa, y la fugitiva trastabilló. Se soltó de una patada, perdió un zapato en el proceso y siguió con su huida desesperada.

—¡La torre! —gritó Bergmann—. ¡Va hacia la torre!

En efecto, la huida de Solange había cobrado un propósito claro y se dirigía hacia la base de la Torre Eiffel, donde todavía se reunían las multitudes navideñas a pesar de lo avanzado de la hora. La cobertura perfecta para una ladrona que intentaba esfumarse en la noche parisina.

A Cecily le ardían los pulmones mientras corría, pero su entrenamiento en hospitales de campaña volvía a aflorar. Había corrido en condiciones peores, por campos embarrados bajo fuego de artillería, cargando hombres heridos que pesaban el doble que ella. Una criminal fugitiva en vestido de noche era, en comparación, casi un paseo.

Aunque deseó, más bien, haber elegido un atuendo menos ridículo. Era difícil mantener la debida seriedad de una investigación mientras ella misma iba vestida de lentejuelas.

Solange llegó a la base de la torre y se lanzó entre la multitud navideña con la desesperación de una zorra buscando la madriguera. Pero Pip era implacable, y sus ladridos alertaban a todo el mundo del paso de la figura que huía. Los turistas se apartaron, los niños señalaron y los gendarmes apostados cerca de los ascensores advirtieron el alboroto.

La torre se alzaba ante ellos, iluminada contra el cielo nocturno como un faro. Las luces de Navidad se enroscaban en espiral por su entramado de hierro, transformando la controvertida estructura de Eiffel en algo casi mágico. Miles de turistas atestaban la base, hacían fila para los ascensores, recorrían los jardines y tomaban fotografías bajo el monumento más famoso de Francia.

—¡Deténganla! —gritó Bergmann en francés—. ¡Policía! ¡Deténganla!

Aquella orden, lanzada con autoridad germánica a una multitud de civiles franceses en Nochebuena, provocó, como era de esperar, un caos total. Algunas personas intentaron ayudar. Otras asumieron que se trataba de teatro callejero. Varios turistas empezaron a tomar fotografías, al parecer convencidos de que aquello era alguna tradición navideña parisina que incluía persecuciones dramáticas y criminales excesivamente elegantes.

Se internaron en la multitud navideña: aristócratas vestidos de noche y un terrier resuelto pisándole los talones a una criminal que no tenía la menor idea de lo que se le venía encima.

Cecily ofreció una breve plegaria mientras se abrían paso, algo que su padre le había enseñado: perseguir con justicia, pero sin olvidar la misericordia. Luego se acomodó el vestido y se preparó para la confrontación que la aguardaba bajo las luces centelleantes de la Torre Eiffel en Nochebuena.

Detrás de ellos, el canónigo Bott murmuraba algo que sonaba a plegarias o a apuntes argumentales para la próxima aventura de Silas Bellweather. Posiblemente ambas cosas al mismo tiempo.

La torre se alzaba sobre ellos, hierro, luz e historia, dando testimonio de su improbable persecución de la justicia por el corazón reluciente de París.

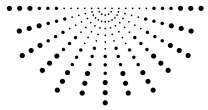
Y en algún punto más adelante, una ladrona estaba a punto de descubrir que robarles a emigrados desesperados no saldría impune, incluso en la Ciudad de la Luz en Navidad.

Sobre todo cuando esas consecuencias incluían a la hija de un vicario que condujo ambulancias durante la guerra, a una doncella personal que había reducido a criminales profesionales a la obediencia con sábanas, a una gran dama viuda con tres maridos muertos y una moral discutible, y a un Jack Russell terrier muy decidido.

La persecución, pensó Cecily, había comenzado de manera oficial.

29

MADAME CRIMINAL



La celosía de hierro de la Torre Eiffel se alzaba sobre sus cabezas, y las luces de Navidad transformaban el polémico monumento en una maravilla reluciente contra el cielo invernal. La multitud se hacía más densa mientras Solange se abría paso entre turistas y juerguistas nocturnos, con el vestido plateado y dorado atrapando la luz como un cometa en fuga.

—¡Las escaleras! —jadeó Bergmann, señalando hacia donde la figura abandonaba la atestada fila del ascensor para dirigirse, en cambio, a la escalera sur de la torre—. ¡Está subiendo!

—Claro que sí —resolló Elsie—. Porque huir por un terreno llano sería demasiado sensato.

Las escaleras se enroscaban hacia arriba por la armazón de hierro de la torre, y cada peldaño desafiaba toda lógica. La fugitiva subía con energía frenética, entorpecida por metros de vestido de noche, pero impulsada por una desesperación que trascendía las limitaciones de la moda.

Cecily se lanzó escaleras arriba a la carrera, y sus piernas curtidas por la guerra encontraron el ritmo pese a los zapatos de noche. Detrás de ella sonaban los ruidos de la persecución: la pisada acompasada de Bergmann, la respiración decidida de Elsie, los pasos

sorprendentemente ágiles de Fenella, los comentarios jadeantes del canónigo Bott y el entusiasta trepar de Pip.

Los escalones de hierro resonaban bajo sus pies mientras subían, y cada pisada retumbaba por toda la estructura de la torre. Las luces de Navidad se enroscaban hacia arriba junto con ellos, proyectando sombras dramáticas a través de la celosía que convertían la persecución en algo cercano a lo teatral. Abajo, París se extendía en un esplendor reluciente, con el Sena reflejando mil luces mientras la ciudad celebraba la Navidad con una sublime indiferencia hacia el drama que se desarrollaba en su monumento más famoso.

Subieron y subieron, mientras la escalera se enroscaba por el esqueleto de hierro hacia el mirador del segundo piso. La fugitiva que iba delante mantenía su paso desesperado a pesar de los metros de seda plateada y dorada que entorpecían cada movimiento. El magnífico vestido, tan elegante en el salón de baile, se había convertido en una prisión elaborada, enganchándose en las barandas y enredándose alrededor de las piernas con cada zancada frenética.

Los escalones de hierro seguían multiplicándose bajo sus pies, cada uno una pequeña victoria. A través de la estructura enrejada, los destellos de París continuaban brillando con indiferencia, como si el gran robo y las persecuciones de medianoche no fueran más que notas al pie del glamour eterno de la ciudad.

Más y más arriba, los huesos de hierro de la torre los rodeaban como una catedral navideña construida para gigantes. El viento silbaba entre los hierros, trayendo los sonidos lejanos de la celebración desde las calles de abajo, donde los parisinos de a pie disfrutaban de la Nochebuena con bastante menos emoción criminal.

La fugitiva empezaba a flaquear; el vestido se volvía cada vez más problemático. Al llegar al rellano de la segunda plataforma, Solange tropezó y se sostuvo de la baranda. El magnífico sombrero por fin se dio por vencido en su batalla contra la gravedad y cayó de su

cabeza, mientras las aves disecadas descendían en espiral por la estructura de hierro como ángeles confundidos.

Y en ese momento, cuando el sombrero cayó y la figura se volvió para comprobar la posición de sus perseguidores, Cecily vio con claridad su rostro bajo las luces navideñas.

No era Madame Solange Dubois.

Sino Monsieur Théodore Delacroix.

El consultor veterinario jadeaba junto a la baranda del rellano, con el vestido de Solange inflándose a su alrededor en un esplendor plateado y dorado, el distinguido cabello gris de las sienes revueltcon el rostro hecho un compuesto de desesperación acorralada y profunda vergüenza.

Cecily se detuvo tres escalones por debajo de él, con su propia respiración agitada pero controlada. Los demás la alcanzaron y formaron un semicírculo que bloqueó cualquier ruta de escape escaleras abajo.

—Monsieur Delacroix —dijo Cecily cuando recuperó suficiente aliento —. Debo decirle que ese vestido no le sienta ni la mitad de bien que a Madame Solange.

Delacroix alzó la caja del collar, cerrada con llave, con el brazo extendido sobre la baranda de hierro. El pequeño estuche colgaba sobre la noche parisina, con cientos de pies de aire vacío entre él y la escena reluciente de abajo.

—Un paso más —jadeó, con el pecho agitándose bajo el destrozado vestido plateado—, y lo suelto. Las Joyas de la Corona, precipitándose hacia un final hecho añicos. Perdidas para siempre para Francia y sus aliados.

Cecily se inmovilizó, con una mano aferrada al pasamanos de hierro. Detrás de ella, los demás también se detuvieron, quedando

inmóviles como en un cuadro congelado contra las luces navideñas que trepaban por la estructura de la torre.

Bergmann avanzó con cuidadosa deliberación, con la expresión intacta. Cuando habló, su voz llevaba el tono llano e impasible de un hombre que había visto a demasiados criminales desesperados intentar demasiados gestos teatrales.

—Monsieur Delacroix —dijo—, lo animo a hacerlo. Por favor, deje caer el estuche.

La expresión de Delacroix vaciló; la confusión reemplazó a la desesperación.

—¿Qué?

—Suéltela —repitió Bergmann, cada palabra, precisa y contundente —. Una caja vacía no sería una gran pérdida. Aunque imagino que el Sena ha visto basura más extraña a lo largo de los siglos.

El brazo del asesor veterinario vaciló, y su agarre sobre el estuche se aflojó apenas un poco. Miró a Bergmann con la expresión desconcertada de un hombre cuya última carta acababa de quedar sin valor.

—¿Vacía?

La palabra salió apenas por encima de un susurro.

—Completamente —confirmó Cecily con suavidad, subiendo un escalón más—. Ha estado persiguiendo sombras, Monsieur Delacroix. No hay ningún collar en la caja; no era más que el Camembert en la ratonera para hacerlo salir.

Delacroix bajó la vista hacia la caja de terciopelo en su mano como si se hubiera convertido en algo incomprensible. Le temblaban los dedos sobre la tela; años de planes meticulosos y maniobras desesperadas se desmoronaban en ese instante de revelación.

Despacio, con los movimientos vencidos de un hombre que se había quedado sin opciones, retiró el brazo de encima de la barandilla y apretó la caja contra el pecho. El vestido plateado relucía bajo las luces navideñas y daba a su rendición un aire de ópera trágica.

—No entiendo —dijo en voz baja, aunque no estaba claro si se lo decía a ellos o a sí mismo.

El viento silbaba a través de la estructura de hierro de la torre, arrastrando sonidos lejanos de celebración parisina. Abajo, la ciudad continuaba con sus festejos navideños, totalmente indiferente al pequeño drama que se desarrollaba en las frías alturas.

Elsie, desde su posición junto al canónigo Bott, dejó escapar un pequeño sonido de satisfacción.

—A esto le llamo yo dejar en evidencia un farol como Dios manda.

—En efecto —convino Fenella, ajustando el modo en que sostenía a Duchess, que observaba la escena con compostura felina—. Aunque debo decir que ver a un hombre hecho y derecho amenazándonos mientras lleva puesto el vestido de noche de Madame Solange reduce bastante el impacto dramático.

—Fotheringill sin duda diría que es influencia extranjera —bromeó el canónigo Bott.

Los hombros de Delacroix se hundieron, y la lucha se le escapó tan por completo como el aire de un neumático pinchado. Extendió el estuche de terciopelo hacia Bergmann con manos que temblaban por el agotamiento, el frío o quizá por el peso de su propio fracaso.

—Tome —dijo simplemente—. Tómelo. Tome todo. Estoy acabado.

Bergmann aceptó el estuche con cortesía profesional, lo abrió para confirmar que estaba vacío y lo cerró de nuevo con un chasquido decisivo que pareció marcar el final de la carrera criminal de Delacroix.

—Sí —convino en voz baja el investigador alemán—. Más bien creo que sí. Ahora lo único que falta es que nos diga dónde está el collar verdadero.

Delacroix bajó la vista hacia sí mismo, hacia la incongruente imagen de su cuerpo masculino envuelto en alta costura, y soltó una risa. Fue una risa amarga y agotada, pero genuina.

—Supongo que las explicaciones no tienen mucho sentido a estas alturas, ¿verdad? —preguntó en un inglés impecable.

—Serían de agradecer —respondió Bergmann, subiendo los últimos escalones con su identificación extendida—. Aunque no impedirán su arresto.

Delacroix se desplomó contra la barandilla, y toda resistencia pareció abandonarlo de golpe.

—No supe nada del cambio de la bóveda —dijo en voz baja—. De verdad creía que el collar estaba allí para tomarlo. Cuando su dramático anuncio reveló que lo habían puesto a salvo en otro sitio, pensé que todo había fallado. Entonces la doncella —asintió hacia Elsie con un respeto fatigado— mencionó delante de Madame Solange que el collar exhibido era falso.

—Lo cual era, en sí mismo, mentira —dijo Cecily con suavidad—. El collar nunca estuvo en la bóveda. Todo lo demás fue un teatro elaborado para obligarlo a revelarse.

—Brillante —admitió Delacroix—. Absolutamente brillante. Casi me impresiona lo estúpido que fui. —Hizo un gesto hacia el vestido con ironía agotada—. Cuando oí por casualidad dónde habían asegurado el supuesto collar auténtico, supe que esta era mi última oportunidad. Todo el tiempo tuve escondido el verdadero, y nadie sospechó de mí.

Delacroix continuó, con la voz cargada a partes iguales de vergüenza y desesperación.

—Madame Solange, que Dios bendiga su alma, no esperaba que la abordaran al salir, y yo no tengo por costumbre desvestir a mujeres inocentes, pero la necesidad obliga. Solo tomé prestadas sus cosas, pensando que el disfraz desviaría las sospechas hacia otra parte. Viéndolo en retrospectiva, quizá fue un tremendo error.

—¿Ah, sí? —murmuró Elsie.

—¿Dónde está el collar verdadero ahora? —exigió Bergmann—. ¿La pieza Romanov genuina?

—¿Y Vespera? —preguntó Cecily con suavidad.

Los hombros de Delacroix se hundieron. Cuando comenzó a hablar, su voz arrastraba el agotamiento de un hombre que había llevado secretos demasiado pesados durante demasiado tiempo.

—El príncipe Yuri se me acercó hace varios meses —dijo en voz baja, con los ojos fijos en las luces distantes de París, allá abajo—. Para entonces ya estaba establecido en círculos de la aristocracia emigrada. Junto con sus conexiones, mi trabajo veterinario me daba acceso precisamente a las personas que su red tenía como objetivo. Aristócratas desesperados que se aferraban a su antigua gloria mediante mascotas carísimas y los últimos objetos de valor que habían logrado sacar de Rusia.

El viento silbaba a través de la estructura metálica de la torre.

—Era encantador, ¿entiende? Absolutamente encantador. Hablaba de comprensión compartida entre hombres que habían visto la devastación de la guerra. Hablaba de cómo las viejas jerarquías habían destruido Europa, cómo las disputas aristocráticas por tierra y propiedad habían enviado a millones a la muerte mientras los ricos mantenían sus posiciones cómodas. —La voz de Delacroix delataba un amargo reconocimiento—. Todo lo que decía resonaba con verdades que yo mismo había estado pensando durante años.

Cecily permaneció inmóvil, dejándolo hablar, reconociendo en él esa urgencia de confesar que surge cuando alguien queda atrapado

entre sus decisiones y sus consecuencias.

—Me ofreció entrar en la alta sociedad —continuó Delacroix—. Presentaciones con coleccionistas que pagarían fortunas por tesoros de los Romanov. Sugirió que podríamos redistribuir la riqueza que los aristócratas atesoraban mientras la gente común se moría de hambre. Lo hizo sonar casi noble, como si fuéramos Robin Hood en lugar de ladrones comunes.

—¿Y las riquezas incalculables? —preguntó Bergmann en voz baja.

—Ah, sí, esas también. —La risa de Delacroix fue hueca—. Prometió riquezas inimaginables. Suficiente para no preocuparse nunca más por el dinero, para reconstruir lo que la guerra había destruido. Para recuperar todo lo que había perdido.

Se volvió para enfrentarlos completamente, sus rasgos distinguidos, demacrados bajo las luces navideñas.

—Perdí todo en la guerra —dijo, con voz cruda—. Mi consulta veterinaria, quemada durante el avance alemán. Mi casa, destruida por la artillería. Mi esposa... —Su voz se quebró—. Murió durante la epidemia de gripe mientras yo estaba en el frente atendiendo caballos heridos, sin poder llegar a su lado, sin poder hacer nada. Cuando finalmente regresé, no quedaba nada. Nada excepto deudas y recuerdos y rabia contra un mundo que había sacrificado todo lo que amaba por orgullo aristocrático y ambiciones imperiales.

La confesión quedó suspendida en el aire frío entre ellos. Cecily sintió compasión, pues comprendía el dolor que empujaba a hombres buenos hacia decisiones terribles, aun reconociendo que ese dolor no excusaba robarles a otros igual de desesperados.

—La jerarquía, la aristocracia —continuó Delacroix, su voz se fortaleció con la ira del recuerdo—, nos enviaron a morir en sus guerras, a sacrificarlo todo por sus disputas territoriales y matrimonios dinásticos. Y cuando regresamos destrozados, no ofrecieron nada más que caridad y condescendencia. Mientras tanto,

huían de las revoluciones con joyas cosidas en sus enaguas, acumulando riqueza mientras los veteranos morían de hambre en las calles.

—Así que la venganza lo impulsó —dijo Cecily con suavidad—. Venganza contra una clase a la que culpaba por sus pérdidas.

—Sí —la admisión emergió simple y devastadora—. Cuando Yuri me ofreció la oportunidad de tomar de ellos lo que le habían quitado a todos los demás, acepté. Me pareció justicia. Como equilibrar una balanza que había estado inclinada contra la gente común durante siglos.

La expresión de Bergmann permaneció profesionalmente neutra, pero Cecily detectó simpatía bajo su máscara de investigador. Un detective alemán que sin duda había visto devastación similar, que entendía cómo la guerra transformaba a hombres buenos en hombres desesperados.

—¿Y la condesa Vespera? —preguntó Cecily con suavidad, temiendo la respuesta pero necesitando escucharla completa—. ¿Cómo pudo su propia sangre atacarla así?

El rostro de Delacroix se descompuso con angustia genuina.

—¡De verdad me caía bien, tras toda su pompa y ceremonia! —protestó Delacroix con una honestidad apasionada que sonaba verdadera a pesar de todo—. ¡Eso era lo insoportable! Es amable, valiente, que se aferra a la dignidad a pesar de haberlo perdido todo. La admiraba enormemente mientras planeaba dejarla sin nada. La contradicción era insoportable. —Rió amargamente—. Soy veterinario, por el amor de Dios. Curo animales. Y de algún modo me convertí en un ladrón de joyas que se aprovecha de mujeres desesperadas. La guerra cambia a las personas, lady Ashcombe. No siempre para mejor.

El silencio cayó sobre el grupo, roto solo por los sonidos distantes del jolgorio parisino y el jadeo de Pip. Hasta Duchess se había

quedado callada, quizá percibiendo el peso del momento.

—La guerra nos cambió a todos —dijo Cecily finalmente—. Pero eso no excusa lo que ha hecho. La condesa Vespera confió en usted. Usted explotó la desesperación de ellos para su propio beneficio, sin importar cuáles fueran sus intenciones o arrepentimientos.

—Lo sé. —Delacroix se enderezó, cuadrando los hombros bajo el ridículo vestido de noche con algo que se acercaba a la dignidad—. Estoy preparado para enfrentar las consecuencias. Aunque agradecería la oportunidad de cambiarme de ropa antes de ser arrestado formalmente. Un hombre debe conservar algo de dignidad al enfrentarse a la justicia.

—De acuerdo —dijo Bergmann con sequedad—. Aunque debo insistir en que permanezca bajo vigilancia mientras se cambia de ropa. No más fugas, por favor. Ya subí suficientes escaleras para una sola noche.

Delacroix aceptó, tironeándose el corpiño plateado con visible alivio.

—Aunque confieso que la mecánica de quitarse esto presenta ciertos desafíos. Madame Solange, cualesquiera que sean sus otros defectos, claramente cree en la importancia de los cierres seguros.

—Creo que mi humillación final incluye requerir asistencia para quitarme ropa de mujer robada en la cima de la Torre Eiffel mientras estoy bajo arresto. La noche va de mal en peor.

—Puedo ayudar con los botones —ofreció Elsie, adelantándose ya con el aire eficiente de una doncella ante una tarea familiar—. Aunque debo mencionar que hago esto únicamente por practicidad y no porque les tenga simpatía a los ladrones de joyas, sin importar su servicio de guerra o tragedias personales.

—Tomo nota de su compasión —respondió Delacroix con sequedad, dándole la espalda para mostrarle los broches abrochados a toda prisa.

Lo absurda que era la escena no pasó desapercibido para nadie. Un consultor veterinario en desgracia, ataviado de alta costura, siendo desvestido por una doncella inglesa en un monumento parisino mientras investigadores y testigos observaban con diversos grados de vergüenza y diversión.

—Si pudiera dejar de moverse —instruyó Elsie con firmeza—, Esto iría considerablemente más rápido.

—Disculpas. El vestido es notablemente incómodo en la zona de los hombros. Madame Solange aparentemente tiene proporciones diferentes a las mías.

—La mayoría de las mujeres las tiene diferentes —observó Fenella desde su posición contra la barandilla, con Duchess todavía acunada en sus brazos—. Los hombres están completamente mal hechos para el atuendo de noche. Con todos esos hombros anchos y sin el corsé adecuado.

Los botones se rindieron uno por uno al ataque determinado de Elsie, revelando que debajo del magnífico vestido plateado, Delacroix había conservado su camisa de etiqueta y sus pantalones de noche. Algo práctico, aunque bastante abultado bajo toda esa seda.

—Listo —anunció Elsie, desabrochando el último botón—. Levante los brazos, por favor.

La seda plateada y dorada se deslizó sobre su cabeza con un susurro de tela costosa, dejando su cabello despeinado y su dignidad completamente comprometida.

Se quedó de pie en el descanso de la torre en mangas de camisa y pantalones de noche, el magnífico vestido acumulándose a sus pies como metal fundido, el sombrero de ave preservada tirado varios metros más allá donde había caído antes.

—Gracias —dijo en voz baja, alisando su camisa con tanta dignidad como las circunstancias lo permitían—. Esto es considerablemente más cómodo.

Bergmann había estado observando este procedimiento con la expresión paciente de alguien esperando que las cortesías sociales concluyeran para que el trabajo policial real pudiera reanudarse.

—Ahora que está apropiadamente vestido, Monsieur Delacroix, quizás podríamos discutir la ubicación del verdadero collar Romanov.

Delacroix se pasó los dedos por el cabello despeinado, intentando devolverle algo de orden a su dignidad canosa.

—Está escondido en mi maletín veterinario —admitió—. El grande de cuero en la sala de equipamiento adyacente al salón de exhibición. Fondo falso, bastante obvio una vez que uno sabe dónde buscar. Pensé que estaba siendo ingenioso, escondiendo joyas valiosas entre medicina para gatos e instrumentos quirúrgicos. Pensándolo bien, quizás no fue mi idea más brillante.

—Pocas cosas de esta noche califican como brillantes —observó Cecily con gentileza—. Aunque debo decir que su disfraz improvisado fue ciertamente memorable.

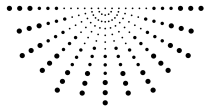
—Eso no fue tanto improvisado como fruto de la desesperación —corrigió Delacroix—. Me encontré con Madame Solange saliendo por la entrada de servicio, pensando que simplemente le pediría prestado el vestido con suavidad y encanto. Ella se negó. Enfáticamente. Hubo un forcejeo poco digno en un armario de ropa blanca antes de que lograra quitarle el vestido de noche sin llegar a agredirla técnicamente. Sospecho que todavía pueden encontrarla allí dentro en enaguas.

—Eso describe perfectamente una agresión —señaló Bergmann.

—Agréguelo a mi creciente lista de cargos.

30

UN FINAL HELADOR



Delacroix se había rodeado el cuerpo con los brazos para protegerse del frío, mientras la fanfarronería de antes se le escurría junto con el calor corporal. Sin las capas del vestido, el viento de diciembre le atravesaba la camisa con una eficacia despiadada.

—Tome.

Cecily se quitó el broche de la capa de noche, de cálido terciopelo forrado de seda, y se la puso sobre los hombros.

—Si no, va a agarrar una pulmonía, y eso complicaría el proceso legal.

Él la miró con una sorpresa que se transformó en algo parecido a la gratitud.

—Gracias, Lady Ashcombe. Eso es... inesperadamente amable, dadas las circunstancias.

—La bondad y la justicia no son mutuamente excluyentes —respondió Cecily, haciéndose eco una vez más de las enseñanzas de su padre—. Ha hecho cosas terribles, Monsieur Delacroix, pero sigue

siendo un ser humano que merece una dignidad básica. De eso se trata, precisamente, la civilización.

—Su padre le enseñó bien.

—En efecto.

Pip eligió ese momento para acercarse a Delacroix y olfatearlo con entusiasmo inquisitivo. El terrier alzó la vista hacia el veterinario venido a menos y, en un momento de juicio canino que trascendía el entendimiento humano, movió la cola con una simpatía amistosa.

—Hasta su perro se compadece de mí —observó Delacroix con humor cansado—. Esto sí que es tocar fondo, ¿no?

—Pip se compadece de todo el mundo —respondió Cecily—. Es su cualidad más encantadora y también la más desesperante.

Se volvió hacia Bergmann.

—¿Qué ocurre ahora?

—Ahora recogemos a nuestro ladrón, recuperamos las pruebas que queden, ponemos el collar auténtico a buen recaudo y se lo devolvemos a su legítima dueña, y nos coordinamos con la Sûreté para desentrañar el resto de la red del príncipe Yuri. Con el testimonio de Monsieur Delacroix, podremos identificar a los otros conspiradores y recuperar más bienes robados.

Fijó una mirada severa en Delacroix.

—¿Cooperará plenamente?

—Por completo —aceptó Delacroix—. Francamente, estoy harto de la vida criminal. Es considerablemente más estresante que curar gatos heridos.

Bergmann hizo un gesto hacia las escaleras.

—¿Vamos? Creo que tenemos criminales que recoger, pruebas que asegurar y a un personal del hotel sumamente confundido al que

tranquilizar. Además de sacar a Madame Solange del armario de blancos en el que esté metida en este momento.

Empezaron a bajar, con Delacroix caminando en el centro del grupo, envuelto en la capa de Cecily, mientras sus pies descalzos repiqueteaban en los escalones de hierro. Las luces de Navidad se enroscaban en espiral hacia abajo junto a ellos, bañando su extraña procesión en una alternancia de sombra y resplandor.

Pip trotaba a su lado con el aire satisfecho de un terrier que había perseguido criminales escaleras arriba en monumentos famosos. Duchess, todavía acunada en los brazos de Fenella, observaba la escena con una magnífica indiferencia felina ante el drama humano.

—Esto saldrá sin falta en los periódicos de mañana —observó Fenella alegremente—. Distinguido consultor veterinario arrestado con vestido de noche de señora tras dramática persecución por la torre. Las columnas de sociedad van a ser extraordinarias.

—Por favor —gimió Delacroix, apretándose más la capa de Cecily alrededor del cuerpo—. Mi humillación ya es completa. ¿De verdad tiene que predecir también su perpetuación?

—Solo lo preparo para lo inevitable —repuso Fenella—. Es mejor aceptar la vergüenza con elegancia que luchar contra la marea imparable de los chismes parisinos.

—Ese es un consejo extrañamente filosófico viniendo de alguien que evidentemente disfruta de mi desgracia.

—Soy un ser complejo, Monsieur Delacroix. El schadenfreude y la sabiduría no son mutuamente excluyentes.

Descendieron por la estructura de hierro de la torre, una procesión improbable unida por el crimen, la compasión y la peculiar camaradería que nace de compartir un absurdo.

—Es un poco triste, ¿verdad? —murmuró Elsie a Cecily mientras bajaban con cuidado—. En el fondo parecía bastante decente,

debajo de tantos robos y engaños.

—La guerra les hizo cosas terribles a personas buenas —convino Cecily en voz baja—. No todos sobrevivieron intactos, aunque regresaran vivos a casa.

El canónigo Bott seguía garabateando frenéticamente, con el cuaderno casi lleno.

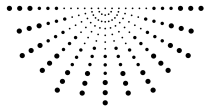
—Esto es material magnífico —susurró, casi sin aliento—. El profesional respetable reducido por las circunstancias y por sus malas decisiones, intentando redimirse mediante nuevos delitos, y al final atrapado gracias a una labor detectivesca ingeniosa y elaboradas trampas psicológicas. ¡El editor de Silas Bellweather va a quedar encantado!

—Canónigo —dijo Cecily con suavidad—, quizá podríamos volver al hotel antes de que empiece a planear la adaptación teatral.

—Claro. Sí. Primero el hotel, la adaptación teatral después.

31

EL VIAJE DE REGRESO



El viaje de regreso por París fue mucho más tranquilo que la frenética persecución. Cecily conducía el De Dion con mano firme mientras sus pasajeros dormitaban, procesaban los acontecimientos o, en el caso del canónigo Bott, continuaba tomando notas a la luz de los faroles.

La ciudad resplandecía a su alrededor, las celebraciones navideñas continuaban ajenas al drama que acababa de concluir bajo la torre de hierro. Las iglesias hacían sonar sus campanas. Las ventanas de los cafés brillaban con luz cálida y la promesa de vino y risas.

Cecily pensó en las palabras de Delacroix sobre hombres buenos conducidos al crimen por las circunstancias y la desesperación. Pensó en la condesa Vespera, que había perdido todo pero mantenía la dignidad y el coraje. Pensó en la compleja red de desesperación humana que empujaba a la gente a aprovecharse unos de otros incluso mientras proclamaban amistad y respeto.

—Está pensando cosas profundas, milady —observó Elsie desde el asiento del acompañante.

—Solo reflexiono sobre la naturaleza humana —respondió Cecily—. Y sobre cómo las circunstancias pueden empujar incluso a personas decentes hacia decisiones terribles.

—Así es. Aunque noto que no dejó que la compasión le impidiera atraparlo.

—La misericordia y la justicia no son contradictorias —dijo Cecily, haciendo eco de las enseñanzas de su padre—. Podemos compadecernos de sus luchas y a la vez hacerlo responsable de sus actos. Esa es la diferencia entre la civilización y el caos.

—Muy filosófico, milady. Su padre estaría orgulloso.

Cecily sonrió, esperando que fuera cierto. Pensó que él habría aprobado su trabajo de esa noche: llevar a un ladrón ante la justicia sin perder la dignidad humana ni la compasión. Ese equilibrio que su padre siempre había buscado entre el juicio justo y la misericordia cristiana.

También quedaba una indignidad más que deseaba ver resuelta, aunque no estaba segura de cómo podría suceder. Elevando una oración silenciosa, lo dejó firmemente en manos de Dios.

El hotel apareció adelante, su fachada resplandeciente con luces navideñas. La gala probablemente aún continuaba, con aristócratas y aficionados a los gatos felizmente inconscientes de la resolución dramática que había tenido lugar al otro lado del río, bajo la Torre Eiffel.

—Muy bien —anunció Fenella cuando Cecily detuvo el De Dion frente a la entrada—. ¿Quién va a explicarle a la condesa Vespera que su asesor veterinario de confianza ha sido arrestado mientras lucía el vestido de noche de Madame Solange?

Un silencio siguió a la pregunta.

—Quizás —sugirió el canónigo Bott con vacilación— podríamos suavizar el golpe mencionando que de verdad le agradaba a pesar de toda la situación de traición y robo.

—Canónigo —dijo Elsie con admirable paciencia—, esa es posiblemente la peor sugerencia que ha hecho en toda la noche, lo

cual es verdaderamente impresionante dada la competencia.

—Entendido. Ahora me quedaré callado.

Entraron en el hotel y encontraron la gala aún en pleno apogeo, justo a tiempo para el anuncio final del gato ganador. Ciseleur estaba cerca de la entrada, bastante más desaliñado que antes pero con una expresión de alivio que sugería que el evento había proseguido sin catástrofes adicionales.

—¡Lady Ashcombe! —exclamó al verlos—. ¿Nos llegaron rumores de cierto alboroto que involucraba la Torre Eiffel y a un criminal con vestido de noche?

—Todo resuelto —le aseguró Cecily—. Aunque me temo que Madame Solange necesitará que le limpien el vestido de manera profesional. Ha tenido una noche difícil.

—Madame Solange —dijo Le Ciseleur con particular énfasis— ha sido descubierta en un armario de blancos, extremadamente vocal sobre las indignidades sufridas. Al parecer, alguien que coincidía con la descripción de Monsieur Delacroix la sometió esta noche, le robó el vestido y los accesorios, y la dejó encerrada.

—Qué absolutamente espantoso —dijo Fenella con evidente deleite —. Debió de ser una humillación espantosa para ella.

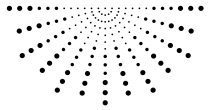
—Amenaza con demandar a todos, desde la gerencia del hotel hasta el Arzobispo de París. —Le Ciseleur suspiró—. Mañana será complicado.

—En efecto —coincidió Cecily con suavidad—. Pero hoy, parece que regresamos justo a tiempo.

Monsieur Le Ciseleur asintió y regresó al Grand Salon, donde la mesa de los jueces estaba decorada con acebo y cinta dorada. Se situó en el centro con el aire de quien había sobrevivido a una revolución inesperada.

32

Y LA GANADORA ES...



Los invitados reunidos se apretujaban hacia adelante, con la ropa de noche un poco desarreglada tras horas de celebración y las copas de champaña reflejando las luces navideñas mientras aguardaban el anuncio final. Los concursantes felinos que quedaban ocupaban sus espacios de exhibición con mayor o menor serenidad, aunque varios se veían francamente maltrechos después de la agitación de la velada.

Le Ciseleur alzó las manos para pedir silencio, con una expresión que mezclaba por igual alivio y expectación teatral.

—Mesdames et messieurs, distinguidos invitados, ¡es para mí un honor anunciar a la ganadora de la *Grand Exposition Féline de Noël*! —Su voz recorrió el salón de baile—. La competencia de este año ha sido extraordinaria en todos los sentidos posibles, algunos más agradables que otros, pero nuestros jueces han llegado a una decisión unánime.

La expectación creció. La condesa Vespera estaba junto a Tsar Nicholas con una compostura regia a pesar de las pruebas de la noche, sus zafiros centelleando bajo las arañas. Lady Fenella Crowthorne mantenía su lugar cerca de Duchess, con el rostro

neutro, aunque los dedos le temblaban levemente contra la copa de champaña.

—El campeonato se otorga a... —Le Ciseleur hizo una pausa con magistral sentido del suspenso— la magnífica Duchess de Crowthorne.

Estallaron los aplausos. Fenella permaneció completamente inmóvil durante un instante nítido como el cristal, con el rostro impenetrable, mientras Cecily la observaba asimilar que había ganado que había perseguido con tan singular determinación.

Entonces lady Fenella Crowthorne hizo algo absolutamente sin precedentes.

Dio un paso al frente, con Duchess acunada en brazos, y se dirigió a Le Ciseleur con una serena claridad que se impuso a los aplausos.

—Debo declinar este honor, con todo respeto —dijo, y su voz se proyectó por el salón de baile, ahora súbitamente silencioso—. Y pedir que el campeonato se otorgue, en su lugar, a la condesa Vespera y al magnífico Tsar Nicholas.

El silencio que siguió fue profundo. La boca de Le Ciseleur se abrió, se cerró, y volvió a abrirse sin producir sonido. Los invitados reunidos contemplaban la escena con expresiones que iban del estupor a la confusión y al escándalo encantado.

La condesa Vespera parecía como si la hubiera fulminado un rayo.

—Lady Crowthorne —empezó, con la voz temblorosa por la emoción y cargada de acento—, no puedo de ninguna manera...

—Por supuesto que puede —la interrumpió Fenella con suavidad—, y lo hará.

Se volvió para mirar directamente a la condesa, y Cecily vio brillar lágrimas en sus ojos bajo la luz de las arañas.

—Tsar Nicholas es magnífico. Representa todo lo noble y digno de su raza, mantenido con un cuidado extraordinario a pesar de circunstancias imposibles. Eso merece reconocimiento mucho más que el aspecto algo desarreglado de Duchess esta noche.

—¿Desarreglado? —protestó alguien entre la multitud—. Duchess se ve perfectamente...

—Duchess —continuó Fenella con firme honestidad— ha sido cargada por las calles de París, arrastrada hasta la Torre Eiffel y, en general, sometida a aventuras que ninguna persa de campeonato debería soportar. Es magnífica, pero esta noche lo es a pesar de las circunstancias, no gracias a una preparación adecuada. Tsar Nicholas, en cambio, representa la cumbre absoluta de lo que la dedicación y el amor pueden lograr incluso cuando todo lo demás se ha perdido.

Cruzó el espacio entre ambas y extendió la mano hacia Vespera con gravedad ceremonial.

—Por favor, acepte esta concesión no como caridad, sino como el reconocimiento, de una aristócrata a otra, de que algunas victorias importan más que otras. Usted ha mantenido la excelencia frente a dificultades que yo no puedo ni imaginar. Eso merece ser reconocido.

La compostura que Vespera había sostenido con tanto esmero se vino abajo. Las lágrimas le corrieron por los aristocráticos pómulos mientras miraba a Fenella con una expresión casi reverente.

—Lady Crowthorne —susurró, con la voz quebrada—, esto es... no tengo palabras...

—Entonces no diga nada —replicó Fenella en voz baja—. Simplemente acepte la victoria que se ha ganado en circunstancias muchísimo más difíciles de lo que cualquier aristócrata británica podría comprender.

En ese preciso momento, Bergmann entró en el Grand Salon con paso mesurado, el rostro profesionalmente neutro, pero con las manos ocupadas por un estuche de terciopelo muy familiar. La multitud se apartó por instinto ante él, abriéndole un camino desde la entrada hasta donde la condesa Vespera seguía inmóvil, en una incredulidad bañada en lágrimas.

—Condesa —dijo en voz baja—, creo que esto le pertenece.

Abrió el estuche y dejó ver el auténtico collar Romanov, acomodado sobre terciopelo color medianoche. Los diamantes atraparon la luz de las arañas y estallaron en fuego irisado; cada piedra, una estrella capturada que había sobrevivido a la revolución, a la huida y a un intento de robo para llegar a este momento.

La mano de Vespera subió hasta su garganta, y se le cortó la respiración.

—Mi collar —susurró—. ¿El verdadero?

—Recuperado del estuche veterinario de Monsieur Delacroix —confirmó Bergmann—. Sin daños, completo y listo para adornar al gato campeón al que siempre estuvo destinado.

El silencio en el salón de baile era absoluto. Todas las miradas estaban fijas en las joyas extraordinarias mientras Bergmann levantaba con cuidado el collar de su nido de terciopelo y lo tendía hacia la condesa.

Vespera lo aceptó con dedos temblorosos, y ahora las lágrimas le corrían libremente mientras sostenía entre las manos el peso de la historia de su familia. El collar brillaba entre ambos como un recuerdo cristalizado, cada diamante un fragmento de gloria perdida y restaurada.

—¿Me permitiría? —preguntó Fenella en voz baja, señalando a Tsar Nicholas.

Vespera asintió, incapaz de hablar.

Juntas, las dos damas aristocráticas se acercaron al magnífico gato. Tsar Nicholas permanecía sentado con compostura regia, como si comprendiera la solemnidad del momento, mientras Vespera le abrochaba con cuidado el collar Romanov alrededor del cuello.

Le quedaba perfecto. Los diamantes descansaban sobre su pelaje como estrellas invernales sobre nieve recién caída, y cada piedra atrapaba la luz y transformaba al ya magnífico gato en algo casi mítico. Era, en todos los sentidos, el felino imperial que su nombre sugería, coronado con joyas que habían adornado a grandes duquesas y sobrevivido a la caída de imperios.

Los invitados reunidos dejaron escapar una exclamación colectiva, un sonido que onduló por el salón de baile como viento entre árboles de invierno.

—Magnífico —susurró Fenella—. Absolutamente magnífico.

Le Ciseleur, recuperando su flexibilidad diplomática, dio un paso al frente con renovada autoridad.

—Mesdames et messieurs, a la luz del gesto sin precedentes y extraordinariamente generoso de lady Crowthorne, los jueces se complacen en otorgar el campeonato de la *Grand Exposition Féline de Noël* a la condesa Vespera Nikolayevna y al magnífico Tsar Nicholas II!

Esta vez los aplausos fueron atronadores, impulsados por una emoción genuina más que por mera obligación social. La aristocracia parisina, cualesquiera que fueran sus otros defectos, sabía reconocer la verdadera nobleza cuando la tenía delante.

Vespera recibió la cinta de campeonato con manos temblorosas y la prendió al collar de Tsar Nicholas mientras las lágrimas seguían corriéndole por el rostro. El hermoso azul ruso soportó esta indignidad con tolerancia imperial, como si los honores del campeonato no fueran más que lo que naturalmente le correspondía.

Elsie se inclinó hacia Cecily, con la voz apenas audible bajo los aplausos.

—¿Lady Fenella acaba de sacrificar todo aquello por lo que luchó?

—Así fue, en efecto —respondió Cecily en voz baja, observando a Fenella recomponerse con visible esfuerzo—. Aunque sospecho que obtuvo algo mucho más valioso en el proceso.

—¿Y eso qué es, milady?

—Paz —dijo Cecily sencillamente—. Y saber que su hermana estaría orgullosa.

Fenella se había retirado al borde de la celebración, con Duchess una vez más acunada en sus brazos y una expresión distante y pensativa. Cecily se acercó en silencio, respetando la naturaleza privada de lo que acababa de ocurrir.

—Eso fue extraordinariamente generoso —dijo Cecily con suavidad.

—Eso fue extraordinariamente necesario —corrigió Fenella, con voz firme pese a las lágrimas que aún le brillaban en los ojos—. Charlotte se habría puesto furiosa si yo hubiera aceptado la victoria mientras alguien realmente desesperado la necesitaba más. Siempre decía que la competencia sin compasión no era más que crueldad con mejor publicidad.

—Su hermana debió de ser extraordinaria.

—Lo era.

Fenella bajó la vista hacia Duchess, con los dedos suaves sobre su pelaje.

—Y le habría encantado que Duchess ayudara a atrapar criminales aunque no ganara campeonatos. Charlotte siempre daba prioridad a la aventura por encima de los laureles.

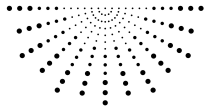
—Creo que quizá nuestro viaje a París ha llegado a su fin.

—Yo también creo que tiene razón, querida —convino Fenella, esbozando una sonrisa deslumbrante.

Al otro lado del salón de baile, la condesa Vespera estaba siendo felicitada por multitudes de admiradores; la desesperación de antes se había transformado en una alegría auténtica. La cinta de campeonato relucía contra el magnífico pelaje de Tsar Nicholas, prueba de que, a veces, la generosidad podía triunfar incluso cuando las circunstancias parecían confabularse para llevarlo todo al desastre.

33

UN PREMIO HONORÍFICO



Cuando estaban a punto de salir del salón de baile, y la concurrencia ya empezaba a dispersarse en grupitos de conversación, la voz de Monsieur Le Ciseleur resonó una vez más y los hizo detenerse con el tono imperioso de un hombre que había sobrevivido a una velada entera de catástrofes y estaba decidido a rescatar la dignidad que aún le quedaba.

—Un momento, por favor. ¡Mesdames et messieurs!

El éxodo se detuvo. Las cabezas se volvieron. Las conversaciones se apagaron una vez más, aunque varios invitados tenían expresiones que sugerían que ya habían tenido más que suficiente dramatismo por una sola noche y que más bien anhelaban su cama y un trago fuerte, posiblemente en ese orden.

Le Ciseleur estaba de pie junto a la mesa de los jueces, flanqueado por sus colegas. Apretaba el borde de la mesa con la determinación de un capitán que se niega a abandonar su barco aun después de múltiples catástrofes.

—Los jueces han deliberado —anunció—. Y aunque tal decisión va en contra de todo precedente, toda tradición y, de hecho, todo sentido común en lo que respecta a la Grand Exposition Féline de Noël...

Hizo una pausa, claramente disfrutando ese último momento de dramatismo pese a su evidente cansancio.

—Nos vemos obligados a otorgar un premio honorario sin precedentes.

Un murmullo recorrió a los invitados, ahora reunidos otra vez. La condesa Vespera levantó la vista desde donde estaba aceptando felicitaciones, con expresión curiosa. Fenella alzó una ceja de esa manera tan particular que sugería que se preparaba para sentirse encantada o escandalizada, según la naturaleza del anuncio.

—Este premio —continuó Le Ciseleur, animándose de nuevo con energía teatral— reconoce contribuciones a las relaciones internacionales en tiempos de paz, al avance del entendimiento intercultural y...

Volvió a hacer una pausa; le tembló la comisura de los labios en algo que podía ser diversión contenida o, posiblemente, indigestión.

—...al caos general que, sin embargo, produjo resultados positivos.

El canónigo Bott dejó de garabatear. Elsie se llevó una mano a la boca. Cecily sintió una súbita y terrible premonición sobre lo que venía.

—Los jueces tienen el placer de otorgar esta mención especial a... —Le Ciseleur hizo un gesto hacia su pequeño grupo con gravedad ceremonial—. ¡El magnífico Pip de Ashcombe!

El silencio cayó sobre el salón de baile, profundo y absoluto.

Luego alguien empezó a reír. El sonido se extendió como ondas en un estanque, pasando de risitas educadas a una risa genuina a medida que lo absurdo de la situación se abría paso a través de la dignidad cuidadosamente mantenida de la aristocracia reunida.

Pip, al oír su nombre pronunciado con tanta solemnidad, irguió las orejas con la expresión complacida de un terrier que había sospechado desde el principio que sus contribuciones no eran

suficientemente apreciadas. La cola empezó a agitarse con el vigor de un metrónomo puesto en un tempo entusiastamente acelerado.

—No puedes hablar en serio —dijo Fenella casi sin aliento, aunque le brillaban los ojos de deleite—. ¿Van a darle un premio a Pip? ¿En una exposición felina de campeonato?

—Al parecer —respondió Cecily, dividida entre la vergüenza y una risa incontenible—. Aunque sospecho que esto infringe al menos diecisiete reglamentos distintos del certamen.

—Probablemente más —convino Elsie—. Pero dudo que alguien vaya a discutirlo después de esta noche.

Le Ciseleur le hizo una seña a Cecily para que se acercara con Pip.

—Lady Ashcombe, ¿sería tan amable?

Cecily avanzó entre la multitud, que ya reía abiertamente, mientras Pip trotaba a su lado con el paso seguro de un perro que siempre supo que la grandeza era su destino natural. Llegaron a la mesa de los jueces, donde Le Ciseleur sacó una pequeña roseta de seda azul, claramente improvisada a toda prisa con los materiales disponibles, pero no por ello menos oficial.

—Monsieur Pip —se dirigió Le Ciseleur al terrier con perfecta seriedad, mientras apenas contenía una sonrisa—, usted ha alterado nuestra exposición, perseguido a nuestros competidores, desenterrado nuestros arreglos decorativos y, en términos generales, desatado el caos durante dos días de lo que se suponía iba a ser un certamen digno.

La cola de Pip se agitó aún más rápido, al parecer interpretando ese recuento de caos como el mayor de los elogios.

—Sin embargo —continuó Le Ciseleur, y su voz se llenó de auténtico aprecio—, también ha demostrado un coraje extraordinario en la persecución de criminales, una lealtad inquebrantable hacia su dueña y un entusiasmo por la justicia que trasciende las fronteras

entre especies. Nos ha recordado que el valor se presenta en todos los tamaños, que la determinación importa más que el pedigrí y que, a veces, las contribuciones más valiosas provienen de las fuentes más inesperadas.

Se arrodilló, realmente se arrodilló, y prendió la roseta azul en el collar de Pip con gravedad ceremonial.

—Es, por lo tanto, un honor para mí, en nombre de los jueces de la Grand Exposition Féline de Noël, presentarle esta mención especial por sus servicios a las relaciones internacionales y al apresamiento de ladrones de joyas, con reconocimiento particular por su excelencia general en el campo del caos entusiasta.

Pip aceptó ese honor intentando de inmediato lamerle la cara a Le Ciseleur con entusiasmo terrier. El digno organizador logró esquivar la mayor parte del ataque mientras mantenía la compostura, y se puso de pie con la roseta bien prendida y su dignidad apenas un poco comprometida.

El salón de baile estalló en aplausos. No los aplausos educados y medidos que habían saludado el triunfo de Tsar Nicholas, sino una aclamación genuina y encantada que reconocía lo absurdo y lo perfecto de aquel momento. Incluso los aristócratas más endurecidos no pudieron evitar sonreír ante el pequeño terrier marrón y blanco que llevaba una roseta de premio en una exposición de gatos.

La condesa Vespera se acercó, con Tsar Nicholas aún acunado en sus brazos y el auténtico collar Romanov por fin adornándole el cuello como era debido. El magnífico azul ruso miró a Pip con una tolerancia aristocrática que bien podría haber rozado el respeto.

—Felicidades, Monsieur Pip —dijo Vespera en su inglés acentuado, con los ojos brillantes por lágrimas de gratitud y alivio que todavía no derramaba—. Se ha ganado este honor con creces. Gracias por ayudar a recuperar lo que creí perdido para siempre.

Pip respondió agitando la cola con renovado entusiasmo, todo su cuerpecito vibrando de placer ante tanta atención.

Fenella avanzó majestuosa con Duchess.

—Bueno —anunció la viuda aristocrática—, esta es sin duda la exposición felina más irregular a la que he asistido. Y he ido a bastantes.

—Irregular es una forma de decirlo —observó Bergmann, apareciendo al lado de Cecily con la expresión de un hombre que acababa de cerrar con éxito un caso difícil y se permitía un instante de satisfacción—. Aunque debo decir, Lady Ashcombe, que su terrier ha resultado sorprendentemente valioso en una investigación criminal. Tal vez deberíamos considerar el reclutamiento canino para la Sûreté.

—Sospecho que Pip no está hecho para el empleo formal —respondió Cecily, viendo a su terrier aceptar felicitaciones de varios admiradores—. Tiene problemas con la autoridad y una tendencia excesiva a hacer lo que le viene en gana.

—Cualidades que esta noche nos sirvieron muy bien —señaló Bergmann.

—Sin duda.

La voz de Madame Solange atravesó la celebración desde su lugar junto a la puerta, donde estaba de pie flanqueada por oficiales de la Sûreté y bastante menos elegante que antes.

—¡Esto es indignante! —declaró en un francés sonoro—. ¡Un perro recibiendo honores en una exposición de gatos! ¡Esto desacredita toda competencia seria! ¡Se burla de todo aquello por lo que hemos trabajado!

—Madame —respondió Le Ciseleur con una compostura admirable—, me atrevería a sugerir que el robo de joyas, la conspiración y el intento de inculpar a aristócratas exiliados inocentes atentan contra

nuestros principios mucho más que otorgarle un premio especial a un terrier valiente.

Solange abrió la boca para responder, pero al parecer lo pensó mejor. Se hundió en un silencio hosco, con su seguridad teatral de antes completamente desinflada.

—Muy bien, entonces —anunció Fenella con satisfacción—. Creo que esto pone fin a la exposición felina más extraordinaria de la historia de París. Posiblemente de toda la historia europea, aunque tendría que consultar los archivos para asegurarlo.

—¿Nos vamos? —sugirió Elsie en voz baja a Cecily—. Antes de que a alguien se le ocurra darle a Pip más honores y nos quedemos atrapados aquí hasta el desayuno.

—Excelente idea.

Comenzaron a abrirse paso hacia la salida, aceptando felicitaciones y buenos deseos de varios invitados. Pip trotaba a su lado, con su roseta azul atrapando la luz de los candelabros, transformado de terrier latoso en invitado de honor por unas circunstancias que nadie habría podido anticipar.

El canónigo Bott escribía frenéticamente en su libreta, murmurando que Silas Bellweather debía conseguir un perro para futuras aventuras, sin falta.

—¡Las posibilidades dramáticas son extraordinarias! Aunque quizá no un terrier. Tal vez algo más digno. ¿Un sabueso? No, demasiado melancólico. ¿Un retriever? Mmm, requiere más reflexión...

Al cruzar las puertas del salón de baile hacia el vestíbulo del hotel, Cecily lanzó una última mirada a la brillante concurrencia. Los adornos navideños centelleaban bajo los candelabros. Tsar Nicholas reposaba con esplendor regio, con su cinta de campeonato y el auténtico collar Romanov. La condesa Vespera estaba rodeada de personas que la felicitaban, y su anterior desesperación había dado paso a una alegría radiante.

Y en un rincón, los jueces ya discutían animadamente si los sucesos de aquella noche exigían una revisión inmediata del reglamento de la exposición o simplemente reconocer que, a veces, el caos producía resultados que ni la planificación más cuidadosa podía lograr.

—Mañana es Nochebuena —observó Cecily mientras caminaban hacia sus habitaciones—. Quizá, si salimos temprano, regresemos a tiempo para celebrar la Navidad en Ashcombe Hall.

—Suena espléndido —convino Fenella, con la intensidad competitiva de antes suavizada en algo cercano a la satisfacción—. Aunque debo decir que esta ha sido la visita a París más entretenida que he tenido en décadas. Tal vez deberíamos convertirla en una tradición anual. El Tour del Caos Navideño.

—Claro que no —replicó Elsie con firmeza—. Una vez es más que suficiente para perseguir criminales por París con vestido de noche, muchas gracias.

Pip, caminando entre ellas con su roseta de premio, soltó un sonidito que podría haber sido de aprobación o, posiblemente, una petición de cena. Con los terriers, la interpretación siempre era incierta.

Pero mientras subían las escaleras hacia sus habitaciones, Cecily sintió que una profunda satisfacción se posaba sobre su agotamiento. Se había hecho justicia, las amistades se habían fortalecido y un terrier extraordinariamente poco diplomático se había convertido, de algún modo, en un héroe con honores.

Toda la situación le habría parecido hilarante a su padre. Y habría estado orgulloso de que la misericordia y la justicia hubieran prevalecido, incluso en el brillante caos de una Navidad parisina.

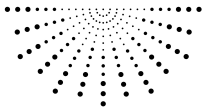
Mañana regresarían a Inglaterra. Volverían a Ashcombe Hall y a Little Codding y a los ritmos familiares de la vida del pueblo.

Pero esta noche habían hecho algo bueno. Algo correcto.

Y Pip tenía una roseta para demostrarlo.

34

UNA CELEBRACIÓN NAVIDEÑA EN ASHCOMBE



El gran salón de Ashcombe era realmente hermoso. En su ausencia, Fotheringill y Lucy habían hecho un trabajo espléndido decorando la casa de un modo regio pero modesto. Guirnaldas de acebo y pino colgaban de las antiguas vigas de roble, y su fragancia se mezclaba con el humo de leña de la enorme chimenea y el aroma intenso de la carne asándose en las cocinas. La larga mesa del comedor, normalmente reservada para los asuntos de la propiedad, había sido alargada para dar cabida a lo que parecía ser la mitad del pueblo de Little Codding.

Cecily se detuvo en la entrada y contempló a los reunidos con serena satisfacción. Allí estaba Tom Pickering, el viejo granjero cuyas manos curtidas contaban historias de cincuenta años trabajando la tierra de Ashcombe, sentado junto a la señora Brimley, de la oficina de correos, resplandeciente con lo que sin duda era su mejor vestido de domingo. El joven Timothy, que por lo general repartía el correo, intentaba sacar conversación con la viuda Stirk mientras ella pontificaba sobre la manera correcta de preparar el pudín de Navidad. El señor Thorne, del Gilded Goose, ocupaba un lugar de honor cerca del fuego; su habitual reserva de posadero se había suavizado con un excelente oporto y la calidez de una bienvenida sincera.

—Parece la multiplicación de los panes y los peces —observó Elsie, apareciendo al lado de Cecily—. Aunque mejor vestidos, por supuesto. La mayoría, al menos. El señor Pickering lleva el mismo chaleco que usó para el Jubileo de Diamante de la reina Victoria, y estoy casi segura de que no lo han limpiado desde entonces.

—Es Navidad —respondió Cecily con dulzura—. Y todos son bienvenidos exactamente tal como son.

El personal se había superado. La señora Fotheringill había organizado la casa admirablemente, transformando lo que había sido una propiedad algo descuidada en algo cercano a la edad de oro de la hospitalidad inglesa. La plata relucía. El cristal centelleaba. La vajilla, cuidadosamente preservada durante los años más austeros de Ashcombe, adornaba la mesa con diseños que hablaban de generaciones pasadas.

Miles Penrose ocupaba un asiento cerca de la entrada de servicio. Lucy Thompson estaba sentada a su lado; su serena presencia consolaba al taciturno chofer que se había convertido en su protector extraoficial.

El canónigo Bott había conseguido un lugar cerca del centro de la mesa; su nerviosismo anterior por las aventuras parisinas había sido reemplazado por el cómodo entusiasmo de un hombre rodeado de sus feligreses. Estaba perorando sobre algún asunto bíblico para cualquiera que estuviera a distancia de oírlo, con esa voz de peculiar mezcla de fervor y ansiedad, y que caracterizaba todos sus pronunciamientos.

—Y, por supuesto, los pastores fueron los primeros en oír la buena nueva, lo cual nos dice algo profundo sobre las prioridades de Dios respecto de la jerarquía social...

—Muy instructivo, canónigo —lo interrumpió con firmeza la señora Fotheringill, apareciendo con una bandeja de ganso asado que habría podido alimentar a un batallón—. Pero mejor dejemos el

sermón para el oficio de mañana y concentrarnos esta noche en el alimento terrenal.

—Claro. Sí. Excelente ganso, señora Fotheringill. Muy... bíblico. A su manera. No es que los gansos aparezcan con frecuencia en las Escrituras, aunque hay referencias a las aves en Levítico...

—Canónigo —dijo Elsie con dulzura, tomando su propio asiento—, coma primero y haga teología después.

Lady Fenella Crowthorne entró al salón con Duchess en brazos; la gata persa llevaba un collar festivo de cinta roja que lograba verse al mismo tiempo elegante y un poco ridículo. La propia Fenella se había vestido para la ocasión con seda púrpura que probablemente costaba más de lo que la mayoría de los aldeanos ganaban en un año, pero en su expresión había una calidez genuina y no una condescendencia aristocrática.

—Qué reunión tan deliciosamente democrática —anunció, recorriendo con aprobación a los presentes—. Granjeros y aristócratas partiendo el pan juntos. Muy propia de la Iglesia primitiva, en realidad. San Pablo estaría encantado.

Se acomodó en su silla mientras un sirviente, uno de los empleados temporales contratados específicamente para la ocasión, se aseguraba de que Duchess tuviera un cómodo cojín y su propio platito de crema. La persa aceptó aquel tributo como lo que naturalmente se le debía, observando a los humanos reunidos con magnífica superioridad felina.

La doctora Winifred Bell apareció desde el salón, con un cigarrillo colgándole de los dedos hasta que la señora Fotheringill le dirigió una mirada capaz de detener un fuego de artillería. La doctora suspiró, apagó el cigarrillo culpable en una maceta cercana y tomó asiento entre Jeremiah Crimp y su hija Nancy.

—Encantadora reunión —comentó con su habitual tono seco—. Aunque noto que nos falta un aldeano. ¿Dónde está nuestro

banquero residente de moral cuestionable?

—El señor Burbage envió sus disculpas —respondió Cecily con diplomacia—. Algo sobre asuntos urgentes en Londres.

—Más bien asuntos urgentes de evitar situaciones sociales en las que alguien pudiera hacer preguntas incómodas sobre sus libros de cuentas —murmuró la doctora Bell, aunque lo bastante bajo para que solo la oyeran quienes estaban cerca.

La comida comenzó con el caos organizado que caracterizaba toda reunión numerosa en la que la jerarquía social había quedado suspendida temporalmente. Las fuentes circularon. El vino corrió. La conversación subía y bajaba en oleadas apacibles, salpicadas de risas y del ocasional estrépito de cubiertos caídos.

El señor Digby St. John, el mayordomo heredado por Cecily muy a su pesar, supervisaba el servicio con la expresión sufrida de un hombre que veía cómo el entusiasmo democrático pisoteaba alegremente tradiciones queridas. Se colocaba junto al aparador, con una ceja perpetuamente alzada, corrigiendo de vez en cuando la técnica de servicio de los lacayos temporales con gestos de elegante desesperación.

—Señor St. John —lo llamó Cecily con suavidad—, deje de rondar y únase a nosotros. Hay una silla vacía junto al canónigo Bott.

—Milady, no podría de ninguna manera...

—Claro que sí puede, y lo hará —lo interrumpió Fenella con una autoridad aristocrática que no admitía discusión—. Siéntese, hombre. Es Navidad. Hasta los mayordomos pueden sentarse a comer en vez de quedarse de pie juzgándolo todo con desaprobación.

St. John cedió con visible reticencia y se acomodó en la silla indicada, aunque manteniendo una postura tan perfecta que sugería que solo estaba descansando un momento antes de reanudar sus verdaderas obligaciones. El canónigo Bott entabló de inmediato

conversación con él sobre la interpretación bíblica correcta de los siervos y los amos, cosa que St. John soportó con la paciencia de mártir de un hombre acostumbrado a sufrir por su profesión.

El festín continuó con una magnificencia exuberante. El ganso asado dio paso a la carne de res, luego al jamón y después a una sucesión de verduras que la señora Fotheringill claramente había estado reservando para esta ocasión precisa. Papas asadas en grasa de ganso. Coles de Bruselas con castañas. Zanahorias glaseadas con miel. Yorkshire puddings que se alzaban como catedrales comestibles.

—Esto es extraordinario, señora Fotheringill —anunció Tom Pickering, con el rostro curtido iluminado por un placer genuino— No comía así desde los tiempos del difunto conde, y él solo lo hacía porque la tradición lo exigía, no porque de verdad quisiera a la gente común estorbándole en el comedor.

—El difunto conde —dijo Cecily con cuidado— tenía su forma particular de mostrar consideración. Pero yo prefiero un enfoque más directo.

—Amén a eso, milady —convino la señora Brimley, alzando su copa de vino a modo de saludo—. ¡Por Lady Ashcombe, que de verdad recuerda que los dueños de las propiedades tienen responsabilidades más allá de cobrar la renta!

El brindis resonó con entusiasmo, con las copas en alto por afecto sincero y no por mera obligación social. Cecily sintió una calidez que le llenaba el pecho que no tenía nada que ver ni con la chimenea ni con el vino. Esto —esta reunión del pueblo y la finca, de la aristocracia y la gente común, todos compartiendo el pan en compañerismo— era lo que había imaginado al aceptar la extraordinaria herencia que había transformado a la hija de un vicario en una lady.

Pip, a quien habían relegado al suelo con instrucciones estrictas sobre el buen comportamiento, recorría entusiasmado el espacio

bajo la mesa, aceptando ofrendas de comensales compasivos que al parecer creían que los terriers requerían alimentación constante. Su cola no dejaba de moverse, agitándose con el optimismo de un perro convencido de que la Navidad había sido inventada específicamente para su beneficio.

Duchess observaba aquella exhibición vulgar desde su cojín elevado con desdén aristocrático, aceptando de vez en cuando pequeños trozos selectos de carne de entre los dedos de Fenella.

Cuando por fin los platos fuertes fueron vencidos por el apetito, la señora Fotheringill apareció desde las cocinas cargando el pudín de Navidad con gravedad ceremonial. La enorme creación, repleta de frutas secas y empapada en suficiente brandy como para representar un riesgo de incendio, estaba coronada con una ramita de acebo y rodeada de llamas azules que arrancaron exclamaciones ahogadas a los reunidos.

—¡Magnífico! —susurró el canónigo Bott—. ¡Como la zarza ardiente, pero bastante más comestible!

El pudín se sirvió con salsa dura y natilla, cada porción lo bastante generosa como para constituir una comida en sí misma. La conversación se apaciguó a medida que la digestión se convertía en la ocupación principal, y el silencio confortable quedaba puntuado por sonidos satisfechos y algún comentario ocasional.

—Lady Ashcombe —aventuró la joven Nancy Crimp desde su asiento cerca del extremo de la mesa, con una proyección teatral que delataba horas de práctica para la carrera sobre las tablas que esperaba emprender—, ¿podríamos tener algo de entretenimiento? ¿Quizá lecturas dramáticas? He estado preparando la escena del sonambulismo de Lady Macbeth—

—Quizá algo más festivo —la interrumpió Cecily con suavidad, reconociendo un desastre en potencia en cuanto la oyó— Canónigo Bott, ¿querría guiarnos en unos villancicos?

El canónigo se animó de inmediato.

—¡Oh, sí! ¡Excelente idea! ¡Muy apropiado! Podríamos comenzar con «Hark the Herald Angels Sing»; tiene una teología maravillosa, capta realmente el misterio de la encarnación; o quizá «O Come, All Ye Faithful», que tiene interesantes implicaciones cristológicas—

—Cualquier villancico sería encantador, canónigo —terció Elsie con firmeza—. ¿Quizá podríamos simplemente cantar en vez de analizar primero las implicaciones teológicas?

—Claro. Sí. Cantar. Excelente.

El canónigo se puso de pie, con su ansiedad natural temporalmente aplacada por el consuelo de guiar a su rebaño en el canto devocional. Su voz, sorprendentemente fuerte y afinada cuando no se veía obstaculizada por el tartamudeo nervioso, comenzó con las palabras conocidas: «Hark, the herald angels sing, glory to the newborn King...».

Los reunidos se unieron, con voces que iban desde el barítono curtido por la intemperie de Tom Pickering hasta el soprano entusiasta, aunque algo desafinado, de la señora Brimley. Incluso Miles Penrose, apuesto sin ostentación, a quien Cecily ni siquiera había oído tararear, aportó una línea de bajo queda que sugería profundidades ocultas.

Fueron pasando por los villancicos conocidos, cuyas antiguas palabras tenían un peso y una belleza que trascendían las desiguales habilidades musicales de quienes los cantaban. «O Come, All Ye Faithful» dio paso a «Silent Night», y la melodía alemana, transformada por voces inglesas, se volvió algo dolorosamente hermoso.

Cecily cantaba mientras contemplaba a los suyos y al pueblo reunido, sintiendo una gratitud profunda. Aquí estaba la comunidad. Aquí estaba la verdadera fraternidad. Aquí estaba lo que la Navidad siempre había significado bajo el exceso comercial y la competencia

aristocrática. Personas reuniéndose para celebrar la esperanza, la redención y la idea radical de que Dios había elegido entrar en el sufrimiento humano en vez de solo observarlo desde una cómoda distancia.

Cuando el último villancico se apagó, el canónigo Bott volvió a alzar su copa.

—¡Por nuestra amable anfitriona, Lady Cecily Ashcombe, que nos ha mostrado a todos cómo es la verdadera hospitalidad cristiana!

—¡Por Lady Cecily! —coreó la concurrencia, alzando las copas con afecto genuino.

Cecily sintió el escozor de las lágrimas detrás de los ojos y los apartó con un parpadeo firme. Su padre habría estado orgulloso. Su madre habría llorado de alegría. Y en algún lugar, le gustaba imaginar, el difunto conde que le había legado aquella responsabilidad imposible estaba satisfecho de que Ashcombe Hall por fin se hubiera convertido en lo que siempre estuvo destinado a ser. Un lugar de refugio, comunidad y gracia.

La velada prosiguió en una cálida camaradería, con la conversación fluyendo con facilidad entre clases que la sociedad normalmente mantenía cuidadosamente separadas. El fuego crepitaba. Las velas parpadeaban. Afuera, la primera nieve del invierno empezó a caer sobre los jardines de Ashcombe, transformando la propiedad en algo muy cercano a la perfección de un cuento de hadas.

Y en el gran salón, rodeada de aldeanos y sirvientes, aristócratas y granjeros, un terrier decidido y un gato magníficamente superior, Lady Cecily Ashcombe dio gracias por el mayor regalo que ofrecía la Navidad: no la riqueza, ni la posición, ni siquiera los misterios resueltos, sino simplemente esto: Jesucristo, el Salvador del mundo, y la amada comunidad reunida en su nombre, partiendo el pan bajo un techo que los cobijaba a todos.



¡GRACIAS POR ELEGIR UN LIBRO DE PUREREAD!

Esperamos que hayas disfrutado la historia, y como una forma de agradecerte por elegir PureRead, nos gustaría enviarte esta edición especial cozy gratuita, y otras divertidas recompensas para lectores…

[![Sunny Cove Sleuths](images/sunny-cover-2.jpg)](http://PureRead.com/cozy)

Haz clic aquí para descargar tu Cozy Mystery gratuito PureRead.com/cozy

Gracias de nuevo por leer.

¡Hasta pronto!